

ADANÍA SHIBLI

Engaño

Traducción de Salvador Peña

RANDOM HOUSE

ADANÍA SHIBLI

Engaño

Traducción de Salvador Peña



RANDOM HOUSE

La tierra no puede eludir su destino inapelable, convertirse, por efecto del aguacero, en un barrizal. Al caer sobre el suelo, la lluvia lanza hacia lo alto pequeños glóbulos marrones. Muchos salen despedidos en pronunciado desorden a medida que los neumáticos del coche los drenan hacia la cuneta, despejándoles así la vía a los vehículos que vienen detrás. Algunas de las pequeñas esferas vienen a posarse en la superficie blanquecina del parabrisas y la ensucian unos instantes, pero enseguida las escobillas mecánicas consiguen reducirlas. Lo que no aciertan a borrar los limpiaparabrisas es el vaho de los dos ocupantes, que se acumula en las partes altas del interior del vidrio. Por efecto del empañado, los barrizales formados a ambos lados de la calzada, en los campos y llanos circundantes, y en las colinas lejanas, que dominan por el verdor oscuro de los árboles empapados, se convierten en un borrón de colores que el aguacero difumina aún más. Y nada está en nuestra mano hacer para evitarlo.

Hace mucho frío fuera, pero no tanto en el interior del vehículo. De esto da fe la kufiya que reposa en el salpicadero, cual serpiente dispuesta a reptar hacia su presa, y a la que a menudo se acercan los dedos del conductor, que la agarran para secárselos cada vez que regresan del lado interior del parabrisas. Empañada queda, no obstante, una proporción bien delimitada del vidrio a su derecha, la correspondiente a la pasajera. Esta lleva los ojos fijos en el veloz avance, que va alterando la línea del horizonte, precedida por la sucesión de campos, llanos y cerros.

Ajena a los ojos de la pasajera, la tierra sedienta se bebe con

avidez la lluvia que cae tras haber estado contenida desde finales del invierno pasado, excepción hecha de las aguas que trajo, en una o dos ocasiones, la primavera, y una vez más a mediados del otoño. La falta de lluvia, que nadie entiende, es motivo de angustia, pues la tierra está exhausta, cuarteada, con los terrones endurecidos por la sequía después de haber hecho donación, a lo largo de un año completo, de cuanta humedad atesoraban a los árboles, arbustos y matas que crecen sobre ella, en gran número y variedad, aunque destacan los almendros y olivos que cubren llanos y cerros.

Emergiendo de su letargo, en las ramas marrones de los almendros, sobre las que cae la lluvia ahora mismo, germinarán mediado el invierno finas hojas de un verde oscuro, precedidas, pocos días antes, de flores de tiernos pétalos blancos. Flores que un viento racheado agitará hasta arrancarlas de las corolas a las que se adhieren, para caer al suelo y cubrir el área cercana a cada árbol de una tenue blancura. En el árbol, después de que los pétalos se desprendan de la corola, surgirá en esta un pequeño fruto aterciopelado, de color violeta, que poco a poco se tornará verde al ir creciendo, hasta alcanzar las proporciones de un pequeño guijarro que puede arrojarse para espantar el mal. Más adelante, al inicio del verano, la cáscara exterior, al deshidratarse, amarilleará y se resquebrajará dejando al descubierto otra cáscara, mucho más dura, de color marrón, que porta la semilla. Con el avance del verano y el calor, las almendras podrán casi desprenderse por sí solas, lo que ocurre con mayor rapidez cuando alguien menea las ramas. También las hojas se irán secando, se curvarán y muchas de ellas acabarán cayendo. Llegarán luego los vientos otoñales, que las echarán todas abajo, dejando las ramas desnudas. Tal es el ciclo de transformaciones que afecta a los almendros. En comparación, los olivos pasan las cuatro estaciones sin apenas sufrir cambios. Sus

hojas son perennes, de modo que durante todo el año colorean los cerros de un verde azulado. Entre ellas se distinguen con cierta dificultad las aceitunas verdes, que van madurando con los meses, hasta que algunas ennegrecen al final del otoño, siempre medio ocultas entre las ramas. Aquí y allá, en los olivares, hay extensiones yermas donde se distinguen los hoyos resultantes de haber arrancado algún pie de olivo.

A veces, en los campos que ahora se muestran parduzcos y embarrados, cambian los cultivos. Puede ocurrir de año en año, o al cabo de una década, o de un siglo para el siguiente, bien para ofrecerle a la tierra descanso porque un sembrado da indicios de agotamiento, o bien por cambios debidos al progresivo deterioro de la situación y los frecuentes relevos en la propiedad de la tierra que entraña. Surgen entonces, con la llegada de la primavera, heterogéneas formas y apariencias de verdor, algunas de las cuales persisten hasta los primeros días del verano. Está, para empezar, el verde suave y tornadizo del trigo ondulante y el verde intenso de las anárquicas matas de habas, por entre cuyos pliegues aparecen aquí y allá florecillas blancas. Añádase el verde desvaído de los pies de los girasoles, sobre los que se ciernen los discos de un amarillo chillón. O el verde intenso de las apretadas hojas del algodón, que ocultan la presencia de sus correspondientes flores, de un amarillo pálido un día o dos antes de adoptar un tono oscuro que pasa más tarde a ser rojo y por último violeta; acaban luego por secarse y caer, para ser sustituidas, al cabo de unos dos meses, por el blanco hinchado del algodón, que se amontona sobre los troncos marrones, ya amaderados por efecto de la falta de agua propia del final del verano. Tal es la gama de tonos que se reparten el monopolio de los campos a lo largo de los meses, intercalados aquí y allá por las formas precisas y los cambiantes grados de verdor de algún árbol de

hoja perenne, una encina o algarrobo, o bien el cultivo del año anterior en ese mismo terreno, que vuelve a brotar, si bien en menor medida, por más que nadie lo haya sembrado. Por no hablar ya de las plantas silvestres que rodean las lindes del campo cultivado de que se trate, estableciendo una clara separación con los circundantes. Con la llegada del otoño, tras la cosecha y la limpieza de residuos vegetales, los llanos, ahora amarillentos, quedan cubiertos por troncos mochados, a la espera de que el arado forme duros terrones en los que permanecen las raíces secas. Así, hasta que lleguen las lluvias, como este aguacero, que los desintegra y los disuelve.

De repente, el conductor le dice a la pasajera que va a su lado algo que ella parece no oír bien. La pasajera se vuelve, trasladando la vista de la bruma exterior a la figura de él, y queda sorprendida por la clara nitidez de lo que ve, donde resaltan los ojos del conductor, abiertos al máximo por un instante. Ella le pregunta qué ha dicho. El conductor le responde que quite la kufiya. Ella repite su pregunta, ahora con asombro. El conductor le pide de nuevo que quite la kufiya. Es evidente que a la pasajera le cuesta entender la petición, pues pregunta por qué. El conductor responde con sequedad, incluso con rigidez, que le está pidiendo que quite la kufiya y nada más. Pero ¿por qué?

La rígida sequedad acaba, al parecer, en abierta irritación y se transmite a la pasajera. Esta vuelve a preguntar con obstinación por el motivo. El conductor responde, con calma enojada, que hay un puesto de control móvil. Ella recorre con la vista cuanto puede distinguir de la carretera a través del vidrio. Solo ve masas de colores que se suceden una tras otra y donde se mezclan el marrón con el gris y con el verde. Le pregunta dónde exactamente está el control. Él contesta, entrechocando dientes, y no porque tenga frío,

que más adelante, en la misma carretera. Los ojos de ella acaso se topan, en ese instante, con un verdor oscilante por encima de una amplia línea negra. Sin embargo, parece que la petición de él le resulta inusual y la pasajera trata, ante todo, de comprenderla, ya que vuelve a preguntar por el motivo. Los dientes del conductor vuelven a rechinar antes de que emita, a través de ellos y una vez más, la petición, ahora a voz en grito, de que quite la kufiya, ¡y se acabó! El vehículo sigue avanzando, indiferente a lo que ocurre en su interior, hasta que de la bruma coloreada emergen varios soldados, que han establecido un control móvil en medio de la carretera. El coche aminora la velocidad y se detiene a resultas de la señal que uno de los soldados le hace al conductor. Mientras, la pasajera se apresura por fin a obedecer y su mano se acerca a la kufiya para retirarla del salpicadero y esconderla bajo el asiento del conductor. Este, con labios desganados, le dice que no tiene que hacer eso, que deje la kufiya en su sitio. Pero los soldados ponen fin a la polémica con otra indicación muda de uno de ellos dirigida al conductor: que baje la ventanilla. Él obedece. El soldado le dice algo, que le dibuja al conductor en la cara el gesto de quien ha de tragarse algo incómodo, pero gira un poco el tronco hacia la derecha y se saca la billetera del bolsillo posterior del pantalón. La abre y muestra la identificación. Luego se inclina hacia un lado, abre la guantera y toma una carpeta de plástico que contiene papeles doblados. Los saca y se los muestra al soldado. Este, después de comprobarlos, dice algo más y se aleja para unirse al grupo. Parados en medio de la carretera, examinan primero los papeles y la identificación, y luego deliberan entre ellos y con otros por el transceptor. Todo ello, sin reaccionar en absoluto a la lluvia, que ha pasado a ser llovizna.

El silencio envuelve a los dos viajeros, que permanecen sentados

en el interior del vehículo, mientras el aire frío que entra por la ventanilla abierta comienza a borrar el vaho que se ha acumulado en la parte superior derecha del parabrisas. Uno de los soldados vuelve con los papeles del conductor, que enciende el motor; pero el soldado empieza a subir y bajar la mano, ahora mojada, en la que trae los papeles y que se transforma en una suerte de ventilador desgastado. El conductor vuelve a apagar el motor. El soldado le hace una indicación que lo induce a salir del vehículo y acompañarlo.

A la derecha de la carretera está parado el conductor en compañía de los soldados. Le dirigen preguntas que él contesta con brevedad. Ella sigue en su asiento en el interior del vehículo, observando las figuras de todos ellos, ahora perceptibles con nitidez. A sus oídos llegan palabras sueltas que no comprende en absoluto. Es solo una de las desventajas derivadas de la gran diferencia de edad con su hermano. Ella aún no ha empezado a cursar Lengua Hebrea.

Al volver, el conductor encuentra a su hermana temblando de frío. Sube la ventanilla. El vehículo se pone en marcha hacia el cielo plomizo. Las nubes se atropellan unas a otras, se tragan los restos de blancor y se transforman en montones de ceniza efervescente, de cuyas entrañas surge la amenaza de más lluvia. Y, en efecto, ha vuelto a llover, aunque lo más probable es que los dos pasajeros ni se percataran, durante la parada en el control, de que escampaba. Las alternancias sí que las percibe la tierra anegada, incapaz ya de absorber ni una sola gota más. La persistente lluvia incrementa las corrientes que se forman en las laderas, en las peñas, en lo alto de los vehículos y los edificios, en la superficie de los caminos. Y todo viene a parar al seno del barro, agitado por el arramble y las acometidas del viento tormentoso. El coche se desvía internándose en un camino secundario por el que prosigue en solitario la marcha,

bajo el aguacero, hacia las nubes del horizonte. El estrecho carril conduce al vehículo al interior mismo de las nubes bajas, que comienzan a disolverse dejando ver calles desiertas y flanqueadas por casas sencillas, todas con las puertas y las ventanas bien cerradas. Las paredes, cenicientas y mojadas, están cubiertas de pintadas en verde, rojo y negro, escritas a toda prisa con letras inclinadas, a punto de huir de las palabras sin arrebatarle a lo escrito su belleza. Abajo la ocupación. Palestina libre y orgullosa. Intifada sin fin. Insurrección hasta la victoria. Libertad para los prisioneros de la libertad. La Pantera… De repente salen, de entre las casas, varios jóvenes embozados, con piedras y palos en las manos, y se lanzan contra el coche. El conductor lo detiene de inmediato y baja la cabeza mientras cae sobre la carrocería la primera piedra. La pasajera, sin moverse, sigue lo que ocurre con los ojos. El asombro domina su rostro. Su hermano saca algo de debajo del asiento mientras un palo golpea la trasera del vehículo, y otro lo secunda cuando él sale a toda prisa. Lleva en la mano la kufiya y la ondea ante el grupo de jóvenes. Las manos de estos, con las piedras y los bastones, se paralizan en el aire, los cuerpos se quedan inmóviles donde están. Enseguida desaparecen. Se los han tragado los muros de las casas y las nubes en un abrir y cerrar de ojos. Un silencio absoluto se enseñorea del lugar.

El hermano se acerca a inspeccionar las partes del coche que han sufrido abolladuras y arañazos por las pedradas y golpes, y ella vuelve a observar los muros que se han tragado a los jóvenes. No hay señal de estos. Solo quedan las frases escritas. Sus ojos retoman los trazos de las palabras donde los dejó. La Pantera Negra. El Águila Roja. Esta última expresión la oculta en parte un almendro de recias ramas grises con las partes altas, de color marrón, ahítas de lluvia, de donde muy de vez en cuando se van desprendiendo

algunas gotas retenidas. La caída de estas arrecia no bien se posa en las ramas una bandada de pájaros. Ahora que ha escampado, los pájaros han vuelto a mostrarse tras ciertos titubeos. Unos sobrevuelan la plaza mientras otros descienden a un pequeño charco formado por la lluvia. Meten los picos en el agua y beben, o las alas y se lavan, para volver enseguida al almendro con los demás. La pasajera observa los movimientos nerviosos de los pajarillos hasta que, desde una de las ramas, se precipita un objeto de gran tamaño, quizá una enorme almendra de color marrón y casi seca, que se posa junto a ciertas hierbas verdes y tiernas que crecen alrededor del tronco. Los ojos de la niña quedan prendidos de esa suerte de almendra. Aunque está lejos, son perceptibles el inusual tacto suave que debe de tener y sus movimientos leves. Tras unos instantes de contemplación concentrada, se diría que el color del objeto es más verdoso que parduzco o que, en realidad, se está metamorfoseando del pardo al verde. Además, si una se fija mejor, resulta que la supuesta almendra tiene algo muy parecido a una cola. Su hermano completa la revisión del exterior del coche, que acaba ante la puerta del conductor. Coloca la kufiya en el salpicadero y se sienta ante el volante. Ella sigue inmóvil en su sitio mientras el camaleón, que no se ha movido de las hierbas que circundan el árbol, gira la cabeza con parsimonia, enfoca los ojos en la pasajera y la mira con fijeza.

El resto de ese día se oculta tras las nubes turbias. El tiempo avanza y se disipa, y con él van pasando los días por venir, cuyos detalles acaba borrando la rutina. En realidad, transcurren varios años durante los cuales no ocurre nada digno de mención, salvo si acaso que todo va de mal en peor, que siguen las detenciones, incluida la de un muchacho que estudia en la misma escuela que ella, acusado de haber hecho pintadas contra las autoridades. La noticia se suma a las de todas las detenciones que se suceden,

como las de su hermano, bajo acusaciones que no sabría ella precisar. Aunque, eso sí, una de tales campañas de detenciones se inicia con una experiencia lingüística singular.

De noche, junto a la casa, se alza un alboroto de origen desconocido al que sigue el aporreo de la puerta de entrada. Ella corre a abrir. Delante tiene a un soldado que tapa de la visión a otros muchos y, sin más, le pregunta en hebreo por su hermano. Por fin. Lo primero que tiene que hacer es encontrar la raíz del verbo. Singular. Masculino. Segunda persona. Presente. Al punto estallan las risas de los soldados que hay tras el que ha preguntado, y entonces aparece su hermano. Ella le pregunta qué error lingüístico ha cometido, qué les ha hecho tanta gracia si su respuesta se ajusta a lo que ha aprendido en las clases de Lengua Hebrea. Su hermano responde que, gramaticalmente, la conjugación del verbo ha sido correcta. Todo lo contrario que la pronunciación. Ha alargado las vocales intermedias más de la cuenta. Pero no es este el momento adecuado para tratar semejante asunto, dice zanjando la cuestión, y se dirige hacia los soldados, que dejan de reír y lo rodean antes de conducirlo hacia el exterior. Solo queda uno en la puerta, impidiéndole a ella el paso. Se queda parada.

Él no está muy lejos de la puerta de entrada. Gracias a las potentes luces de los vehículos militares, fuera no está oscuro cuando se inicia, como de costumbre, la serie de preguntas y respuestas concisas, que acaba con la voz que le dirige a ella su hermano, pidiéndole que le traiga ahora mismo una toalla y una pastilla de jabón. Ella contesta preguntándole por qué. Le llega de nuevo la voz de él, bien alta, irritada. Que le traiga ya una toalla y una pastilla de jabón, y basta. Ahora mismo. De verdad, un mal hermano, empecinado siempre en contrariarla. Él sigue de pie fuera, muy cerca de la entrada, vigilado por tres soldados, mientras ella va

a cumplir el encargo, seguida por algunos soldados. Escoge una toalla amarilla y la pastilla de jabón de aceite de oliva más pequeña; viene envuelta en un papel con el dibujo de un camello ensimismado, que alza la cabeza con desdén, dejando claro lo poco que le importa nada. La figura del mismo camello se repite, en relieve, sobre una de las caras de la propia pastilla. Mientras tanto, irrumpen los demás soldados en las habitaciones, con lo que despiertan a cuantos seguían durmiendo en la casa, así como a algunos vecinos. Trastean con los muebles, tiran al suelo la comida, los cacharros, la ropa, los libros y los papeles que encuentran en armarios, alacenas y estantes. Ella sigue con los ojos lo que hacen sin especial determinación; ejecutan órdenes, casi convencidos de que no van a encontrar nada. Concluido el registro, se alejan los vehículos militares, en uno de los cuales va su hermano, sentado atrás entre dos soldados. No hay que inquietarse. Lo más probable es que salga libre así que pasen los tres días legales de detención, tal como ha ocurrido en el pasado y seguirá ocurriendo en el futuro. Aunque nadie puede estar seguro en todas las ocasiones.

Los tres días se suceden desordenados y confusos. En la casa domina la pérdida, que pesa sobre todos los rincones. Puede que la pérdida se vea doblegada, unas horas contadas del día, por la tarea absorbente de poner los muebles donde tienen que estar y colocar lo que acabó por los suelos en su sitio dentro de los armarios o en las estanterías. Ahora está todo mejor que antes, cada objeto en su espacio asignado, que, además, ha podido limpiarse. Ha sido la oportunidad de tener armarios y alacenas vacíos, con todo su contenido por los suelos, situación a la que no habría llegado la familia con tanta facilidad y presteza, al menos no de una vez. Eso sí, con la noche se abre una profunda sima a causa de lo ocurrido. Surge con el tembloroso brillar de las estrellas o bien cuando por

alguna ventana se cuela de improviso la luz, al tiempo que atraviesa las sombras inestables el canto de los grillos, ahogado unos instantes por el ruido de algún coche que pasa o el trinar de un pájaro.

Una noche y un día, otra noche y otro día, luego la última noche y el último día. Al detenido lo ponen en libertad y vuelve. En los dobleces de la toalla hay una leve fetidez y de la pastilla de jabón ha empezado a borrarse el camello, aunque solo han desaparecido los rasgos del rostro y la indiferencia de la cabeza. Como es natural, lo que ha ocurrido durante los tres días de detención no se trata con nadie. Su hermano reanuda las ocupaciones de la vida diaria, de las que solo se distrae al perder la mirada en el vacío o al exprimir unas naranjas.

Es primavera y el cambio de estación aún no ha afectado del todo a los naranjos. El permanente verdor oscuro de sus hojas no decae ni con el paso del tiempo ni ante los torbellinos de polvo que puedan cubrirlo, en tanto que el azahar adorna las ramas desde finales del invierno hasta comienzos de primavera, impregnando el ambiente con su perfume durante semanas. Más de un año necesitan para dar naranjas en toda su sazón, coincidiendo casi con la floración que dará lugar a nuevos frutos en la siguiente cosecha. Puede ocurrir todo a un tiempo: que coexistan en el mismo árbol, durante una temporada nada corta, el azahar de perfume melado con las naranjas color de fuego, envueltas en el verdor de las hojas espesas. Algo muy llamativo, en especial cuando el invierno llega a su fin y escasean los colores. Hasta que van cayendo al suelo los pétalos o se recogen las naranjas, para comerlas o exprimirlas.

Para preparar el jugo, su hermano selecciona las naranjas más maduras y frescas, que darán en consecuencia un jugo más dulce y abundante. Tres le bastan para un buen vaso, pero exprime seis.

Comienza lavándolas bajo el chorro de agua fría, aunque sea unos instantes, para eliminar el polvo o cualquier suciedad que pueda haberse adherido al exterior de la cáscara, que suelta, no bien se la presiona, un líquido aceitoso que puede acabar en el jugo, y, si viene acompañado de polvo, altera el sabor de modo perceptible. Da lo mismo, todos esos sabios pasos y precauciones no impiden que, al final, la acidez y amargor del jugo lleven a su hermana a apartarse del lugar donde él se encuentra cuando trae las naranjas del árbol. Pero la medida casi nunca es efectiva. En cuanto él la ve, le hace saber que en la cocina la está esperando un vaso de jugo recién exprimido y le reitera lo beneficioso que es para el organismo. Vamos a ver, estamos a mediados de primavera y el tiempo de las naranjas se acaba, cabe esperar que este sea el último jugo que le prepara su hermano hasta el año que viene. Además, tardar demasiado en bebérselo puede acarrear otras complicaciones. A las hormigas les encanta el jugo de naranja, a ellas no las arredran ni la acidez ni el amargor. Basta con que una sola gota quede fuera del vaso para que, desde un rincón oculto en la cocina, inicien al punto su avance en masa, y de allí, al cubo de basura, donde se amontonan las peladuras de naranja. La aparición de las hormigas lleva a quien esté en la casa a ocuparse de ellas, a plantarles cara lo antes posible y a acusar al culpable de convocarlas. Mientras tanto, las hormigas prosiguen su avance alrededor del vaso, ya trepando por él, ya reptando y escondiéndose entre las peladuras, besándose unas a otras. O puede que se alejen del cubo, bien en pelotón, bien tras romper filas, convirtiendo los restos de naranjas en un territorio explorable, que irán muy poco a poco sacando de su contexto, como quien dice. Dado lo cual, no es de extrañar que ella, alumna en la escuela, vuelva a verse con las naranjas acompañadas de un adjetivo en una oración independiente. Le proporcionan un fecundo

ejemplo en cualquier clase de Lengua Árabe, cuando toca estudiar los pronombres personales en función de sujeto. Unos ejemplos: Tú eres de la tierra de las naranjas tristes. Usted es de la tierra de las naranjas tristes. Vosotros y vosotras sois de la tierra de las naranjas tristes. Ustedes son de la tierra de las naranjas tristes. Él o ella es de la tierra de las naranjas tristes. Nosotros y nosotras somos de la tierra de las naranjas tristes. Yo soy de la tierra de las naranjas tristes. Veamos, ¿de dónde somos?

Pero la presencia de las naranjas en la escuela y su entorno no se limita a las clases de Lengua Árabe. De temporada pueden verse dentro de una cesta, a la espera de que las expriman, en el puesto de faláfel que hay en un pequeño edificio, junto al lado izquierdo de la cancela metálica y amarilla de la escuela. Durante los recreos los alumnos acuden al puesto, alquilado por una señora que hace ella misma las croquetas de faláfel. Solo que la venta de zumo es limitada. La señora no se ve obligada a exprimir gran cantidad de naranjas y al final vuelve a su casa con algunas de ellas intactas. La dueña del puesto es endeble de cuerpo, aunque su rostro, en especial sus ojos, habla de severidad y obstinación. Más tarde, sin embargo, cuando casi ha transcurrido la mitad del recreo, se mitiga la fiereza de sus facciones. El sudor, además, comienza a brotarle mientras se mueve a toda prisa entre la sartén de faláfel y los platos de la ensalada de tomate con cebolla, la lechuga cortada, los pepinos encurtidos, las patatas recién fritas y, por último, el tahín y quizá salsa picante, siempre según las indicaciones del alumno, en cuyas manos pone el pan enriquecido por tan apetitosos ingredientes. Y así de uno al siguiente y luego al siguiente, los alumnos la espolean desde todos los flancos con sus exigencias, y los oídos de la mujer, atentos a la más mínima señal, captan al vuelo las demandas entre el alboroto que se eleva en voraces oleadas a

ella dirigidas. La asedian las hambres, atroces a la mitad de una tediosa jornada escolar. Entre los gritos llegan peticiones de un completo de pan con faláfel, faláfel con todo o sin tomate, faláfel sin lechuga o sin pepino, faláfel sin patatas, otra ración con todo y, si puede ser, con las patatas de la que no las lleva. Tres raciones de faláfel sin tahín, con todo. Las posibilidades de lo que apetezca al alumnado son infinitas. Pero la destreza auditiva y la agudeza visual de la mujer son tan extraordinarias que garantizan la ejecución de las órdenes de cada cliente según sus gustos y sin saltarse el turno. Nadie recibirá lo que no ha pedido y nadie se colará por más que porfíe en dirección a la barrera que separa a la mujer de sus clientes. El alumno al que detuvieron acusándolo de haber hecho pintadas contra las autoridades es hijo de esta vendedora de faláfel.

A la tierra de las naranjas tristes, hablando de otra cosa, llega un hombre acompañado de los suyos, desde un país muy lejano para vivir por allí cerca, en una colonia, y poner en marcha una granja. Más adelante, por alguna razón acaso noble, el recién llegado decide hacerse amigo de la familia. Los padres de la alumna, dado que no saben hebreo, le asignan la misión de acogerlo y brindarle amistad al hermano de ella. Pero este asegura, con la sequedad propia de sus contestaciones, que él no va a hacer esfuerzo alguno por trabar amistad con nadie. De modo que, cada vez que ambos se encuentran, la conversación llega enseguida a su fin. Ella, muy lejos de la indiferencia de su hermano, se muere de curiosidad hacia ese hombre que viene de allende los mares, trayendo bajo su hebreo el sustrato fonético de su lengua original, lo que se manifiesta una y otra vez en el modo en que pronuncia las erres. Las muele en la boca antes de soltarlas al exterior y el eco de su sonido rueda dificultando de inmediato la claridad de lo que dice.

Dejando por ahora aparte su acento y pronunciación, este amigo

se presenta cada año trayéndole a la familia un regalo de su granja, un cabrito con el que no saben qué hacer. Lo dejan atado con una cuerda, cerca del coche, hasta que un día desaparece. Todas las veces el cabrito tiene una piel de una blancura inmaculada, que lo torna irremediablemente ajeno. Tanto es así que, junto al coche, no resulta más extraño que si estuviera entre los cabritos de la zona, en cuyas pieles se mezcla el negro con el marrón y con el blanco, formando unos dibujos que distinguen a cada individuo de todos los demás. Pero, al mismo tiempo, el blancor sin mancha de su piel hace que se parezca mucho a todos los cabritos que cría el amigo. De ahí que su rápida desaparición de junto al coche, seguida al cabo de un año de la llegada de un nuevo cabrito del mismo color y tamaño, se convierta en un hecho rutinario que no suscita sospecha alguna.

Mientras permanece atado, el cabrito se dedica a observar con tranquilidad lo que ocurre a su alrededor, muy atento, digámoslo así, a un encuentro que una y otra vez le ofrece a la alumna la posibilidad de ejercitarse con el hebreo oral. Su conocimiento de este idioma, que dista mucho de ser satisfactorio, le permite al menos hacerle al amigo preguntas sobre asuntos diversos y quizá inconexos, es cierto, pero cuya formulación le exige más vocabulario del que estudia en la escuela. Sin alcanzar la fluidez ni el dominio, el ejercicio de conversación le posibilita sacudirse la parquedad en palabras de su hermano, que se acoge al silencio en presencia del amigo. Las respuestas de este le llegan cargadas siempre de esa pronunciación donde resuenan las peculiares erres, que tiranizan a las demás consonantes en la masa que se desprende de su boca. Esas erres se deslizan una tras otra hasta el punto de dificultarle a la alumna la comprensión de las respuestas, de modo que a veces tiene que repetírselas. Tras obtener respuestas al porqué de haber dejado su país, lo que le permite a ella sacar en claro que vivió allí,

en los Estados Unidos de América, hasta hace muy poco, comienza a preguntarle cómo era antes su vida.

Pasan a continuación varios años más, durante los cuales todo va de mal en peor, o, dicho de otro modo, las campañas de detenciones se incrementan. Su hermano es detenido de nuevo, y con su liberación vuelven a manifestarse las naranjas en la tierra, primero en forma de zumo, y más tarde como tristeza en una clase de Lengua Árabe donde les explican retórica. El tema es la metáfora, sus principios, sus variedades y su utilización. Lo indudable es que tomar prestada una palabra no es como pedirle a alguien un lápiz que hay que devolver, sino que, al hacer uso de una palabra en la que avistamos un sentido diferente, no mermamos ni alteramos el significado original, sino que este se desplaza hacia un valor insólito, único. Merece la pena indicar que en la clase no se aborda en absoluto cómo es que las naranjas se vuelven tristes, pues en eso no interviene la metáfora.

Otras clases se consagran a la práctica de los estilos caligráficos árabes. Los colegiales comprenden enseguida que el rúqah es el tipo que deben adoptar al escribir. En consecuencia, practican mucho menos el nasj y el thúluth, el diwani y el tawqí, el cúfico y el andalusí. Son clases en las que se ponen en juego las posibilidades infinitas de las formas caligráficas, en un continuo que va del fracaso al triunfo a la hora de imitar un estilo determinado de modo que resulte comprensible para quien lo lea. La práctica por sí sola eleva el valor de la copia, pues no se trata de un mero imitar, sino que está comprometida nada menos que la comprensión. Pero aún hay más. Los ejercicios de caligrafía le permiten a la alumna adiestrarse en la escritura sirviéndose de unos caracteres desarrollados a partir de la escritura cuneiforme, de esquemáticos trazos rectos. Estos se inscribían sobre piedra o arcilla, tal como puede verse en una foto de

discutible calidad en la sección del libro escolar donde se explica Mesopotamia.

La preparación de la tarea de escritura le lleva a la alumna unos cuantos días, por la precisión que requiere. A veces hay que borrar y empezar de nuevo. Todo, por supuesto, en árabe estándar y evitando errores ortográficos y gramaticales. La clave consiste en conseguir que los lectores entiendan bien lo escrito. Cuando acaba, va a una copistería. La conversación se desarrolla en hebreo. La alumna tiene que confirmar que quien la atiende es israelí y no puede leer el árabe. Pide mil copias del papel que trae y se justifica afirmando que es estudiante, va a presentar un ensayo sobre el nacimiento de la escritura cuneiforme en Babilonia, y tiene que repartirlo entre todo el alumnado de la escuela. En una tienda de pintura y materiales de construcción compra cuatro espráis de distintos colores: rojo, verde, negro y naranja, este último, seguramente, como método de camuflaje. Ahora toca esperar.

Con la puesta del sol y la lenta propagación de la oscuridad, los pájaros se aprestan a dormir tras el estallido de trinos que precede al crepúsculo. Se posan en una rama o en un alféizar, se atusan las plumas, meten en ellas el pico y cierran los ojos. Solo unos pocos seres, entre ellos algunas aves, que la alumna apenas puede distinguir en la oquedad de la noche, siguen despiertos a aquellas horas. Un ratón, o quizá una rata, se afana mordisqueando los restos de comida que encuentra, un erizo permanece inmóvil en su sitio, unos murciélagos reemprenden el vuelo a intervalos en el espacio negro, que ahora el tiempo es incapaz de doblegar. Aún hay que esperar unas horas más. La falta de sueño se manifiesta como entumecimiento de los miembros.

Por esas tinieblas, donde la vigilia resiste y cuya lobreguez ha engullido las colinas, los árboles, las casas que albergan el sueño de

los demás, avanza con precaución la alumna entre los olivos. Va por una trocha que han aplanado muchos pies antes que los suyos, aunque no haya nadie más a hora tan intempestiva. Su calzado es de una talla mayor que la suya y su atuendo la convierte en una forma poco distinguible de las sombras. Los colores de las prendas son negro, azul marino y marrón, y se cubre el rostro con un tejido translúcido. Deja de repente la vereda que atraviesa el olivar y se esconde tras el tronco de uno de los árboles, a solo dos filas de distancia de la calle, de donde poco después surge el rugido de un motor. Es el coche del profesor de Lengua Hebrea.

Todos los alumnos de la escuela saben que este se duerme en las clases porque tiene turno hasta las dos y media de la madrugada como guarda en un asentamiento de colonos. Su sueldo mensual como docente no cubre las necesidades de su familia. Al comienzo de cada clase, antes de quedarse dormido, les indica a los alumnos que lean en voz alta la lección del día, de uno en uno, según el orden de los asientos que ocupan. Él, por su parte, y a pesar de lo cansado que está, hace por volver en sí para corregir el acento árabe y la mala pronunciación de alguna consonante cuando los chicos y chicas leen. Él vuelve a pronunciar la palabra en cuestión tal como lo hace un hablante israelí del hebreo, y a ellos les resulta imposible reproducirla tal como la dice su profesor, que lleva tantísimos años trabajando como guarda de un asentamiento. Lo que más les cuesta, desde luego, es la erre. Ni uno solo de ellos puede imitar la pronunciación del profesor. Tanto ellos como la generalidad de los arabófonos están acostumbrados a articular la erre adelantando la lengua hacia los alveolos, por encima de los dientes, y ejecutando una rápida vibración, esto es, un ágil y repetido movimiento del ápice de la lengua. En cambio, ocurre exactamente lo contrario con la erre en hebreo, tal como la

pronuncian el profesor y la mayoría de los hablantes que practican la lengua desde pequeños, pues casi tocan con el dorso de la lengua el velo del paladar, esto es, la parte de la cavidad bucal más alejada de los dientes. Muchos de los recién inmigrados a Israel tampoco pueden pronunciar la erre de ese modo cuando hablan hebreo, pues llegan con la manera de articularla propia de sus lenguas de origen. El ejemplo más cercano lo ofrece el supuesto amigo del hermano, cuyas erres ruedan y ruedan sin parar. Y así se aproxima la alumna, jadeante, al alto muro que rodea la escuela.

Escala a toda prisa la cancela metálica amarilla, salta y echa a correr hacia el patio que hay en medio del edificio, vacío salvo por la oscuridad reinante a estas horas. Abre su mochila, saca los espráis de pintura y se acerca, corriendo de nuevo, hacia los muros que limitan el patio, donde comienza a pintar con la letra propia de los eslóganes, es decir, imitando los trazos de estos y no solo sus mensajes. Escribe, pues, en negro, Palestina, haciendo que la tercera consonante, la ese árabe, pierda sus dientes y que el punto sobre la última letra, la ene, se desplace, quedando fuera de la palabra. En rojo escribe luego revolución, con las dos letras intermedias corridas hacia abajo, y, en verde, de prisioneros, con la última letra desplazada hacia arriba. De cualquier modo, a una persona sin conocimientos de árabe, las letras que componen la frase le parecerán un conjunto de grietas coloridas en los muros del edificio. En un rápido gesto se vuelve de nuevo hacia su mochila y, antes de guardar los espráis, saca el taco de fotocopias, corre hacia el centro del patio y las lanza en dirección al cielo negro con todas sus fuerzas. Las hojas de papel se esparcen por todo el recinto mientras ella corre hacia su mochila, se la echa a la espalda y sale huyendo.

Alumbra el nuevo día. Trinan los pájaros. Un insecto vuela

acarreando sobre su cuerpo frágil los rayos del sol mañanero. Es una mosca cuyo zumbido cesa en el instante en que se posa en el cristal de la ventana. Da vueltas sobre él, acaso buscando por dónde entrar, pero abandona y se pierde en el sosegante azul del cielo.

La alumna sale de casa en dirección a la escuela, con el cuerpo entorpecido por el sueño. Los pájaros siguen trinando fuera. De camino, se cruza con un vehículo militar. Poco después los pájaros reanudan sus cantos. Llega a la escuela. En el patio resuena el griterío habitual de los alumnos, vigilados por los muros del edificio escolar, de un blanco refulgente en ciertas áreas. Mirando con atención, se alcanzan a distinguir los restos de las dos letras centrales de la palabra revolución que trazó corridas hacia abajo. La pintura blanca no ha logrado borrarlas por completo, como sí ha hecho con las demás que componían el eslogan escrito antes del alba. Se diría que también el patio se ha tragado las fotocopias que se esparcieron por todas partes con el texto que constituyó un secreto durante largos días y noches. No queda ni el más pequeño retazo de papel. Suena el timbre. El alumnado, que se distribuye en grupos dispersos aquí y allá, se apresura a situarse con arreglo al orden que el director y los profesores varones, no tanto las mujeres, se empeñan en imponer. Se alinean en filas paralelas que comienzan rectas y acaban curvándose. Está claro, sin lugar a la duda, que las fotocopias y el eslogan han desaparecido por completo. Se han borrado las trazas de lo que ocurrió hace solo unas horas en el espacio circundado por los muros de la escuela. Al comienzo de la clase de Lengua Hebrea, el profesor apoya la cabeza en su cartera, apenas la ha levantado del suelo para colocarla en el escritorio y que le sirva de almohada. La mirada de la alumna se fija en la cancela metálica amarilla, que se ve a través de la ventana. Por el aire flota el sonido de palabras hebreas, pronunciadas, casi siempre con un

marcado acento árabe, por el alumno que esté leyendo. Ella bosteza. No tarda en levantar su cartera del suelo y ponerla en la mesa para usarla, ella también, como almohada. Se deja entonces llevar por un profundo sopor, roto por el timbre que anuncia el final de la clase, seguido a su vez, de inmediato, por el estruendo de las sillas y el griterío.

Durante el descanso para el almuerzo de este día en que ha fracasado su intento de contribuir, siquiera en escasa medida, al avance de la insurrección, se dirige al puesto de faláfel que hay junto a la cancela y se detiene junto al resto de los alumnos que se arremolinan para comprarse un pan con faláfel.

Todos los días, desde que lo pusieron en libertad, el hijo de la dueña acude diligente al puesto, en cuanto comienza el descanso entre clases, y salta al otro lado de la barrera a la que se pegan los estudiantes. Va a ayudar a su madre a rellenar los pequeños panes redondos con faláfel y verduras, según los deseos de los clientes y las breves instrucciones de su madre. El muchacho, pese a estar cursando aún el penúltimo año de la secundaria, tiene ya un cuerpo de adulto en comparación con otros compañeros de su curso o de la escuela en general. Ello se debe, desde luego, a su detención tras haber intentado, según dicen otros, unirse a la insurrección y haber hecho pintadas políticas que las autoridades consideraron un atentado contra ellas mismas. Sus eslóganes quedaban escritos en los muros que bordean la calle principal, de modo que cualquier transeúnte podía verlos antes de que los borraran. No como ocurrió con la proclama que la alumna trazó en las paredes interiores de la escuela y seguramente no leyó nadie más que el guarda, antes de que la borraran la policía y los de información. Pero al muchacho lo descubrieron enseguida y lo detuvieron. En la actualidad, los cuatro años de cárcel tras la condena se dejan ver en el cuerpo del joven,

que volvió para completar los estudios secundarios que habían quedado en suspenso. Siempre lo acompaña esa gran diferencia de edad. En el patio, en la clase, en el puesto de faláfel. Aunque también hay un pájaro que viene con él.

Pertenece, cabe creer, a una especie local de pájaros poco dada a desplazarse a lugares lejanos y que muestra estrechos lazos con individuos y grupos humanos, además de saberse de memoria dónde viven y dónde se hallan sus alimentos a lo largo de todo el año. En verano estos pájaros se dejan ver muy temprano por la mañana, antes de que despierte la mayor parte de la gente y, de nuevo, justo antes de la puesta del sol, cuando asaltan los árboles para picotear los frutos maduros, sobre todo los que cuelgan de las ramas más altas a las que nadie alcanza. En otoño son muchos los que recorren los campos segados, para espigar o, mejor dicho, disputarse los granos dispersos que puedan haber quedado a los pies de las plantas secas y los que hayan caído en los surcos de la tierra tras el arado o por la sequía. En invierno y primavera, al faltar los frutos en los árboles y los granos en las plantas, nuestros pájaros vuelven a rondar a los seres humanos. Durante esos meses, en efecto, el sustento se lo procuran las migas de pan que caen al suelo o los cachitos que alguien les deja en lo alto de un muro. Por último, cuando no tienen a su alcance ninguno de sus alimentos preferidos, y siendo como son oportunistas, salen del trance comiendo gusanos o incluso hormigas, que abundan todo el año. No extraña, pues, que estén siempre volando, sin parar de trinar, moviéndose a saltitos cerca de alguien o siguiéndolo de un sitio a otro.

Es una escena habitual. El estudiante que estuvo preso cruza solo el patio, seguido por el gorrión, cuando ya ha sonado el timbre y todos los alumnos están en las aulas. Y, aunque siempre entra tarde en clase por haber ayudado a su madre en el puesto, el

profesorado hace la vista gorda. Porque, aunque nadie se le acerca para expresarle solidaridad en público ni mantiene una relación cercana con él, por las posibles represalias de las autoridades, ante las que lo mejor es pasar desapercibidos, el hecho es que todo el mundo apoya a su madre facilitándole las cosas para que mantenga el puesto y comprándole falafel. Y eso que, para muchos, están algo más salados de lo debido. A menudo la describen como mujer de gran entereza ante las múltiples caras de la desgracia. Se ha ganado el respeto de todos, que no llevan a mal la dureza de su rostro. Se diría que nunca ha conocido la sonrisa, aunque en él se refleje toda una gama de expresiones. Por su parte, en el joven, su hijo, hay un deseo de aislamiento, del que dan fe sus ojos al evitar en lo posible encontrarse con los de quienes tiene cerca. Pero, al mismo tiempo, disfruta de una gran placidez de carácter. Se le ve en la cara, nunca crispada, y se refleja en su confianza en los demás y en que nunca los desatienda. Sus manos están siempre dispuestas a ayudar a quien lo necesite, y no solo a su madre, quien es causa, como ya sabemos, de que llegue siempre unos minutos tarde a la clase que haya tras el descanso del almuerzo. La distancia entre el puesto de falafel, que está a la entrada de la escuela, y el aula de su curso no es desdeñable. La alumna lo sigue con la mirada a través de la ventana junto a la que se sienta, desde el momento en que aparece en el lado derecho del cristal hasta que desaparece en el extremo izquierdo, siempre con el pájaro detrás.

Este, el gorrión, suele seguir al estudiante a cierta distancia. Cuando él está en el puesto de falafel, el pájaro se queda a esperarlo fuera, apoderándose de las migajas de pan o falafel que caen al suelo mientras los escolares devoran a toda prisa su almuerzo. Pero en cuanto el estudiante deja el puesto, el pájaro se coloca presuroso delante de él y avanza a saltitos, como si lo guiara

hacia el aula. Enseguida echa a volar y lo acompaña desde el aire, por lo que hay un instante en que se cruzan las sombras de ambos. Luego vuelve a seguirlo, volando o a saltitos, hasta que el estudiante llega al aula y entra. El gorrión revolotea por encima de la puerta o bien se posa en algún alféizar o queda suspendido batiendo alas a un lado del cristal.

No parece que al estudiante le importe que el pájaro vaya siempre tras él, lo que acaso ocurrirá mientras el gorrión siga vivo. Hay que exceptuar las ocasiones en que el viento sopla tan fuerte que ningún pájaro, por fuerte que sea, podría volar a su antojo. Su velocidad se reduciría mucho, cambiaría de dirección sin quererlo, sería incapaz de posarse donde le conviniera, e incluso, aun sin errar en el punto donde desea posarse, podría verse traicionado, a causa de una racha, por cualquier rama batiente.

Es lo que ocurre esta tormentosa mañana invernal en que la dueña del puesto de faláfel se ve obligada a despertar a su hijo, a pesar de que las autoridades acaban de emitir la orden de que se cierren las escuelas y establecimientos comerciales, y se confinen todos los habitantes del lugar en sus casas durante una semana. Lo encuentra despierto. Le pide que vaya de inmediato a la escuela para comprobar que los postigos metálicos del puesto están bien asegurados mediante el cerrojo interior. No está segura de haberlo echado ella misma. Mientras el joven se prepara para salir, el viento arrecia de modo tal que se quiebran ramas de árboles, caen los cables de la antena sujetos por una barra pegada por fuera a la ventana del cuarto de estar, y salen rodando los maceteros que se alinean a la entrada de la casa. El estudiante los ve casi todos mientras sale disparado hacia la escuela. Tiene que darse mucha prisa, le ruega su madre, y levantarse el cuello del abrigo. Él corre. Su madre le repite lo que acaba de decirle mientras él se aleja. Dos

palabras, cariño y corre, tratan de alcanzarlo, pero el viento les impide llegar a sus oídos y las lleva hacia otro lado. La sílaba ca- se desvanece, y luego el ruido de un tiesto al romperse oculta la sílaba final, -ño. Los tres primeros sonidos de corre son atropellados juntos, y queda solo el último, -e, que es devorado un instante después por el estallido de un trueno. Pero no importa. Él es un estudiante despierto, y lo mínimo le basta para entender. Corre con preocupación, está transgrediendo las órdenes de las autoridades, rebelándose. Llega a la escuela. Comprueba que los cierres están bien echados. Corre de vuelta a casa. Se acerca con presteza a la parra para asegurar los tallos con un palo que clava en el suelo. Libera las plantas de los tiestos rotos. Las cubre con jirones de tela para resguardar sus raíces y la tierra que las envuelve. Siempre a toda prisa, va hasta la higuera, detrás de la casa, y retira las ramas tronchadas que aún penden del árbol. Ata las demás a la red del cercado y, por último, hace un montón con las ramas sueltas allí al lado. Deja de llover. Junta en un rincón los trozos rotos de los tiestos. Todo lo hace volviéndose de vez en cuando hacia la ventana de la cocina, desde donde le llegan las instrucciones de su madre, a través de una rendija que esta ha abierto. Ahora le pregunta por qué no lleva las ramas caídas de la higuera al patio y las amontona allí. Él le contesta que la tierra está embarrada y se mancharía el suelo. La dueña del puesto de faláfel sigue en su sitio, tras la ventana, observando cuanto hace su hijo por proteger las plantas y los árboles, hasta que, por fin, él vuelve a entrar en casa.

La alumna se levanta poco después esa misma mañana. El día anterior ha convocado a sus compañeros para que se reúnan ante la cancela de la escuela e inicien una marcha como desafío a las órdenes de las autoridades. Ella es la primera en llegar, luego se le unen dos alumnos, una más poco después y otro. Están los cinco

parados junto a la cancela metálica amarilla, cuyos bajos comienza a corroer el óxido, en espera de que lleguen algunos más de entre los centenares de alumnos, para iniciar la marcha. Mientras aguardan, los azota el viento, los envuelve, los rasguña, les muerde, los abofetea, y empuja los postigos abiertos de las ventanas de algunas aulas. Su golpear provoca fulminantes estallidos de ruido. La emprende luego con las puertas de las galerías, tira las barreras metálicas contra el asfalto y las arrastra junto con un caldero de hierro. El viento no ceja. Crece el estruendo y van a más las sacudidas, sin que aumente el número de los congregados. Se les hace evidente que nadie más, ni siquiera el estudiante que estuvo preso, va a salir de casa para unírseles en la protesta. Todos se someten a lo que tengan a bien disponer las autoridades. Los cinco siguen parados ante la cancela. Dos o tres de ellos dejan que sus pies jueguen con los guijarros al tiempo que valoran la situación. Como mucho, dan unos pasos. Nadie les presta la menor atención salvo los pájaros que intentan una y otra vez posarse en los árboles cercanos o en el borde superior de la cancela sin conseguirlo. Ellos no siguen allí demasiado. Al mediodía están ya en sus casas, y en sus casas se quedan como todos los demás. Solo los pájaros prosiguen con sus revoloteos impacientes en el exterior. Más tarde, en cuanto se calma un poco el viento, se lanzan a surcar airosos el cielo con los tristes colores de su plumaje, yendo de los cables de la electricidad a algún balcón o el alféizar de una ventana y de allí a la azotea de cualquier edificio.

Con la caída del sol, que entrecortan las nubes, los pájaros parten de donde estén, se congregan en las copas de los árboles próximos a las casas y se serenan posados en las ramas. Los tenues rayos de sol que atraviesan los resquicios entre las nubes tiñen de naranja los troncos y las ramas. Algunas de estas están tronchadas

tras los intentos de trepar de muchachos inconscientes de que ya no son unos niños. Las ramas menos recias no resisten su volumen y su peso. Se quiebra alguna de vez en cuando y luego, poco a poco, va secándose. Solo ahora pueden las manos de esos muchachos agarrarse a las ramas tronchadas, por la parte en que se unen a las principales, y acaso apoyar los pies unos instantes en su ascensión por la copa del árbol. Un gorrión se queda un rato parado sobre una de las ramas tronchadas, mientras otros congéneres se distribuyen por el resto del árbol trinando bien alto.

Al acabar el día, pues, se desvanecen todas las trazas de la desobediencia civil que, en la mañana, ha iniciado la alumna junto con tres chicos y una chica de entre sus compañeros. Pero, como suele decirse, no hay mal que por bien no venga, o al menos eso piensan algunos. Pues a primera vista el fracaso en arrastrar a otros a la marcha les permite, a quienes así lo desean, cursar estudios universitarios a partir del otoño próximo sin que los persiga el fantasma de un expediente de seguridad. Los antecedentes de seguridad pueden ocasionarles retrasos serios en los estudios, sobre todo si los detienen. Y no solo eso, una vez liberados no pueden acceder a muchas titulaciones en cualquiera de las universidades israelíes, en las que casi todos se ven obligados a matricularse por los continuos cierres de las universidades palestinas, las frecuentes incursiones del ejército y las detenciones de estudiantes. La obsesión, en suma, por evitar un expediente de seguridad no es una insignificancia y, en la práctica, supone un obstáculo para que los alumnos respondan a una llamada a la desobediencia. Es una amenaza real, que está ahí. La presencian día tras día en el cuerpo robusto del estudiante que estuvo preso, matriculado ahora en un curso que no se corresponde con su edad. Su futuro es tan incierto como el del gorrión que siempre lo persigue.

Tomar precauciones ante los pájaros es algo que a nadie se le puede reprochar, cae por su propio peso. Toda la zona está bajo la vigilancia de los pájaros, que, en cualquier caso, no les pueden pasar a las autoridades información alguna sobre lo que la alumna y sus cuatro compañeros han hecho ese día, ya que no hay nada que merezca la pena transmitir. Tampoco da la impresión de que a la alumna le importe lo más mínimo, ni que se haya planteado la posibilidad de que algún pájaro haya comenzado a seguirla tras su llamada a la desobediencia.

Lo que sí deja huella, tras la tentativa que no pasará a la historia, es la total ausencia de contacto visual entre la alumna y el estudiante que estuvo en prisión, por más que dicho contacto no pudiera durar, ni en el mejor de los casos, más que unos instantes. Cuando, los días siguientes al frustrado acto de desobediencia, ella se queda allí de pie, a la espera del pan con faláfel que él ayuda a su madre a preparar, ambos evitan dirigirse la mirada. Ella ya no advierte el instante en que él se hace visible a través de la ventana del aula, caminando por el patio solo, pero seguido del gorrión. Los ojos de él ya no buscan la mano de la alumna, que es lo primero que se distingue de ella a través del cristal cuando el joven vuelve, con retraso, a su aula, justo antes de bajar la cabeza en cuanto localiza los ojos de ella. Ninguno de los dos se sienta ya en el asiento que el otro acaba de dejar. ¿Todo es casualidad? Podemos al menos conjeturar que el hecho no se debe a desencanto o a precaución exagerada, sino más bien a la brecha que se abre de improviso entre dos personas por un insignificante desacuerdo al que, en realidad, no han contribuido. Se deberá, lo más probable, a las circunstancias, a la situación, que va de mal en peor. Pero, sean cuales sean los motivos, así están las cosas. Se separarán al final del curso, y lo más seguro es que lo ocurrido no llegue ni a pasárseles

por la cabeza en el futuro.

El futuro, ese concepto terrorífico, del que nada saben ni él ni ella.

Y el futuro, como de algún modo cabía esperar, la conduce, al cabo de unos meses, a matricularse en una universidad israelí. Solo que la estudiante recibe la primera lección antes de llegar, cuando aún va de camino. Una lección que después situaría en un ámbito cuyo nombre aún le era ajeno: etnografía, área que se ocupa de las peculiaridades no materiales de los individuos. La lección se le ofrece en una zona en que abundan aldeas y pequeñas ciudades palestinas, cuyas casas y barrios se extienden a ambos lados de una calle principal.

Aldeas y ciudades rodeadas de olivares, en cuyas azoteas y balcones abundan las cuerdas para la ropa. A la entrada, pequeñas casas de comida que no ofrecen nada complicado, principalmente hummus y faláfel. Talleres donde se reparan automóviles y se cambian neumáticos. Grasa negruzca mancha la ropa de los empleados que rodean un vehículo aparcado ante el gran cierre metálico de cualquiera de esos establecimientos. Puede que asome la parte inferior del cuerpo de alguno de ellos, tumbado boca arriba bajo el motor de un vehículo elevado sobre el suelo. La camisa manchada se le ha subido, dejando ver la pálida piel de su vientre.

Se multiplican los establecimientos, se multiplican los caminos que desembocan en las entradas de las localidades. Los vehículos aminoran la marcha para que los conductores se saluden entre sí o a algún peatón, y le pregunten cómo está o hacia dónde va y brindarse a llevarlo si es posible. Sin transición se dejan ver casas dispersas, de fachadas ocultas por los árboles, libres de la agobiante congestión urbana que se ha tragado casi todos los rasgos de las viviendas. La concentración de edificios va empeorando a medida

que nos acercamos al centro de las localidades, donde no quedan restos del verdor que cubre las colinas. Puede que, desde lejos, se llegue a divisar entre las casas una palmera, pero nada más. Lo que sí se advierte es que algunas de esas viviendas no se han llegado a terminar, bien porque sus dueños se han quedado sin fondos, bien porque a última hora les ha faltado el permiso de las autoridades. Han quedado simples estructuras inhabitables. Solo el óxido ha colonizado las barras de hierro que sobresalen de las superficies y pilares, dejando en el cemento restos en forma de anillas que se van ampliando con el tiempo.

Va sentada en el bus colectivo que debe llevarla hasta un punto cercano a la universidad. El vehículo se detiene de pronto en un lugar que no es un aparcamiento. Suben dos soldados. Más o menos tienen su edad, quizá sean un año o dos mayores, y observan con detenimiento a los pasajeros mientras recorren el estrecho pasillo que hay entre las dos filas de asientos. Está claro que buscan palestinos, y escogen a tres personas que, por la apariencia, deben de serlo. Dos llevan ropa desgastada y sucia, indicio de que son obreros. La tercera es una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo. Los soldados les piden que se identifiquen para asegurarse de que son palestinos y se los llevan fuera sin alboroto alguno. La sumisión que muestran los tres hace menos probable que los demás pasajeros, que no quieren llegar tarde, se alteren. El bus vuelve a ponerse en marcha sin los dos hombres y la mujer. Han dejado tres asientos libres en los que no se fijan los demás pasajeros. Puede que los ocupen quienes vayan subiendo en las siguientes paradas, sin saber por qué están libres esas plazas. Ella se los queda mirando con aprensión. Con su ropa limpia y el cabello descubierto, la estudiante se ha librado de la criba, de que miren sus papeles y la obliguen a bajar. La han dejado sentada en su sitio.

Lo usual es que pongan en libertad a quienes obligan a bajar de los buses al cabo de un cuarto de hora, o, en ocasiones, de un par de horas como mucho. Depende de la suerte que tengan, una vez que los hayan cacheado, registren su equipaje y llamen al centro de información de la policía para comprobar si tienen abierto expediente de seguridad. Los soldados paran luego otro bus y le ordenan al chófer que lleve a aquellos a su destino sin cobrarles. Pero de este nuevo vehículo harán bajar a quien les parezca que es palestino, y así hasta que acabe la guardia de esa pareja y los sustituyan otros dos soldados, que harán lo mismo. Rutina de seguridad.

El procedimiento de acceso al edificio de la universidad se parece al de subir a un autobús en un detalle determinado, la inspección. Al igual que los demás estudiantes, ella tiene que pasar por una sala que hace las veces de recepción principal, donde abren carteras o mochilas para mostrarle el contenido al guardia. Este se inclina sobre la abertura y mete las manos en la cartera o mochila. Revuelve lo que haya dentro y hace un gesto con la cabeza permitiendo la entrada. Cuando la sala no está demasiado llena de estudiantes, el guardia no se levanta de su silla. En lugar de eso, el estudiante o la estudiante se acerca y le muestra lo que traiga, de modo que él le permita seguir. Pero también puede ser que, sin mirarlos siquiera, el guardia siga leyendo el periódico o conversando con quien esté a su lado. En este caso se puede acceder sin más.

Tras el control de seguridad se llega a un gran jardín que ocupa el espacio interior de la universidad. Césped muy verde cortado con precisión, flores, arbustos y árboles, incluidos un ciprés y varias palmeras, entre los que se distribuyen tubos de riego. Se oyen trinos de pájaros. El jardín lo cerca un muro de piedra que coronan barrotes metálicos. Saltarlo debe de ser poco menos que imposible.

Que lo intente quien quiera, si se atreve. Más allá de los muros que circundan la universidad se extiende un parque de plantas subtropicales de gran tamaño, al que dan las viviendas de los estudiantes y, un poco más allá, vecindarios palestinos.

A unos pasos de la sala de registros está la entrada efectiva a la universidad. La estudiante se dirige hacia la puerta giratoria, la empuja para entrar y, de inmediato, la asalta el bullicio de los estudiantes que van y vienen por un amplio y largo corredor. Algunos se desvían a izquierda o derecha, en dirección a los despachos de las distintas secciones o facultades, o bien hacia las aulas. El corredor desemboca en el sector interior del recinto, ocupado, aparte de por los muchos jóvenes, por mesas en torno a las cuales están de pie o sentados unos pocos representantes estudiantiles adscritos a los partidos políticos permitidos por las autoridades. Su misión es acoger a los estudiantes nuevos y orientarlos. Ella sigue avanzando hacia el aula donde asistirá a su primera clase, en una titulación que parece ambiciosa por las muchas materias que hay que cursar.

Nada más entrar opta por sentarse en la primera fila de la gran aula, y lo mismo en las demás clases, una elección que sin duda le permitirá oír mejor. Varias sillas más allá puede que se siente algún otro. Lo usual es que la mayoría de los estudiantes se sitúen en las filas que van de la tercera a la penúltima, espacio en el que forman un abigarrado y activo conjunto, aún más llamativo gracias a las frías luces que alumbran desde el techo. Todos hablan en hebreo. Es la primera vez en que ella se ve privada de la lengua árabe. Resulta evidente, además, que es la más joven del grupo. Todos deben de tener unos tres años más, diferencia seguramente debida al periodo en que han cumplido con el servicio militar.

En este punto conviene señalar que la diferencia de edad no es

privativa de ella. Una vez recobrada la libertad, el estudiante que estuvo en prisión fue durante dos cursos el mayor de toda la escuela. Y la diferencia aún podría haber sido más considerable si el joven no se hubiera graduado, como ella, al comienzo del verano pasado. El hecho es que, tal como le repetían los profesores y profesoras, era un alumno diligente y disciplinado, noble y bien educado. Una persona de principios, capaz de completar la secundaria a pesar de la brusca y larga interrupción que supusieron los cuatro años en que estuvo preso.

Se ha sacado el título, repite la madre de él durante meses a quien le pregunta. Pero, durante ese tiempo, el futuro se empeña en retener en la escuela al estudiante ya titulado, pues ha vuelto a ponerse al servicio de su madre en el puesto de faláfel, tal como antes. La diferencia es que sus compañeros de secundaria se han titulado todos.

El otoño se asienta con pesadez al iniciarse el nuevo año escolar, que, como siempre, trae consigo una nueva generación de estudiantes. Su bisoñez se pone de manifiesto, sobre todo, en lo que tardan en decidir cómo quieren sus raciones de faláfel, mientras los veteranos, que pierden la paciencia, tratan de quitarles el sitio. Consciente de lo que ocurre, el estudiante, ya bachiller, impone desde el interior del puesto su voz sobre los que quieren colarse y les pregunta a los novatos qué desean, concediéndoles el tiempo necesario para que se expresen.

A ella, como universitaria, nadie le concede más tiempo. Una clase tras otra, un día tras otro, queda claro que tarda demasiado en tomar los apuntes. No consigue anotar en sus hojas más que palabras sueltas y frases que empiezan y no terminan. Verbo y complemento directo. Verbo. Verbo y sujeto. Un nombre. Un término. Fragmentos entre los que quedan espacios en blanco, como

si las palabras que faltan se hubieran perdido, pero fueran a encontrar el camino de nuevo. Los vacíos puede que se extiendan a lo largo de varias líneas, y la distancia que queda libre aumenta con el desarrollo de la clase. Se entorpece así cualquier relación lógica y la probabilidad de que, al final, aquello valga para algo. Su deficiente toma de apuntes y su silencio prolongado delatan hasta qué punto le falta el dominio del hebreo que a los demás les permite escribir páginas enteras a partir de lo que oyen y participar sin el menor esfuerzo en las vivas discusiones que tienen lugar en las clases. Ni siquiera puede participar en la eclosión de risotadas que se extiende por la clase a raíz de alguna intervención. Salta a la vista que su casi nula comprensión del hebreo no afecta solo a los contenidos de las materias de estudio, sino que incluye, asimismo, casi todo lo que se dice a su alrededor. Unas dos o tres semanas después del inicio del curso se traslada unas filas más atrás, medida que le evitará que algún profesor o profesora llegue a ver sus hojas casi vacías.

Podemos atribuir lo que resulta cada vez más evidente, esto es, la barrera lingüística a la que ella se enfrenta en la universidad, a las características del hebreo que domina. En la escuela secundaria le enseñaron a conjugar los verbos y a analizar la Torá, los Libros de los Profetas y poemas escritos a finales del siglo XIX y comienzos del XX, coincidiendo con las tentativas de revivificar el hebreo. Ahora bien, hasta los pasillos y espacios de la universidad no llega ninguna de las expresiones que contenían esos textos. Además, el hebreo que oye en las clases no solo no guarda relación alguna con el que ha estudiado largos años, sino que el acento y la velocidad empleados no le son en absoluto familiares. Así las cosas, y por si no bastara, cuando se le escapa el sentido de alguna palabra, no la ayuda en absoluto el consejo que les dio el profesor de Lengua Hebrea en la escuela para comprender alguna palabra nueva que se

les pudiera resistir. Según él, podían adivinar el significado valiéndose de alguna palabra árabe que se le pareciera, gracias al parentesco entre las dos lenguas, ambas semíticas y derivadas del arameo. Pero, como se sabe, toda regla tiene sus excepciones, y ella lo comprobará en la práctica poco después.

El hecho es que parece perdida, y haberse trasladado varias filas hacia el centro de la sala no le supone ventaja alguna, o, mejor dicho, solo le trae inconvenientes. Los compañeros que tiene ahora a su alrededor no guardan silencio, lo cual le impide escuchar con claridad las explicaciones. En cuanto acaba de anotar unas pocas palabras, como si pudiera distinguirlas, aunque se le escapa el secreto vínculo que las une, y levanta los ojos del papel para concentrarse en las palabras de quien está hablando, su vista se pierde en el espacio vacío que hay bajo el techo, por donde se arrastran expresiones que vienen de todas partes. Su estado de estupefacción persiste, casi la paraliza. Y así sigue, inmóvil o poco menos, hasta que los demás estudiantes comienzan a agitarse al final de la clase, ordenando los papeles en los que han anotado mucho de lo que se ha dicho durante la última hora y media. Ella se levanta también de su asiento sin haber podido evitar que en sus papeles haya mucho más que un vacío con escasas palabras separadas por numerosos renglones en blanco. El verbo ha perdido su sujeto, el complemento directo se ha quedado solo. Últimamente han comenzado a aparecer, junto a estas palabras, ciertos signos de puntuación: tres puntos, interrogación, admiración. Puede, asimismo, que la estudiante trace líneas entre los puntos, formando triángulos con el vértice hacia arriba, que enseguida se convierten en rombos. O que cierre el signo de interrogación, convirtiéndolo en un globo o en un ojo con una lágrima. O que amplíe el de admiración para hacer de él un cilindro o una cápsula espacial con la

superficie bien entintada. Con el paso del tiempo, proliferan en las hojas de papel diversas formas geométricas de finalidad indefinida, trazadas sin mucha precisión y a expensas de las palabras. Hace tiempo en realidad que ni escribe ni pronuncia un solo vocablo.

Volviendo al bachiller, no ha de extrañar que también él haya pasado días sin pronunciar una sola palabra. Esto lo justifican, al menos en parte, las exigencias de su tarea en el puesto de faláfel, donde debe escuchar las peticiones de los estudiantes y no charlar con ellos. Si no está trabajando, suele quedarse en su habitación con la puerta cerrada. La situación no era muy distinta cuando era estudiante. A profesores y profesoras les parecía más callado que los demás, sin que esto supusiera problema alguno. Por regla general, no se espera que los estudiantes participen o hagan comentarios durante las clases, pues acabaría reinando el caos. Solo a unos pocos se les concede el uso de la palabra. En su caso, la escasa locuacidad se debe a su paso por la cárcel. El que lo tuvieran aislado durante casi tres semanas lo ejercitó en la práctica del silencio mejor que cualquier otra experiencia. Un modo de resistir durante los interrogatorios, de no confesar ni delatar, consiste en mantener silencio a pesar de los variados procedimientos de tortura. Pero al final lo que lleva al estudiante a fallar durante su detención, haciendo vanos sus denodados esfuerzos por no quebrarse durante el procedimiento, es que, durante no más que un instante, abandona el silencio y deposita su confianza en un pájaro.

Antes del advenimiento del gorrión, se manifiestan diversas especies de seres vivos dispuestos a compartir con él la celda de aislamiento. De una rendija que hay junto al lavabo surgen bandadas de hormigas que se arrastran sin parar por el cemento del suelo y la superficie rugosa de las paredes. Más tarde, de oquedades que no es posible distinguir pero sí intuir, salen cucarachas y a veces

ratas, que corretean por el limitado espacio de la celda, alrededor o por encima de su cuerpo. Es entonces cuando recurre a la apestosa manta para cubrirse entero, de pies a cabeza. La manta, además de retener su aliento, está llena de chinches que aprovechan la ocasión para atacarlo y chuparle la sangre. Pero si, a continuación, se tiende directamente en el suelo, no solo evita las chinches que también pueblan la estera, sino que la frialdad del cemento, que no tarda en propagársele hasta los huesos, le alivia un poco el ardor de las picaduras. Por otra parte, la manta con la que se cubre le protege los ojos de la intensa luz que siempre, a cualquier hora, inunda la celda. En la práctica, todo y no solo la agobiante falta de espacio contribuye a su aislamiento y su castigo. Hasta el tiempo lo aísla del exterior al transcurrir con mayor lentitud de la esperable. Dada la iluminación constante, no es posible distinguir la noche del día. El cuerpo ya no sabe cuándo velar y cuándo dormir, y, en este segundo caso, por cuánto tiempo. Ni qué comida está asimilando, dado que todas se parecen. Ni cuándo evacuar. Tampoco tiene por qué haber ya un motivo verosímil para que su cuerpo esté a punto de derrumbarse al menor cambio que se produzca. Las punzadas le recorren las extremidades, de ahí pasan a la espalda y luego a la cara, imitando los avances de las hormigas por su piel. Cuando no tiene la cabeza cubierta por la manta en esos momentos, aprieta los párpados para que la oscuridad se cierna sobre sus ojos, que perdieron la luz del día cuando lo detuvieron. Los avances de las hormigas, la permanente e intensa luz blanca, el sueño entrecortado, los interrogatorios, todo ello tiene agotados los ojos del estudiante encarcelado. A veces los mantiene cerrados y consigue estar a oscuras. Acaso consiga dormir. O puede que lo despierte otra vez el estruendo de los carceleros, que irrumpen en su celda para llevárselo a un interrogatorio, para hacer una

inspección o para nada. También puede ser que se despabile sin más. La luz deslumbrante y el pavoroso silencio están a la espera. Sus ojos siguen entonces, una vez más, el avance de las hormigas, que no detienen su camino de ida y vuelta desde la rendija junto al lavabo. Su mirada se aferra a una hormiga que se ha separado del resto; los movimientos libres del insecto no parecen torpes en absoluto. Siempre hay, de cualquier modo, una hormiga perdida que recorre dubitativa los rincones de la celda y acaba, dado lo angosto del lugar, dirigiéndose hacia él. Le sube por un pie o un brazo, se mete entre los pliegues de su ropa, desaparece. Luego vuelve a verla, moviéndose cerca de él, por entre los salientes de las paredes o sobre el suelo de cemento. Desaparece. Surge otra vez. Se ausenta. Una vez más avanza sobre él con tranquilidad. O quizá se trate de otra hormiga. Lo más probable es que él no llegue a enterarse de que, mientras que los dinosaurios, a pesar de su poderío y sus bramidos, no lograron sobrevivir a las catástrofes planetarias y acabaron extinguiéndose, las hormigas sí que fueron capaces de afrontar todos los desastres y se salvaron.

Antes de que acabe la primavera, las hormigas han recorrido centenares de metros por la celda y los carceleros le hacen saber al detenido que ha concluido la investigación, durante la cual él se ha mantenido firme y en silencio. Lo transfieren entonces del aislamiento en solitario a una celda ordinaria mientras concluyen las diligencias para ponerlo en libertad, según le explican. En la celda ordinaria, que es más amplia, hay varios camastros de hierro y un retrete con un asiento muy sucio, aunque el hedor que desprende el sanitario no es tan repugnante como el que emana del agujero destinado a esos fines en la celda de aislamiento. En uno de los rincones anida un gorrión cuyos trinos han acabado con el silencio espantoso que rodeaba al estudiante los largos días pasados. Y,

como cada vez se siente más cómodo en la compañía del pájaro, va poco a poco bajando la guardia ante la posibilidad de conversar. Así hasta la tarde en que los carceleros irrumpen en la celda y se lo llevan para proseguir con la investigación.

La estudiante rompe su silencio en unas circunstancias muy diferentes. Unas semanas después de haberse incorporado a la universidad, abrumada por lo poco que comprende de lo que oye en la mayor parte de las clases y por su nula interacción con quienes asisten, se decide a hacer algo. Al final de una de las clases se acerca a un grupo de estudiantes rezagados que están debatiendo sobre algún punto tratado en la lección. Suele ver a ese mismo grupo en otras asignaturas obligatorias. Cuando está casi al lado de ellos, les pregunta en voz baja y aprensiva si alguno podría prestarle sus apuntes para fotocopiarlos, pues ella es demasiado lenta al tomar notas. El joven que tiene más cerca señala a otro estudiante, que está de pie con los demás, afirmando con gran seguridad que los de este último son los mejores apuntes. De modo que ella le pregunta al segundo estudiante si podría fotocopiar sus anotaciones de esta y de las clases anteriores a las que lo ha visto asistir. La petición da lugar a una serie de preguntas y concisas respuestas acerca de las asignaturas que tanto ella como los estudiantes del grupo están cursando. Cuando ya la charla está a punto de agotarse, uno de ellos le pregunta por su modo de hablar el hebreo. Ella contesta que su acento es árabe. Por unos instantes se hace el silencio, hasta que lo rompe el estudiante señalado para decir que, por supuesto, no hay inconveniente alguno.

El grupo se dispersa. Todos los estudiantes dejan la sala, uno tras otro, despidiéndose entre risas y olvidándose de decirle nada a ella, quizá sin querer. Es la última en salir, con el cuaderno de uno de ellos en la mano, que le han dado sin entusiasmo. Era de esperar, no

importa.

Va a uno de los puntos distribuidos por la universidad donde pueden hacerse fotocopias. A pesar de que hay muchas máquinas, lo habitual es que haya que esperar al menos un cuarto de hora, o hasta una hora y media o más en época de exámenes. Las largas esperas no se deben siempre al número de páginas o a la velocidad de la máquina, sino, sobre todo, a la torpeza con que afrontan la tarea algunos estudiantes, en especial los novatos. La estudiante levanta la tapa de la máquina, tal como ha visto hacer a los demás mientras esperaba en la cola. En la superficie de cristal aparece una serie de números y líneas que le resultan misteriosos, y otro tanto ocurre con la mayoría de los botones que hay en la parte delantera. Su confusión se traduce en el número de hojas que desperdicia antes de completar la tarea de fotocopiar el cuaderno prestado. Aunque el ruido siempre es el mismo cada vez que aprieta el botón de copiar, el resultado es ya un papel de mayor tamaño, ya del tamaño adecuado pero con una letra muy pequeña. Una vez sale solo la mitad de la página fotocopiada junto con su mano y parte del brazo, y otra, dos ejemplares de la misma página. Hasta que, por fin, consigue fotocopiar todo lo que necesita.

Al comienzo de una de las siguientes clases le devuelve el cuaderno a su dueño apenas lo ve en medio del aula. Se lo tiende dándole las gracias con cortesía. Él lo recibe, le dice apresuradamente que de nada y se da la vuelta de inmediato para ponerse a hablar con un pequeño grupo de estudiantes que tiene cerca. Ella no le pide que le permita fotocopiar el resto de los apuntes de otras asignaturas que contiene el cuaderno, deseo que sí expresó la vez anterior.

Enseguida resulta evidente el vacío que cerca a la estudiante cuando está sentada entre sus compañeros. El aislamiento se

arrastra hacia ella, sube por la silla, luego pasa a la mesa y le difunde por el cuerpo descargas de incomodidad. Esto la induce a desplazarse hacia la última fila de asientos en las aulas, donde no hay nadie más.

Luego, en el tiempo libre entre clase y clase, se dirige sin detenerse al ascensor más cercano y lo llama. Este suele llegar antes de que nadie se le pueda unir. Pero, mientras tanto, la rodean las conversaciones de los centenares de estudiantes que pueblan el amplio espacio de la zona común cerrada, por la que transitan en buen número. Un bullicio del que emergen palabras en hebreo, con acentos diferentes, acompañadas de vez en cuando por palabras árabes. Solo al cabo de unos instantes dejará de percibirse todo ese ruido y desaparecerá el reflejo deformado de su cara sobre los dos batientes cerrados del ascensor en cuanto se abran y ella entre. El efecto de presionar el «menos dos» o el «menos tres» es una leve y agradable presión en el pecho que acaba cuando se detiene el ascensor. Se abren de nuevo los dos batientes y la estudiante sale al mundo subterráneo de la universidad. Un espacio de duro cemento gris por el que se extienden decenas de coches aparcados. En el aire quedan restos del olor que produce la combustión de los motores, ahora apagados. Descubrió este modesto y aislado lugar cierto día, al equivocarse de botón en el panel de dentro del ascensor.

No tiene que alejarse mucho entre los coches estacionados. Cruza dos o tres hileras y tuerce a la izquierda para apartarse de la pared que queda a la derecha. Se sienta en el suelo y apoya la espalda en la rueda de un coche que le parece menos sucio que los demás.

El lugar es por lo general muy tranquilo, apenas lo perturba el ruido programado que, durante unos minutos, emiten las rejillas de ventilación. El zumbido viene acompañado cada vez de la

aceleración de las partículas de polvo suspendidas en el aire y atravesadas por la luz de las lámparas que hay distribuidas por el techo. Dichas partículas resisten con sutileza las leyes de la gravedad en su planear zigzagueante, ahora a derecha, ahora a izquierda, para volver a subir, descender un poco y ascender de nuevo. En otros momentos puede oírse un breve y amortiguado sonido, generado por la contracción o la expansión del metal en algún motor de automóvil. Ella, apoyada en la rueda, deja pasar el tiempo con tristeza, hasta cinco minutos antes de que acabe el descanso y se acerque el comienzo de la siguiente clase. Es de prever que sus estudios universitarios se prolonguen cuatro años.

De vuelta a él, al estudiante, cuando lo conducen de nuevo a la sala de interrogatorios, el oficial responsable continúa con el relato de cómo procedió, en compañía de otros dos individuos, a realizar pintadas contra el Estado el año anterior, en concreto la noche del 15 de diciembre de 1987, tras lo cual se dieron a la fuga, tal como informó el gorrión. A la confesión se adjunta una cinta grabada. El oficial pone en marcha el magnetófono, que emite una voz del detenido bastante más infantil de lo que es en realidad. Pero ante estas transformaciones de la voz no cabe la sorpresa, pues, además de ser el mero registro de una máquina, choca con las duras paredes de la celda y reverbera, lo cual carga los agudos; pero aún hay más, ya que el eco envuelve la voz sin llegar a absorberla. Apenas hay muebles blandos en la celda y la única presencia es la del gorrión.

Una vez que ha caído en la trampa del pájaro, el estudiante detenido piensa que va a tener que confesar los delitos que se le imputan. La consecuencia es que lo declaran culpable y lo condenan a cuatro años de prisión. El objetivo de las autoridades es sofocar cualquier tentativa de revuelta, prevenir que acciones semejantes se

repitan. En otras palabras, un escarmiento para todos los habitantes de la zona, o al menos para gran parte de ellos, no solo él.

Aunque han pasado dos años desde que lo pusieron en libertad, sigue evitando por lo general participar en casi todo lo que ocurre a su alrededor. No entabla conversación con nadie ni en la escuela ni fuera de ella, salvo para ayudar a su madre en el puesto de faláfel.

De alguna manera, la estudiante ha llegado a una situación parecida. Pasan los días y sigue siendo incapaz de tomar parte en casi nada de lo que ocurre a su alrededor en la universidad. Se sienta en la última fila de las aulas o deja pasar el tiempo entre los coches del sótano, sin escribir una sola letra, sin pronunciar una sola palabra, con una excepción.

Al comienzo de las clases de matemáticas, nada más entrar en el aula, va a sentarse en medio y no al final, ella sola, y espera impaciente a que las cifras de ecuaciones y problemas vayan tomando forma en el verde oscuro de la pizarra. Como se sabe, las matemáticas no requieren otro lenguaje que el suyo propio para su comprensión. De modo que no hay uso lingüístico ni acento alguno que la entorpezcan o la impidan. No bien acaba el profesor de escribir un problema, antes aún de volverse para enunciarlo, el dedo índice de la estudiante corta el aire para dar la respuesta. Unas pocas palabras en hebreo se aprestan a salir de su boca. Y al final de la clase sale a toda prisa, como suele, hacia el ascensor más cercano al aula y lo llama para que la lleve al aparcamiento.

Mientras tanto, el otoño sigue avanzando con pesadez e incrementando la carga de tareas del estudiante, ya bachiller, en el puesto de faláfel. Poco a poco aumenta el número de horas que acompaña a su madre, y al final acaba estando con ella desde la apertura hasta el cierre. Lo primero que tiene que hacer es lavar las verduras y cortarlas. Por la mañana temprano su madre recoge lo

que va brotando, según la estación, en el pequeño huerto de la casa. Más que nada, cebollas, tomates, perejil y patatas que él se encarga de llevar al puesto junto con los pepinos y la lechuga que compra en el mercado. Para empezar, lo coloca todo en un gran recipiente, echa por encima unas gotas de vinagre, lo cubre con agua fría y lo deja en remojo unos minutos. Si las verduras traían mucha tierra o arena, el agua se pone marrón. Después las pica para preparar las ensaladas y deja las patatas listas para freírlas. También tiene que renovar, cada pocos días, el aceite de freír. Cuando es necesario, es lo primero que hace al llegar al puesto. Por encima de todas estas tareas queda siempre la de hacer la masa para las bolitas de faláfel, que es la especialidad, casi secreta, de su madre. Por más que los ingredientes y hasta las proporciones sean conocidos, en el amasado interviene un elemento misterioso, del que solo es testigo la luz del alba. Dado que la mujer no recurre nunca a instrumentos de medición, el conocimiento de las proporciones exactas de lo que hay que añadir a la mezcla requiere tener muy buen ojo, una mirada certera y severa. Esa mirada con la que su madre afronta las primeras luces del día y que no cambia nunca, ni siquiera en los momentos en que ambos se quedan parados, mano sobre mano, allí en el puesto. Después de preparar todas las ensaladas y freír las patatas, solo les falta esperar a que suene el timbre del receso para comer. Los ojos del bachiller vuelven una y otra vez a fijarse por unos instantes en esa mirada que ha colonizado los ojos de su madre. Al parecer, ha ganado determinación desde que él acabó los estudios, y aún alcanza mayor dureza durante el largo descanso, cuando, allí plantada en medio del puesto, confecciona las bolas de masa que arroja al aceite caliente y observa los rostros de los estudiantes a quienes sirve faláfel. Una mirada que no deja lugar alguno a la desesperación.

En la universidad no son precisamente las miradas severas las que suscitan desesperación, sino, de nuevo y siempre, la lengua. Las respuestas en hebreo de la estudiante, que brotan de su lengua en las clases de matemáticas, indiferentes al señorío del silencio que por lo general la envuelve, impulsan a un estudiante a preguntarle una tarde, al final de la clase, cuando ya se dispone a salir del aula, por el origen de su acento en hebreo. Ella contesta diciendo que su acento se debe a la lengua árabe. Otra estudiante, que está por allí cerca y lleva el pelo recogido en una cola de caballo, hace un comentario sobre los árabes que incluye una expresión con la que ella nunca se ha encontrado. Pero le recuerda a otra, que comienza igual en árabe. La expresión hebrea parece tener la misma raíz que la árabe, ambas comienzan igual, de modo que deben de significar algo parecido, según les enseñó el profesor de Lengua Hebrea en la escuela. Bellas Personas. Sonríe con agradecimiento a la compañera que ha hecho el comentario; esto es, según ha entendido, que los árabes son bellas personas. Los estudiantes se dispersan y se alejan de la puerta del aula. Solo queda otra joven, que se pega a ella en su camino hacia el ascensor. Es la misma que suele sentarse cerca de ella, unos pocos asientos más allá, y está siempre dispuesta a resolver las ecuaciones tras unos momentos de vacilación. A veces ella le permite contestar, bien por sentido de justicia o por hastío, es difícil conjeturarlo. La compañera le pregunta, en un hebreo marcado por un acento que ella de momento no puede precisar, cómo ha podido sonreír con lo que la otra acaba de decirle, que los árabes son unos bellacos. ¿De verdad?

El problema es que ya es tarde, que el tiempo ha huido a toda prisa para convertirse en pasado, impidiéndole volver a su propia sonrisa de agradecimiento para borrarla. En lugar de eso, el presente le ofrece la oportunidad de reflexionar sobre la distancia

que hay entre la belleza y la bellaquería, donde está emboscada la necedad, y poder reírse de sus deficiencias en hebreo. Pero, tarde o temprano, el incidente, que viene a coronar semanas de aislamiento, acabará avivando la intensa perturbación que sufre la estudiante hasta el punto de desmoronarla. Se le hace difícil respirar cada vez que entra en un aula, el corazón le palpita y le recorren el cuerpo unos sofocos que acaban por cubrirle la nariz y la frente de una fina capa de sudor. El cansancio se le trasluce en el gesto mientras avanza, dubitativa, hacia la última fila, recorriendo con la mirada los rostros de los estudiantes. La inquietud no le abandona los ojos hasta el final de la clase.

El otoño sigue siendo templado. Muchos estudiantes lo aprovechan para pasar en el jardín el tiempo de que disponen entre clase y clase. Se acomodan en la verde hierba a leer, a comer algo o a sestear en soledad o en pequeños grupos. Los ojos de la estudiante quedan prendidos de estas escenas habituales para los favorecidos por las circunstancias, mientras va de camino hacia el ascensor para bajar sola al sótano, o bien cuando vuelve en dirección a las aulas. Una de esas tardes, junto a una de las puertas de cristal enmarcado en metal marrón que dan al jardín, lo distingue, sí, ahí está. El camaleón reaparece tras una larga ausencia. La estudiante se queda inmóvil para poder seguir con ojos angustiados al reptil, que se agita y contonea en su lento avanzar. Da dos pasos hacia delante, pero, antes de concluirlos, da uno hacia atrás. Luego saca la lengua, veloz como una flecha, mientras la observa a ella, justo antes de ocultarse pasando del verde al marrón.

Pero el camaleón no desaparece en realidad, pues se hace presente en el mundo de la estudiante, trayendo consigo sus sombras temblorosas, cada vez que ella se ve obligada a responder, una vez más, a la pregunta incidental sobre ese acento que habita

en su hebreo. Norrteamerricano, es la respuesta que profiere el camaleón dejando que ruede la erre. Al parecer, la erre, que lleva años y años rodando, encuentra por fin una nueva presa, y ahora gracias al camaleón. El hecho es que su sonido continuado, sin vibraciones, sin que la lengua llegue a tocar los alveolos, envuelve con firmeza a la estudiante cada vez que esta habla en hebreo. En lo sucesivo su pronunciación de la erre induce a los compañeros, cada vez que se preguntan por el origen del acento de la estudiante al hablar con ella, a coincidir una y otra vez con lo que le dicta el camaleón: debe de ser norteamericana. Es más, algunos de ellos llegan a preguntarle con total espontaneidad si es de origen norteamericano, cuando ella responde a alguna pregunta en hebreo profiriendo una gran abundancia de esas erres rodantes. Pues sí, precisamente, así es. Aunque es el camaleón el que lanza la respuesta, cuyo eco reverbera con nitidez en los oídos de los presentes. A esta persistencia del camaleón puede achacarse el que la estudiante complete su respuesta hablando de sus primeros años en los Estados Unidos de América y de cómo, siendo una niña de corta edad, vino con sus padres al país para vivir en un pequeño asentamiento dedicado a la cría de cabras de blanco pelaje. Mientras lo dice, la estudiante no deja de mirar hacia abajo, al camaleón, que no para de tejer detalles biográficos. Este, a su vez, fija en ella los ojos, cuyo brillo confirma que las expresiones pueden con facilidad deslizarse entre las rendijas de las lenguas, tal como ocurre con las bellas personas y los bellacos.

Y de este modo, con su total sumisión a los hábitos de camuflaje del camaleón, los diálogos de la estudiante en la universidad acaban por apartar por completo al idioma árabe, forzándolo a retirarse al espacio del silencio y, de ahí, a desvanecerse. Las repetidas charlas le vedan al árabe hasta el menor papel. Sea como sea, es de prever

que nadie reparará en dicha desaparición. En consecuencia, no podrá evitarse la pérdida que amenaza con producirse, anunciada por ese progresivo desfallecimiento. La estudiante, en suma, no vuelve a pronunciar más palabras en árabe, que ahora se dispersan en el interior de su boca antes de que la abra.

Pero la rendición no es total. Poco antes de que la estudiante entre en alguna de sus clases, el árabe trata de trepar hasta su lengua para contar algo distinto. Fracasa, sí, una y otra vez. Aunque no del todo, ya que consigue, pasado algún tiempo, que ella llegue unos minutos tarde a las clases y salga también unos minutos antes de que acaben. Esto, al menos, impide que la estudiante comente con quienes la oigan las invenciones biográficas del camaleón, y también que cristalicen charlas espontáneas, con esos compañeros o con otros nuevos, lo que obligaría al pequeño reptil a reaparecer para llevar las riendas de la conversación.

Con el paso de los días, pues, la estudiante llega cada vez más tarde a las clases y se marcha antes. Tanto es así que llega el momento en que ya no tiene sentido asistir a ninguna, salvo a la de Matemáticas. En lugar de dirigirse hacia las aulas, pasa casi todo el tiempo en su habitación en la residencia o, si está en la universidad, en la planta menos dos o menos tres del aparcamiento. Eso, si no se dedica a traducir del hebreo al árabe las lecturas obligatorias del programa, añadiendo a mano las palabras en el estrecho espacio en blanco que queda entre las líneas impresas. La operación exige que el árabe se reduzca también en la escritura. Los signos que escribe son del tamaño de hormigas. Un gran número de insectos, en bandadas, se arrastra por las páginas de aquí para allá, enzarzándose en peleas. El resultado es que la letra árabe de la estudiante se va haciendo más y más pequeña, más y más fea, y en general siempre que usa el árabe, no solo cuando traduce del

hebreo los textos obligatorios.

En la cárcel, al enterarse los presos de que el estudiante tiene una letra clara y vistosa, le asignan la misión de caligrafiar las cartas, que requieren trazos diminutos como hormigas. Dado que la idea es sacarlas clandestinamente de la cárcel, él las escribe en finos papeles de fumar cuando hay, o, si no, en recortes de papel, donde toma al dictado lo que le dice el prisionero del que se trate. Una vez escrita la doblan en numerosos pliegues, la envuelven en un plástico que queman por los bordes, y así la convierten en una especie de píldora que se traga el preso a quien van a poner de inmediato en libertad. El estudiante escribe en estos casos entre cinco y ocho cartas de una vez. Suponen, en la práctica, la única oportunidad que las palabras de los encarcelados tienen de salir del recinto de la prisión sin que las sometan a la censura oficial, que actúa con las cartas, en su mayor parte dirigidas a esposas o madres, como si fueran peligrosas tentativas de perturbar la seguridad del Estado.

La comunicación lingüística que se les permite a los presos en las cárceles israelíes se reduce a lo que pueda someterse a la censura de sus respectivas direcciones, y se ofrece solo a través de dos conductos. O bien las conversaciones que tienen lugar a ambos lados de la mampara que separa al preso de su visitante, por lo general una mujer, o bien lo que pueda llegarles a los encarcelados a través de los altavoces de los distintos módulos. Se trata de selecciones de programas emitidos por las emisoras de radio oficial, casi siempre partes oficiales de noticias o, en escasas ocasiones, canciones variadas, acaso acompañadas de breves dedicatorias, muy raramente dirigidas a alguno de los presos. La Autoridad de la Radiodifusión no suele permitir que se incluyan dedicatorias a presos políticos. Pero, cuando alguno de los seres queridos en el exterior consigue burlar a los responsables de la emisora y dedicarle una

canción a un preso valiéndose de algún código lingüístico, todos los que están en la cárcel escuchan aquellas palabras con total atención, como si cada uno fuera su único destinatario. Además de los contenidos que les llegan a los oídos, la radio les ofrece acceso a un espacio en el que no podrán hallarse durante años o puede que décadas. Les es posible percibir al menos una parte de lo que se oye en el exterior, privilegio del que no disfruta ningún otro de sus sentidos. No pueden tocar a quienes los visitan, pues tienen de por medio la mampara. No pueden ver más que las reducidas áreas del cielo que les son accesibles desde los módulos de la cárcel o a través de la reja que cubre el exiguo patio de la prisión. Solo pueden oler o degustar el rancho de la cárcel, que nada tiene que ver con los olores y sabores que tanto echan de menos. Sin discusión, es el exceso de cáscaras de habichuelas en esa agua que pasa por potaje lo que mantiene cautivos sus paladares.

Una observación al margen, que acaso se admita como elemento pertinente a la narración. De ninguna de las cartas que escribe el estudiante preso durante los años de su reclusión y sacan los recién liberados es él el remitente. Su madre es iletrada y sus dos hermanas son, durante aquellos años, demasiado pequeñas para leer cartas como esas. También por ese motivo, que su madre no sepa leer ni escribir, recae sobre sus hombros, cuando se reincorpora al puesto de faláfel, la tarea de elaborar la lista de la compra de los ingredientes necesarios, que su madre le dicta al final de cada semana para que haga acopio de todo antes del comienzo de la siguiente. Cuando escribe esas listas su letra sigue siendo tan clara y vistosa como siempre.

De entrada, no se entiende por qué también la estudiante se aferra a las habichuelas blancas. Una buena ración de habichuelas guisadas con tomate, concentrado en este caso y con la apariencia

de un guiso tan consistente que no puede extenderse de manera uniforme por el plato, es todo lo que consigue consumir en la universidad. Va a la cantina de la facultad a primera hora de la tarde. No durante la hora del almuerzo, cuando el lugar está tan atestado que la haría quedar en evidencia. Y se sienta sola a comer al extremo de una mesa. En cuanto se acaba el guiso se va a la residencia o baja al segundo o tercer sótano, a los aparcamientos, si es que no han acabado aún las clases de ese día, a la mayoría de las cuales sigue sin asistir. Pero da lo mismo, ya esté en su habitación o en el edificio de la universidad, asista o no a las clases, no la abandona la peor forma de ansiedad, cuya virulencia se agrava según va empeorando la situación. No llega a ser testigo, con todo, de las nutridas manifestaciones políticas en el recinto de la universidad. Solo es consciente de que aumenta el número de los vehículos militares que acuden con urgencia a los barrios palestinos limítrofes. Mientras tanto, el camaleón no deja de seguirla. Se acurruca debajo de la cama en la residencia o tras el volante de algún coche aparcado en el sótano, o bien se esconde tras una columna de los pasillos semivacíos de la universidad cuando los estudiantes han entrado en las aulas a su hora. El camaleón siempre está ahí, amenazándola con inmiscuirse en cualquier momento y supervisar la charla.

El camaleón solo se desentiende de la estudiante durante las clases de Matemáticas, a las que sigue asistiendo con regularidad. La estudiante entra en el aula y se encamina hacia el centro de la sala para sentarse, afrontando el juicio que sobre ella se emita, sea que la consideren bella o bellaca persona, dependiendo de los distintos puntos de vista o de su grado de elocuencia en hebreo. Y se queda callada. Su participación en las clases no va más allá. Un día le llega de improviso una nota doblada varias veces.

Los estudiantes recurren a notas en recortes de papel para comunicarse entre sí durante las clases. Pueden así intercambiar frases cortas con la libertad que supone el que no las oigan ni los demás compañeros o compañeras ni quien esté impartiendo la lección en ese momento. Sobre la estrecha superficie de papel, un mero desgarrón de una hoja más grande, se despliegan preguntas concretas, observaciones resumidas o incluso chistes. Inicios de diálogos silenciosos que se desarrollan en paralelo a los audibles en el aula y acaso se entrecrucen con estos, dando lugar incluso, a veces, a cierto trasvase de palabras y expresiones. Aunque también puede ser que nada tengan que ver entre sí. Las notas permiten llegar a acuerdos para la realización de planes o proyectos diversos, algunos de los cuales se plasmarán nada más acabada la clase. Tales recortes de papel se envían a compañeros destacados o queridos, o, por supuesto, a quienes cuentan con muchas amistades. Ni que decir tiene que la estudiante ha visto más de una vez esos recortes pasando de una mano a una mesa y de otra mano a otra mesa, y así hasta alcanzar el destino deseado, que no es nunca, salvo desde hace unos segundos, el lugar donde ella está sentada. Esta es, en efecto, la primera vez que le llega una nota en un recorte de papel. En su interior formulada en hebreo la pregunta de que si le apetece comer juntas. Pero ¿juntas quiénes?

Pasea la vista por el aula. Algunas cabezas reposan en las mesas, pertenecen a quienes duermen o descansan. Otras están erguidas, quizá levemente inclinadas hacia el docente. Alguna, pegada a la de otra persona, y entre ambas planean palabras musitadas. No lejos de donde está la estudiante sentada, localiza unos ojos dirigidos a ella sin reparo alguno. Es la joven que le aclaró que acababan de llamar bellacos a los árabes. Justo antes de que la hiciera reparar en ello, habían estado ambas resolviendo los

problemas de la pizarra. Es ella, pues. La estudiante aguarda unos instantes antes de asentir con la cabeza.

Los asistentes se levantan de sus asientos al final de la clase. Alguno va hacia el profesor; unos pocos se detienen junto a los compañeros o compañeras que siguen en sus asientos; un grupo se dirige sin más hacia la puerta del aula, y los restantes se asoman al pasillo preparándose para la siguiente clase. La estudiante solo deja su asiento cuando se alivia la aglomeración en torno a la puerta. Fuera del aula se encuentra con la compañera del mensaje, que la está esperando. Echan a andar juntas, esta última uno o más pasos por delante. Inclina un poco la cabeza a la derecha, de modo que algunos mechones de su cabellera quedan al aire mientras habla con entusiasmo del contenido de la clase. Ella la escucha mirando hacia abajo. Seguro que el camaleón no tendrá que hacer acto de presencia para tomar las riendas de la charla, al menos no por ahora. De repente, de camino a la cantina, la otra le pregunta por sus sentimientos sobre lo que dijo aquella compañera, o sea, que los árabes son unos bellacos. Tras un breve silencio, ella contesta que no entiende. La otra le dice que, en su opinión, un comentario como ese bordea el acoso.

Acoso. Una palabra que se lee a menudo en la prensa o se oye en las noticias en relación con algún suceso violento contra un individuo o un grupo sale ahora a colación para narrar algo que le ocurre a uno de los personajes de la presente novela, y eso que el hecho en cuestión no fue más allá de la pura oralidad. ¿Esto es adecuado? La estudiante no hace ningún comentario. El silencio las acompaña a ambas hasta que la otra lo rompe preguntándole cómo es que se ha matriculado en una universidad israelí y no en alguna de las palestinas. ¿Cuál es el propósito de todas estas preguntas?

Llegan a la cantina. La otra se dirige a la sección de faláfel,

mientras que ella, como suele, va a donde el potaje. Es probable que se aferre a este no porque siempre le apetezca, sino por el temor a que, si pide cualquier plato en hebreo, acaben preguntándole por su acento, o bien al desprecio soterrado en el caso de que resulte evidente de dónde le viene la manera de hablar sin que haya necesidad de aclaración alguna. ¿Quién sabe? La voz hasta le tiembla en esas ocasiones. Pero con el potaje es distinto. Se para delante del mostrador de madera, en el que ya descansa, en la parte delantera, un buen plato de guiso de habichuelas. Lo coge, paga y se va. La otra sigue pidiendo, charlando y regalando sus sonrisas, parada ante la sección de faláfel. Nuestra estudiante se queda a unos pasos del final de la cola, esperando que a la otra acaben de rellenarle el pan y se lo entreguen. Ella le hace una señal indicándole la mesa al extremo de la cual tiene costumbre de sentarse, en la parte más oscura y apartada de la cantina. Estas circunstancias no pasan, con seguridad, inadvertidas a la otra, quien le propone que se sienten, mejor, al lado de la ventana que da al jardín. El sol ha llegado antes que ellas a una de las mesas.

Mientras están juntas, a la mesa, la otra vuelve a preguntarle a nuestra estudiante por qué se matriculó en esta universidad y no en alguna de las palestinas. El malestar se le trasluce en el rostro antes de contestar. La otra se le adelanta explicándole que, en su caso, no le quedó otra alternativa, ya que esta fue la única universidad que le ofreció una beca. Tras una nueva pausa, algo incómoda, ella contesta que en realidad deseaba estudiar en alguna de las universidades palestinas. Pero lo que suele ocurrir en estas, esto es, las irrupciones por parte del ejército, las detenciones de estudiantes, las manifestaciones, las protestas y demás formas de resistencia, llevó a sus padres a oponerse de manera tajante a que siguiera sus estudios en una universidad palestina. Le aclararon que, entre pasar

varios años en la cárcel o en casa, era preferible quedarse en casa, sin duda. Ya tenían ambos bastante con su hermano. Aquí le pregunta la otra dónde habría querido estudiar de haber podido. Las preguntas no acaban. Contesta limitándose a pronunciar el nombre de la institución. La otra lo repite, pero lo pronuncia de tal modo que parece distinto. Lo intentan de nuevo, hasta cuatro o cinco veces más, pero no hay manera. La pronunciación de la otra consigue que el nombre de la universidad palestina resulte inidentificable. Dejan de intentarlo. El problema radica en la diferente pronunciación de la erre en hebreo y en árabe, como siempre, y en que la otra estudiante pone los acentos donde no debe. De pronto, esta propone que vayan juntas a visitar esa universidad palestina. Si es posible. ¿Qué le parece? Ella clava los ojos en las habichuelas, ahogadas casi en tomate, y allí los deja unos segundos antes de contestar.

Poco más adelante, a media mañana de un día de finales de ese mismo otoño, el futuro se renueva de improviso. Ocupados con la limpieza del lugar, mientras el gorrión trina en el exterior, la dueña del puesto de faláfel le plantea a su hijo, el bachiller, la cuestión de sus planes de futuro. Cabe en lo posible que, en respuesta a la pregunta de la madre, él guarde silencio, al menos en principio. Y, en efecto, no dice nada. Tras una breve espera, la madre afirma que su futuro, el de su hijo, lo pisotearán los demás, que van corriendo tras sus propios intereses. Así, sin preámbulo. La reacción del hijo es gritarle a ella a la cara, algo que raramente se permite. Lo que la madre quiere es que el joven se matricule en la universidad, y al hijo no se le escapa que ella puede prever cuál va a ser su respuesta, tal como lo confirma el hecho de que ella no espere a oír lo que el joven tenga que decir sobre ese futuro que acabará siendo pisoteado.

En realidad, está equivocado. Damos fe, además, de que ella aguarda unos instantes, haciendo gala de sensatez. De cualquier modo, para conciliar entre ambos puntos de vista con neutralidad, conviene situar con precisión ambas opiniones en sus respectivos marcos. Según lo ve la madre, aunque quizá ella lo expresaría con otras palabras, los esfuerzos de su hijo en pro de la libertad y el futuro de los demás le acarrearon el perder su propia libertad y su propio futuro. Por otro lado, según él lo ve, su madre es como todas las personas que tiene alrededor, víctimas de esa creciente manía según la cual el éxito personal solo se consigue a través de la formación universitaria. Pero lo cierto es que su caso está decidido de antemano. Las universidades palestinas, de un lado, pasan más tiempo cerradas que abiertas. En cuanto a las israelíes, hay áreas que en las guías vienen marcadas con un asterisco seguido de las letras hebreas aleph y tsadi. Basta con mirar al final de la guía para leer, tras un nuevo asterisco, que esas áreas están reservadas a quienes han pasado por el ejército. Luego hay una lista de carreras que les están vedadas a quienes tengan antecedentes penales de seguridad. De modo que solo le quedan las áreas secundarias, no científicas, como Ciencias Sociales, Geografía, Historia, Arqueología y similares, ninguna de las cuales le reportará más beneficio, una vez obtenida la graduación, que volver de cabeza a trabajar en el puesto de faláfel. Las instituciones del gobierno o las que dependen de las autoridades solo pueden emplear a los graduados en determinadas especialidades. Y no solo eso, puesto que, aun suponiendo que pudiera hacer uso de toda su capacidad y volviese a casa con su título en Medicina o Derecho, ni soñando podría ejercer como médico o abogado por culpa de su expediente de seguridad. Ella está enterada de todo esto a la perfección y, sin embargo, ahora le da por predecir el futuro. ¿A qué viene reabrir las heridas?

Poco más o menos en esto consisten los rugidos que el desatado tigre le dirige a aquel par de ojos severos de los que ya hemos hablado. El bachiller vuelve en sí y se serena, pero no de inmediato. Su voz, cada vez más elevada, acaba de alcanzar el nivel del grito hace unos minutos y, sí, hablando con su madre, nada menos. Ese estudiante íntegro siempre y de conducta irreprochable. La madre se arrincona en el silencio. Llegada a su fin la desagradable discusión, nos resulta imposible asegurar si lo que tiene la madre en el rabillo del ojo izquierdo en ese instante es o bien una gota de sudor debida a la limpieza del local, caldeado por el fuego que ha estado vivo hasta hace muy poco bajo la sartén, o bien una lágrima. El aceite sigue caliente. A la espera de que se enfríe, ambos permanecen callados. Terminan de limpiar el local y lo cierran.

Lo que al final queda claro es que, siendo su madre de por sí parca en palabras y tras el estallido del joven esa tarde, lo más probable es que ulteriores preguntas sobre los planes del bachiller o sobre cualquier otro asunto serio queden descartadas al menos por algún tiempo. Pero es seguro que, si ella no vuelve enseguida a plantearle la cuestión del futuro que le espera, no es por enojo ni por temor a un nuevo estallido del joven, sino que ello da cuenta de la profunda comprensión de la madre ante lo que hierve en el caletre del hijo, tal como ningún otro ser puede entender a un tigre que se desmorona.

A partir de ese momento, sigue siendo posible que él la informe a veces, cuando a él le parece, sobre el lugar al que se dirige esa mañana o la siguiente, a lo cual ella no responde. En lugar de hacerlo, la madre se acoge al silencio propio de un pez que nada de acá para allá. Un pez de una especie determinada, que a nadie le interesa pescar. Estrecho, ojos negros, piel del color de las sombras. Su aspecto y su propia existencia apenas suscitan la atención de los

demás, incluso cuando sale del agua para freír faláfel y, concluida la tarea, vuelve a su nadar silencioso. Con un ojo observa el mundo marino que se extiende en una dirección, y con el otro, el mundo terrestre en el lado contrario.

En este mundo, el terrestre, han transcurrido unos días desde la hora del almuerzo que ambas compartieron, y ahora ella vuelve a estar en compañía de la otra estudiante. Están en una gradería levantada en esa otra universidad cuyo nombre no consigue la última pronunciar como se debe. Antes de que ambas salieran hacia allá, apareció el camaleón y le dirigió uno de sus consejos. Mientras dure la visita, conviene que la otra estudiante se exprese en inglés y no en hebreo. Este idioma, el hebreo, explica el camaleón, solo se oye en todo el recinto de la universidad cuando se producen las irrupciones del ejército.

Yendo ambas de camino, las acompañan señales de que el otoño está llegando a su fin. Las gruesas capas de polvo que cubren los alféizares en casas y locales que dan a la calle dejan constancia de que no ha llovido durante meses. El polvo acumulado salta a la vista, sobre todo, en las superficies de los vehículos estacionados, indicio de que no los han movido desde las últimas precipitaciones. En uno de ellos alguien ha escrito Lávame, por favor, sin que nadie haya acogido el ruego. Con el empeoramiento de la situación, que se agrava día tras día, y la consiguiente presencia del ejército por caminos y carreteras, viajar en automóvil ya no es fácil. De esta tiranía del polvo no se libran los alcaparros, que procuran conservar durante todo el año su verdor desvaído a pesar de que crecen en los lugares menos fértiles. Un buen ejemplo es ese alcaparro que crece donde se encuentran el asfalto de la acera y la caja metálica del generador eléctrico, a unos metros del semáforo que regula el tráfico de la calle principal. En el lado derecho de esta, una vez

pasado el semáforo, crecen unos cuantos pinos negros. Firmes ante la dureza de la sequía, su verdor es de alguna manera intenso. Al otro lado, a la izquierda, hay un almendro solitario. Su escaso follaje mantiene un verde descolorido aun después de que el otoño haya alcanzado su auge.

La universidad que vienen a visitar está rodeada también de pinos negros y almendros, bajo los cuales reposan hojas secas. Hay también un limonero, a la derecha del campus, y más allá una extensión de tierra parda, arada con cuidado. Luego comienza una zona en penumbra, cuyos detalles ya no es posible distinguir.

Transcurren unos minutos, ya a media luz, antes de que las dos estudiantes se detengan en la gradería que han levantado en medio de la explanada exterior. Las rodea una gran muchedumbre de estudiantes y otros que no deben de serlo, espectadores todos de una sesión de danza y canto populares. Entre el público hay quien baila o se balancea al ritmo de lo que están tocando, haciendo que la gradería se estremezca. Ella no se une a la danza. Se limita a mirar con neutralidad al público, incluida la otra estudiante, cuya melena vuelve a agitarse a derecha e izquierda mientras baila como los demás al son de canciones en árabe de las que no entiende ni una sola palabra. Las miradas neutrales de la estudiante no delatan los sentimientos que le genera la felicidad de quienes la rodean. A medida que el concierto avanza, sus ojos van desplazándose poco a poco entre los zapatos de unos y otras, desviando la vista hacia algo que supone todo lo contrario a su acostumbrado aislamiento en la universidad, en concreto la quietud que se le viene encima siempre que se encuentra en el aparcamiento o en su habitación de la residencia. Al acabar el concierto no se marchan de inmediato. La otra se entretiene conversando con algunos estudiantes en inglés, siempre con el mismo y característico acento que tiene en hebreo.

Todo el mundo rebosa de alegría. Ella la espera, apoyada en uno de los coches aparcados junto a la gradería, y observa al grupo hasta que cesan la conversación y las risas que llegan hasta ella. Explicaciones sencillas en las que sobresalen determinadas palabras. Dabke. Mawwal. Ataba. Albórbolas. Rusia. Gorbachov. Fuertes risotadas se intercalan entre cada comentario, aunque nadie ajeno al grupo entendería qué hay de gracioso en todo ello.

El silencio vuelve a acompañarlas en su regreso hacia la residencia universitaria donde ambas se alojan, pero solo hasta que se rompe con ímpetu cuando el transporte colectivo que han tomado junto con otros pasajeros llega al puesto de control. Tras la espera acostumbrada, la otra salta de pronto al exterior y se pone a gritarles a los soldados en hebreo. Es la primera vez, desde que emprendieron la excursión, en que vuelve a recurrir al hebreo para hablar o, mejor dicho, para vociferar. Les espeta a los soldados que son escoria y que no tienen ni idea de la vida que están oprimiendo, que están intentando llevar a su total extinción. El chófer le pide mientras tanto a la estudiante que baje ella también del bus porque, le explica, no quiere tener problemas con el ejército. Ella asiente en silencio y baja. El chófer saca la mano por la ventanilla y le tiende el importe del viaje de ambas para que puedan acabar el viaje. Ella cruza la calle hacia la acera contraria al punto de control y echa a andar despacio, acompasando su ritmo al de la otra estudiante, que avanza por la acera contraria, alejándose poco a poco de los soldados. Aunque de vez en cuando se detiene, se da la vuelta y vuelve a increparlos con sus gritos, que más parecen los aullidos de un animal herido, de cuyas fauces se desprendieran las palabras en lugar de ser proferidas. A veces, por momentos, la parte superior de su cuerpo se inclina, como si fuera a vomitar esas palabras. En esos casos, la melena le cae por delante y le tapa tanto la cara como las

lágrimas que se la humedecen en parte. Los soldados, que comenzaron a burlarse de ella al ver su documentación y comprobar que es israelí, siguen muriéndose de la risa por lo que ven y oyen. La noche llevaba hasta entonces camino de ser muy aburrida, afirma uno de ellos muy contento.

Pero al final las dos se alejan del control. La otra cruza la calle para juntarse con ella y le repite lo que les ha dicho a los soldados, pero ahora en tercera persona del plural masculino y no en segunda como antes. Ella permanece callada. Poco después la otra se une a su silencio. Completan a pie el trayecto, pues a esas horas de la noche ya no hay transporte público. Caminan durante casi una hora y media en la más espesa oscuridad, sin hablar de lo que ha ocurrido ni de ningún otro asunto. Después no tienen ocasión de verse mucho. Los profesores y las profesoras de todas las universidades israelíes anuncian una huelga total, durante la que se suspenden las clases.

Lo cierto es que la noticia de la huelga no puede más que procurarle alivio a la estudiante. Desde que comienza, deja de verse obligada a ir de estudiante en estudiante solicitando que le dejen fotocopiar algún cuaderno de apuntes. Tampoco tiene ya que contestar a ninguna pregunta sobre el origen de su acento en hebreo. Ya no debe mostrarse complaciente cada vez que el camaleón le invente, para que las cuente, vidas falsas, de las que ella debe retirarse a continuación. Tampoco vuelve el camaleón a asaetearla a hurtadillas con sus consejos. Ya no teme sonreír ante un comentario que resulta ser un desprecio. Ha desaparecido la angustia que la envuelve mientras está sentada en la mitad del aula en clase de Matemáticas. Ya no tiene que tomarse su guiso de habichuelas blancas a primera hora de la tarde, sino al mediodía, momento en que se dirige con su plato hacia una mesa en el centro

del espacio principal de la cantina, que sigue abierta pero apenas sin clientes. Ha dejado de verse obligada a refugiarse en el aparcamiento del sótano. La universidad está casi desierta durante la huelga.

Pasan casi dos meses y medio antes de que se cumplan las reivindicaciones del cuerpo docente. En este punto conviene indicar que la estudiante no está al tanto de dichas reivindicaciones en detalle, algo de lo que no hay que extrañarse dado su feroz aislamiento. También puede que esté creciendo en ella la indiferencia por los detalles de lo que ocurre en su entorno. Una tendencia que en ocasiones llega a convertirse en auténtica fobia a los detalles, a la que habrían contribuido su parquedad de palabras y la imposibilidad de comunicarse con otras personas.

Si bien esa tendencia está obviamente relacionada, en el caso de la estudiante, con sus carencias lingüísticas, lo cierto es que se trata de una propensión registrada en múltiples sujetos. La incapacidad de asimilar lo que ocurre a nuestro alrededor y el dejar de escuchar a los demás pueden tener como finalidad la autodefensa, siempre que surjan como una elección. Esa misma propensión ha podido estar detrás, en el pasado, por poner un mero ejemplo, y sin entrar en todos los casos que podrían reseñarse, del deficiente conocimiento que muchas personas, incluida la estudiante, tienen de las reivindicaciones de los presos cuando estos anuncian que van a abstenerse por completo de alimentarse. La acción de protesta duró diecinueve días y tuvo lugar casi un año y medio antes de la que emprendieron los y las docentes en las universidades israelíes. Y eso que dicha huelga de hambre se considera una de las principales acciones del movimiento de presos desde el año 1948. En esta protesta, que tiene lugar durante el encarcelamiento del estudiante preso, los reclusos que mantienen la huelga de hambre no le

permiten a este que se una a ellos por lo joven que es. Pero, una vez concluida, cuando la Dirección de Prisiones accede a concederles el grueso de sus reivindicaciones, sus compañeros de celda le confían, además de la tarea de caligrafiar las cartas, la de enseñarles hebreo.

El estudiante preso ha cursado Lengua Hebrea, incluida su gramática durante varios cursos en la escuela, antes de que su encarcelamiento le permita oírla y escucharla a diario en las conversaciones de los reclusos, los oficiales y hasta los cocineros, normalmente presos comunes que no paran de vociferar. Ello se une a lo que ha aprendido gracias a los libros. De modo que la experiencia de la cárcel le facilita la práctica real de la lengua. Además, la enorme capacidad de los adolescentes para adaptar su acento le permite practicarla articulando los sonidos tal como lo hacen los responsables de la prisión, casi todos los cuales hablan un hebreo exento de sustratos de otras lenguas previas que hayan pervivido en su dicción. Así es como el estudiante preso consigue modificar la pronunciación de tres consonantes concretas: la «ḫ», que se transforma en «kh»; la «ʿa», que se convierte en «a»; y la «r», que pasa a ser «gh». Con todo, este último sonido, la erre del hebreo, insiste en pegársele al velo del paladar durante un tiempo, en tanto que los jueces instructores y los oficiales la pronuncian todos más arriba, en lo alto de la cavidad bucal, como si fuese un bloque enrollado que resonara por sí mismo, muy cerca del punto en que comienza el velo del paladar, pero sin llegar a tocarlo. Gh, gh, gh, gh, gh, gh, gh, gh, gh, gh, trina el pájaro una y otra vez, y el estudiante preso lo repite susurrando, por lo que no queda claro si ya pronuncia a la perfección la erre del hebreo o aún tiene que seguir practicando.

De todo esto, sumado a los beneficios de su instrucción en los

fundamentos del hebreo durante ocho largos años, hace uso el estudiante preso para darles clases de este idioma a los compañeros que lo desean durante los tres meses que le quedan para ser liberado. A razón de dos letras al día cuando es posible, los presos, muy distintos entre sí por sus edades, sus trayectorias previas, su grado de implicación en la actividad política y los años que llevan en la cárcel, logran dominar la lectura y escritura de las veintidós letras del alefato en mucho menos de un mes. Para ir avanzando, se sirven de palabras sencillas que se parecen mucho en su forma a los equivalentes árabes. Luego comienzan a utilizarlas en breves oraciones completas, y de ahí pasan a palabras y oraciones más complicadas. El siguiente paso consiste en obligarse, desde después de cenar hasta la hora de acostarse, a hablar solo en hebreo. Al cabo de unos tres meses de trabajo constante y diario, palabras que llegaban a los oídos de estos presos en los pasillos de la prisión como si fuesen ensalmos de sentido abstruso, o de que se mostraran a sus ojos símbolos de un código indescifrable, comienza todo ello a transformarse en expresiones que pueden entender y a veces hasta contestar. Desde el principio no se le olvida al estudiante preso llamarles la atención sobre las diferencias de pronunciación de las tres consonantes antedichas, según se trate de hablantes del hebreo o del árabe.

La necesidad de estudiar hebreo se debe a que los presos han alcanzado una de sus peticiones principales, de entre las exigidas durante la huelga de hambre; a saber, poder cursar estudios universitarios mientras están encarcelados durante años. Al final las autoridades acceden a permitirles a quienes lo deseen en las distintas prisiones, y puedan acreditar un título de secundaria, claro, que se matriculen en cierta universidad israelí, que es precisamente donde está matriculada la estudiante.

Dicho de otro modo, antes de que los y las docentes de las universidades israelíes se declaren en huelga, y después de que les concedan lo que exigen, coinciden con la estudiante unos compañeros a quienes tampoco les es posible asistir a las clases en las aulas, y no porque se escondan en alguna de las plantas subterráneas del edificio de la universidad o en la habitación de la residencia, como hace ella, sino porque siguen los estudios desde sus celdas carcelarias. Sea como sea, del mismo modo que ella no sabía mucho sobre la huelga de hambre de los presos ni de los resultados positivos que tuvo, tampoco llegará a enterarse de la existencia de estos nuevos estudiantes con los que comparte universidad.

El logro de las reivindicaciones de profesoras y profesores tiene, a su vez, como consecuencia lógica el que se anuncie que se reemprende la actividad docente. El estudiantado vuelve, por tanto, a las aulas y la estudiante se encontrará sin más remedio y de nuevo con la otra en las clases de Matemáticas. Esta última la recibe con una amplia sonrisa, casi como si la rodeara con sus brazos. Vuelven a verse al final de la clase. Mientras almuerzan juntas, la otra la invita a visitar a su familia el fin de semana. Ella acepta la invitación con tibieza de ánimo.

Nótese que esa falta de entusiasmo en la estudiante no se limita al momento en que recibe esa invitación, sino que la acompaña adondequiera que vaya o haga lo que haga. Es precisamente lo contrario de lo que ocurre con la otra estudiante, cuyo frenesí se manifiesta por doquier, hasta en los mechones de su cabello. Puede pensarse con buena base que la falta de entusiasmo de la estudiante invitada se debe a una suerte de entumecimiento, en virtud del cual sus días transcurren con el mínimo esfuerzo, de lo que se sigue una menor presión de la angustia que la atenaza. Aunque, eso sí, hay

que reconocer que dicho entumecimiento entra en abierta contradicción con el espíritu del tiempo actual.

La vitalidad propia del comienzo de la primavera rebrota para revigorizar todo cuanto vive. Desde el interior de la tierra vuelve a estallar la lozanía verdeante que asoma en cualquier parte, desde cualquier rendija, incluidas las grietas apenas visibles de los muros y edificios, o en la mitad de una calleja asfaltada por la que nadie transita. El nacimiento de matas en esas grietas confirma una peculiaridad que raramente se destaca en las descripciones de la naturaleza: la obstinación. No hay superficie de azotea, por sólida que sea, capaz de oponerse a la predisposición de ciertas plantas a brotar en su superficie. Tal es el caso del alcaparro antes mencionado, o del musgo. Algunas matas crecen perpetuando la vida en lugares abandonados, por ejemplo, aldeas y barrios cuyos habitantes fueron en su día desalojados o expulsados, y con ellos sus formas de vida. En ocasiones, esas plantas crecen en lugares insólitos. Pueden aparecer en las ventanas de las casas abandonadas, o en los vanos de sus puertas, tal como hicieron quienes las habitaron una mañana, para contemplar, desde esa misma ventana o quizá desde otra, y con alarma, la destrucción que los circundaba, intrigados por la procedencia del estruendo repentino. O bien cuando aguardaban en sus puertas a que se marcharan quienes acababan de despedirse. Esas matas, por otra parte, atraen a diversas especies de insectos, tales como hormigas, abejas o mariposas, además de arañas. Todos esos seres juntos contribuyen a que la existencia bulla en lugares que se consideran exentos de vida.

Mediada casi la primavera llegan unas vacaciones escolares de dos semanas, y el puesto de faláfel cierra. El bachiller, en vez de quedarse en casa, trata de encontrar un trabajo que le procure

algunos ingresos con que ayudar a su madre, quien está ahorrando para los estudios universitarios de sus dos hijas menores, las hermanas de él. Todo lo que la madre consiguió ahorrar para la formación superior de sus tres hijos, gracias a las ganancias del puesto de faláfel durante años, se consumió para cubrir los gastos del abogado al que contrató para la defensa de su hijo tras su detención. Algunas personas cercanas a ella intentaron disuadirla argumentando que no había leyes ni fuerza alguna en el universo que pudiera hacer frente a acusaciones que, para el Estado, tenían que ver con la seguridad. Pero de nada sirvió.

Tras preguntar entre sus conocidos, el bachiller encuentra trabajo por unos días en el sector de la construcción, en la pintura. Mezcla colores, acarrea y cambia los cubos, da la primera mano. Es todo lo que le piden. El resto de las vacaciones se ocupa, siguiendo las instrucciones de su madre, en podar los árboles que hay junto a la casa, la higuera, el joven granado, la parra, y de acabar con las malas hierbas, en especial correhuelas y elaterios, que brotan feraces en esta época del año. También tiene que estercolar. La verdad es que va con mucho retraso.

Esto no supone un obstáculo para el empeño de la madre, quien todos los años, al aproximarse el fin del invierno, siembra distintas hortalizas, en especial cebolla, perejil y patatas, y a veces zanahorias, lechugas, pimientos, berenjenas y tomates. Ella misma se encarga de su cuidado hasta el verano. Para que medren, las riega, según la estación, todas las mañanas, y a mediados de primavera comienza a recogerlas. Buena parte de lo que cosecha en el huerto lo aprovecha en el puesto de faláfel, tras dejar en casa solo cuanto consumirá la familia.

Desde que lo liberaron, él ya no es tan diligente en el cuidado de la tierra y de los árboles, es cierto, pero no hay que sorprenderse. A

resultas del encarcelamiento ha dejado de entender las necesidades de los árboles y plantas durante la primavera, su perentorio calendario. Durante cuatro años le quedó oculto el ciclo completo de la naturaleza. Una experiencia ardua. Ni en las celdas ni en las galerías ni en los espacios por donde se puede caminar en el interior de la prisión hay planta alguna, ni la más pequeña. Esto no pone en tela de juicio lo que hayamos leído sobre personas encarceladas que han hecho crecer plantas por distintos procedimientos. Puede que él o ella haya encontrado, por ejemplo en un guiso, una semilla de leguminosas, una habichuela sin ir más lejos, que por accidente no haya hervido. El preso o la presa se la esconde en la boca y, al volver a su celda, logra que quienes la comparten le ayuden a conseguir lo necesario para hacerla germinar y crecer. Son unos simples requerimientos básicos, que no difieren demasiado de lo que aprendimos en la escuela; solo que en la cárcel hace falta mayor destreza y creatividad para asegurarlos. Para empezar, el recipiente. Puede elaborarse a partir de un paquete de cigarrillos, una vez eliminada la parte superior, con precaución desde luego, de modo que la estructura de la cajetilla quede inalterada. En lugar de algodón, pueden añadirse pañuelos o recortes de papel humedecidos, que se colocan al fondo del paquete para que acojan la semilla. Luego hay que moverlo a diario y por cortos lapsos a los lugares donde haya más sol en la celda para que la semilla se nutra de la luz, antes de devolverlo a su escondite en prevención de los registros por sorpresa, de donde puede derivarse su decomiso. La semilla, por su parte, puede prosperar o no.

El siguiente fin de semana la estudiante va con la otra a visitar a su familia. Al llegar las recibe la pronunciación de los padres de la otra, que no dominan del todo el hebreo y lo hablan con mucha mayor influencia de su lengua originaria que su hija. El acento es tan

fuerte que cuesta distinguir de qué idioma, de los dos entre los que se mueven, se están sirviendo en un momento dado. El segundo, además del hebreo, es el ruso, le explica la otra estudiante. Sin embargo, el hermano de esta, bastante más joven, es, según las palabras de la familia, un verdadero prodigio en lo que se refiere al hebreo, pues lo pronuncia sin el menor acento mientras pasa de una lengua a otra sin pensárselo. Conversan un buen rato sobre la capacidad que tienen los niños de aprender idiomas a toda prisa. El muchacho, a todo esto, sonríe con dulzura mientras salta del ruso al hebreo y de un sillón a otro en el cuarto de estar, como si estuviera persiguiendo a un ser que solo él puede ver.

La madre se retira luego a la cocina, el padre sale al jardín y se acomoda en un asiento que debe de ser muy cómodo. Se pone a leer dejando que la suave luz del sol, propia de una tarde primaveral, trace su sombra sobre los guijarros de un gris intenso. La silueta de esta se altera cada vez que el padre ejecuta el menor movimiento. Detrás de él, por toda la superficie del pequeño jardín, crece cierta especie de hierba verde que los campesinos consideran tan nociva que, en cuanto aparece en sus tierras, la eliminan. Hay también algunos arbustos de verdor perenne que nadie se ha ocupado de recortar con cuidado, de manera que sus ramas crecen en encrespado desorden. De vez en cuando los invade algún gorrión, y la rama donde se posa se inclina hacia las inferiores, que la ayudan a soportar el peso del minúsculo ser. El gorrión cumple con su destino de reemprender el vuelo, lo que permite a la rama recuperar su estado anterior. Entre el verdor oscuro de las ramas aparecen flores como de fuego, compuestas de numerosos pétalos pequeños, de una gama que va del calabaza al óxido. En el otro extremo, al norte del jardín, se alza una palmera de las que no dan dátiles, con el ramaje redondeado y relativamente corto, al contrario

de las que sí dan fruto. La mayoría de las plantas que crecen en el jardín se parecen a las que pueden verse en la universidad y difieren de las que rodeaban a la estudiante hasta hace poco y le resultaban familiares. De casi ninguna sabe el nombre en árabe y, mucho menos, en hebreo. Pero, aparte de todo eso, si una fija la vista, puede distinguir en una de las ramas de la palmera, hacia la derecha, un pequeño cuerpo redondeado, quizá un poco más oscuro que la copa del árbol. ¿El camaleón?

Pasado un tiempo se cuela en el cuarto de estar el olor a comida que llega desde la cocina, precedido por el entrechocar de recipientes y el chisporroteo del aceite. La estudiante pregunta si pueden ayudar a la madre. Van ambas a la cocina. La madre no necesita ayuda. En lugar de eso, les da dos piezas de lo que acaba de preparar. Está delicioso, comenta la estudiante. Los ingredientes son queso, harina, huevos, levadura, cebolleta, eneldo, sal y pimienta al gusto. Se mezcla todo hasta conseguir una masa homogénea y se divide en pequeñas porciones a las que se les da forma circular, y estas se fríen en aceite dos minutos por cada lado. La otra estudiante traduce al hebreo, sobre la marcha, todas estas instrucciones, que su madre detalla en ruso. Vuelven a la sala de estar y se dejan caer en los mullidos sillones a la espera de que esté lista la comida. La conversación avanza, cansina, entre ellas, cuando se deja ver el hermano pequeño y se queja de que tiene hambre, de que el tiempo pasa muy despacio. Su hermana le asegura que pasará rápidamente si sale a jugar al jardín. El niño sale. La calma vuelve a reinar en la habitación. Lo observan desplazarse por el jardín a pasos tan largos como puede dar. De vez en cuando pierde el equilibrio y cae. Cerca del pequeño, el padre sigue leyendo el periódico en su asiento, envuelto en luz. De repente, la otra le dice que quiere confiarle un secreto de su familia. En ese instante un

silencio tenso se enseñorea de la casa, incluso hasta de la sartén en la cocina. Su padre no es judío, dice. La mirada de la estudiante queda prendida del padre un momento, sin decir nada. Después de un lapso durante el que nadie pronuncia una palabra, la otra levanta los hombros y esboza una ligera sonrisa comprensiva ante la decepción que parece teñir la mirada de la estudiante. Aunque lo cierto es que dicha mirada, breve en extremo, puede que no signifique nada, que se limite a reconocer que la conversación versa en torno al padre. O acaso signifique que no es para tanto, que tampoco hay que concederle a un detalle como ese la consideración de secreto, de algo que no hay que divulgar. Pero nada de todo esto llega a ponerse en palabras. El mutismo no se disipa en el ambiente de la sala hasta que llega el almuerzo que la madre ha preparado y los reúne a todos en torno a la mesa. Empiezan a comer con apetito. Todo suculento.

Después del almuerzo se desata una disputa familiar en ruso, por lo que la estudiante no comprende nada. El hermano pequeño, que no participa en la discusión, comienza a saltar de nuevo de un sillón a otro, pero ahora con mayor lentitud y miramiento. Ella sigue, en silencio, sus movimientos con la mirada. Poco después se marchan ambas, ella y la otra estudiante, dejando atrás un ambiente enrarecido.

De camino a la residencia universitaria, pasan por la costa, que no dista mucho de la casa de la familia. Caminan por la arena, se encaraman a las rocas que les salen al paso en su avance hacia el mar y, por último, se sientan en una de ellas. Sacan algunas fotos con la cámara que la estudiante ha traído para la ocasión. No dicen nada sobre la disputa familiar, que ha dejado su huella en los ojos de la otra estudiante, hinchados y enrojecidos.

Ante ellas, el mar embravecido en este día de primavera. Las

rachas de viento empujan hacia lo alto las crestas de espuma, que permanecen suspendidas en el aire un instante demorado antes de caer sobre las olas que se retiran, mientras otras nuevas, que vienen de la dirección contraria, irrumpen sumergiendo a las anteriores. Las olas chocan y retroceden rociando las rocas más lejanas y anegando las más cercanas por momentos. El resplandor de las salpicaduras en las rocas disminuye o se incrementa a intervalos, dependiendo del movimiento de las nubes, que ocultan o dejan ver el sol, al tiempo que la superficie de las aguas relumbra de manera irregular. La confusión de colores de este mar tumultuoso no puede calmar a nadie ni procurarle alivio.

Después de la visita, sin que ocurra nada de particular ni surja justificación alguna, la estudiante deja de asistir también a clase de Matemáticas. Ha acabado por dominarla lo que sea que la mantiene lejos de las aulas, y esto le concede más tiempo para dormir o dispersarse por no se sabe qué territorios. Pasa así los días, en una rutina que la mantiene en su habitación de la residencia, de la que no sale apenas. Y las pocas veces en que consigue forzarse a salir de la habitación para ir a la universidad, sus pasos la llevan indefectiblemente hacia el aparcamiento. Allí, arrebatada por el cemento, perdida en sus cavilaciones, oye trinar a los pájaros que anidan en los recovecos de la ventilación.

Pasa más de un mes antes de que vuelva a poner los pies en el recinto universitario. Primero se dirige a la cantina de la facultad, se toma un plato de habichuelas y se pasa luego por el laboratorio fotográfico de la universidad, donde dejó el negativo tras la visita a la familia de la otra estudiante. Recibe las fotos, ya reveladas e impresas. Abre la bolsa de papel allí mismo y las ojea. Se detiene en la imagen de la otra estudiante, que aparece con todo el rostro tomado por una amplia sonrisa; tiene la cabeza levemente inclinada

hacia la derecha, está sentada en una roca y a su izquierda puede verse una parte del mar agitado. Vuelve a su habitación en la residencia y examina las fotos con detenimiento. Cuando termina, las devuelve todas a la bolsa, excepto la de la otra estudiante sentada en la roca. La pone dentro del cuaderno de apuntes de Matemáticas. A continuación, se echa en la cama y durante varias horas sigue allí, cambiando de posición, ya sobre un costado, ya sobre el otro. Lo mismo al día siguiente. Al tercero sale de la habitación y se dirige al edificio de la universidad, al aula donde se imparten las clases de Matemáticas. Toma asiento donde suele, hacia la mitad de la sala.

La otra no asiste a clase ni ese día ni los siguientes. Su ausencia obliga a la estudiante, que vuelve a hacer acto de presencia en Matemáticas dos veces por semana, a contestar a todas las preguntas y a resolver los problemas por sí sola, y así ocurre durante semanas. Durante ese periodo, además, no se la encuentra ni una sola vez por el edificio de la universidad ni por las galerías.

Antes de que acabe el semestre, se decide a ir a la habitación de la otra en la residencia y llama a su puerta. Hace lo mismo a diario durante una semana, a horas diferentes, sin resultado. O la joven no está o no responde. El fin de semana se dirige a uno de los teléfonos públicos que hay disponibles en los bajos de una residencia universitaria cercana. Espera de pie más veinte minutos a que un individuo acabe una tediosa conversación en el único aparato que funciona. Coge el auricular. Presiona los botones pegajosos, sucios, para marcar el número familiar de la otra estudiante, que anotó en su cuadernito durante su visita hace meses, confirmando el clima de afecto que surgió entre ellos, antes de que se desatara la pelea familiar. De inmediato le llega al oído una atropellada señal acústica. Devuelve el auricular a su soporte; se queda en los bajos un tiempo.

Reintenta ponerse en contacto una vez y otra hasta que la suerte se alía con ella en una de las ocasiones y, por fin, no está comunicando. Contesta el hermano menor en ese hebreo suyo, libre de todo acento, y con su voz infantil y muy penetrante ahora, quizá porque le llega a través de la línea. Le pregunta si puede hablar con su hermana. Tras unos instantes de silencio, el niño le dice que no está. Ella le pregunta que dónde está, él contesta que no sabe y añade alguna otra expresión.

No vuelve a su habitación. Sale de la residencia y se dirige hacia el aparcamiento de la universidad. Camina como quien no sabe adónde va. Está casi vacío, como suele el fin de semana. Así que se sienta apoyando la espalda en una pared, cerca del ascensor, y no contra el neumático de algún coche; no le queda otro remedio que acogerse a la dureza del cemento. De vez en cuando se oye el zumbido de la ventilación programada, que esparce por el espacio del aparcamiento, iluminado por una tenue luz blanca, la última expresión pronunciada por el niño. El eco seguirá invadiendo los rincones del lugar durante las próximas horas.

En el exterior, las sombras se van intensificando. La estudiante sale del sótano a la oscuridad, que se aferra a ella en su camino solitario hacia su cuarto en la residencia. En cuanto entra, se desata un murmullo que emana de todo lo que hay en la habitación, hasta de la ropa que hay colgada de la puerta. Es un ruido leve, pero no la deja dormir. A la mañana siguiente, trata de nuevo de ponerse en contacto con la familia de la otra. Tras varios intentos, consigue hablar con ellos. No sabe qué decir. Aunque de nada va a servirles a los padres, les deja la dirección de su residencia por si tienen alguna noticia sobre su hija desaparecida.

Por ahora no sabemos mucho más, salvo que el año académico se acerca a su fin y que las vacaciones están a punto de empezar,

muy poco antes del verano. El calor húmedo, cada vez más perceptible, va reptando por encima de los días, y no hay quien no sude a raudales nada más salir de la ducha. Las hojas del periódico están pegajosas; las malas hierbas, secas y amarillas; los pájaros respiran trabajosamente, con los picos bien abiertos, y se abstienen de volar. Poco a poco el calor extremo se va extendiendo hacia las noches, y la sudoración aqueja primero a los jóvenes y luego a los mayores. Pero antes de que la temperatura llegue a ser tan asfixiante que abrase, comienzan las vacaciones, lo que incluye también a las escuelas.

Los primeros días de las vacaciones los pasa el bachiller en el puesto de faláfel hasta que tienen que cerrar como de costumbre cuando la escuela se queda desierta. Aunque el calor es extremo, tanto que los pájaros apenas se mueven, el bachiller vuelve a buscar trabajo para facilitarle algunos recursos a su madre en lugar de quedarse sin hacer nada durante dos meses. Dada la escasez de trabajo en la construcción durante el verano, consigue, con la ayuda de su madre, unirse a un grupo de jóvenes del vecindario que se ocupan de la limpieza de la playa. Las principales tareas van desde la recogida de desperdicios en la arena a la limpieza de los baños, pasando por todo lo relativo a las hamacas. Las tareas se distribuyen entre los trabajadores con arreglo a unos turnos bien determinados cada semana. De camino hacia allá, junto con aquellos vecinos, uno de estos les confía, con la voz llena de cautela, que lo mejor es que se abstengan, en la medida de lo posible, de hablar en árabe mientras están en la playa. Él no abre la boca. Luego, nada más empezar con la labor, se hace evidente que, cuando sus compañeros se dirigen comentarios entre sí, deforman un poco sus nombres de manera que no parezcan demasiado árabes. Para hacerle frente a esto, la habitual tendencia del bachiller al aislamiento y al silencio le

evita verse en cualquier situación que impulse a sus compañeros, o lo obligue a él, a intercambiar algunas palabras en árabe. Sea como sea, a los que están allí tumbados disfrutando de la playa no se les escapa la identidad efectiva de los trabajadores de la limpieza, lo mismo da la lengua que hablen o que se cambien los nombres.

El empleo en la zona de baños lo ha obligado a pasar, a toda prisa, del bullicio usual de los estudiantes a las voces lejanas y agradables de los y las bañistas en sus hamacas, junto con el estruendo de las olas de buena mañana y a la puesta del sol. La serenidad solo la enturbia el continuo roce de la gran bolsa de plástico que arrastra tras de sí con la mano izquierda, al tiempo que echa en su interior la basura desperdigada por la arena. Avanza localizando desperdicios, que son como señales de tráfico que le indicaran por dónde debe transitar haciendo lo posible por no ser visto. Enseguida nota que sus ojos no se encuentran con los de los bañistas. A raíz de esto, y desembarazándose de la dignidad y el amor propio que le han infundido la experiencia de la cárcel y los valores transmitidos por su madre a lo largo de toda su vida, mientras trabaja como limpiador se transforma en un ser invisible para quienes disfrutan de la playa. Cabe incluso sospechar que, a la vista de estos, desde el momento en que aparecen tanto él como los demás limpiadores no son muy diferentes de la basura que recogen, y con ella desaparecerán. Su madre es muy distinta, no siente asco por verlo, y a las dos semanas de trabajo en la playa observa el cambio radical en la coloración de la piel de su hijo. La exposición a los rayos del sol ha acabado por completo con el blanco pálido que adquirió durante los cuatro años de prisión y continuó largo tiempo después gracias a su presencia continua en espacios poco o nada soleados, a saber, el aula de la escuela, su cuarto en la casa, el puesto de faláfel e incluso el taller donde ayudaba a preparar la

pintura para los edificios en construcción. Esto lleva a la madre a buscarle un sombrero. Encuentra uno, obsequio de una empresa dedicada a la venta de almendras, cuyo logo, visible en la copa, es una flor de almendro. Se lo entrega a su hijo y lo obliga a prometer que no se lo quitará.

Tocado de su sombrero, el trabajador de la limpieza vuelve a su labor, tras el día de asueto semanal, en compañía de sus vecinos, que de inmediato le ponen el apodo de Loz, por las almendras. Pero las pocas veces que lo llaman así entre carcajadas, el nombre les suena a Oz, como el apellido y nombre hebreos. Más adelante lo que pudo ser una pronunciación descuidada pasó a ser una denominación fija, generando incluso la creencia de que Oz era su verdadero nombre. A nadie puede parecerle mal que las circunstancias de su trabajo hayan acabado por imponerle un cambio de nombre en consonancia con las tempranas recomendaciones de sus vecinos. De modo que, cuando el calor del verano llega a su culmen, un nombre que no guarda relación alguna con el idioma árabe lo acaba acompañando siempre que está en la playa, limpiando los baños o recogiendo basura.

Entre los distintos desperdicios que quedan en la playa cabe distinguir botellas de refrescos y colillas de cigarrillos, envases de helado y de comida, pieles de fruta y cáscaras de semillas, así como alguna que otra pieza de calzado o prenda de ropa, lo que incluye pañales de bebés. Y entre todo ello, de tanto en tanto, una medusa que las olas del mar han arrojado a la costa casi sin vida.

Cada día, con el crepúsculo, la luz del sol convoca a la superficie naranja del mar a las medusas, prontas a someterse a su destino final, que acaban atrapadas por el oleaje. Este las va empujando hacia tierra firme, las arroja sobre la arena y allí agonizan, cerca de los desechos que han dejado atrás los bañistas, que han pasado en

la playa un día precioso, todo asueto y buena compañía bajo los rayos del sol. Es entonces cuando alcanza su punto álgido la actividad de los limpiadores de la playa, que deben dejarla lista antes de que se extienda la oscuridad. Se reúnen para la labor en cuanto el sol poniente se sitúa sobre el mar y se acerca a la línea donde el agua se encuentra con el cielo, con la intención de sumergirse en las olas, ofreciendo un espectáculo que los y las bañistas consumen con fruición cada día. La mayoría lo sigue, aun sin demasiada atención, hasta el último instante, bien desde el merendero o bien desde la arena, donde se acomodan mientras los trabajadores retiran las hamacas y recogen los desperdicios. Aparte de esas tareas, nuestro limpiador, sin que nadie se lo haya indicado, recoge las medusas sirviéndose de la pinza para la basura. Algunas siguen vivas, otras son cadáveres que se van encogiendo. El limpiador las arroja todas al mar. En el agua las medusas comienzan a moverse con la ligereza de una bolsa de plástico, transparente y desgarrada, que las olas empujan a su antojo. La verdad es que en sus movimientos las medusas vivas no difieren de las muertas.

Al caer la noche, el limpiador se compra algo en el chiringuito para cenar y se dirige a la habitación de la residencia que comparte con los demás trabajadores, a no ser que ese día le toque limpiar los baños. Además de lo que no tiene más remedio que ver, la tarea trae consigo olores penetrantes, sobre todo en los servicios de los hombres. Sin embargo, la memoria del olfato es corta y no tarda en olvidarlos. Únase a ello que ya tiene experiencia de algo aún más repugnante, tanto para los ojos como para la nariz el boquete practicado en el suelo que hacía de letrina en la celda de aislamiento. Después de limpiar los baños, y en lugar de volver a la residencia, el limpiador se encamina hacia la profunda oscuridad del mar. Lo guían el ruido de las olas y la espuma que se forma sobre

ellas. Esta se renueva al contacto de las aguas con la tierra firme, y la noche no consigue ensombrecer por completo su blancura. Se sienta en la arena y sigue con los ojos las barreras de espuma siempre renacidas que, a lomos de las olas, se aproximan a él, para retirarse luego sin premura, al tiempo que la sal del mar expulsa de su nariz la fetidez de los baños. El limpiador suele sentarse allí en soledad.

Coincidiendo con esas noches, aunque da igual si justo antes o justo después cuando no parece haber otra relación con el tiempo que esperar a que pase, la estudiante vive recluida en su habitación de la residencia universitaria, echada en su cama, donde no hay modo de resistir al desconcierto. Es verano, un lento verano tórrido. Pasa todas las vacaciones luchando contra la humedad ardiente de su cuarto, sin encontrarse con nadie, sin que nadie venga a su encuentro. Ni un alma llama a su puerta.

Solo cuando el verano está llegando a su fin, el calor pegajoso alivia el cerco que le tiene puesto a la estudiante. Aun sin quedar claro qué la impulsa a abandonar el lecho, el caso es que se decide a revisar los libros de texto y los contados papeles relacionados con los estudios que tiene a mano. Los examina uno a uno. Se queda mirando las expresiones dispersas en hebreo que ha ido anotando durante el curso académico transcurrido. De entre los papeles escoge algunos y los va colocando en una pila ordenada que hay sobre la mesa. Los demás, casi siempre hojas de papel en las que hay variados dibujos o líneas sobre las que se leen escasas palabras, los tira al suelo. Los papeles, al caer una y otra vez, empujan las bolas de polvo y pelos que hay bajo la cama y las esparcen por la habitación. Cuando la estudiante acaba de revisarlo todo, recoge los papeles que ha tirado al suelo junto con las bolas de polvo y pelos, lo junta todo y lo tira al cubo de los desperdicios que hay en su

planta de la residencia. Vuelve a la habitación, mete los papeles ordenados en una carpeta que coloca en la estantería y abre la ventana. En el cuarto entra aire fresco acompañado del ruido de las patrullas militares que vienen de uno de los barrios palestinos cercanos. La situación sigue empeorando día tras día.

Prosiguiendo con su operación de orden y limpieza de esos días, la estudiante va a la oficina que gestiona las residencias del estudiantado y presenta una instancia solicitando que la trasladen lo antes posible a otra residencia. Poco después presenta en la Secretaría General de la Universidad una solicitud para inscribirse en un nuevo programa de estudios. Esta nueva área académica le garantiza que no se encontrará con nadie de quienes han estudiado con ella el curso pasado y que no habrá clases de Matemáticas. Es evidente que las decisiones tomadas comportarán cambios en su vida. Pero, desde luego, nadie puede empezar una vida nueva sin que algo le cueste. Al cabo de una semana consigue, por lo menos, que le den permiso para trasladarse de residencia, su primera solicitud, y casi un mes después la autorizan a cambiar de programa de estudios antes de la inmediata apertura del nuevo curso académico.

El inicio del semestre coincide con un descenso perceptible de las temperaturas, que anuncia el regreso del otoño. La estudiante vuelve a asistir a las clases en su nueva especialidad, lo que le permite encontrarse entre compañeros a quienes no conoce. Está, por segunda vez, al comienzo de su primer curso universitario, pero ahora en Sociología, un campo del saber donde, al cabo de unos días, resulta evidente que nadie tendrá que hacer esfuerzos sobrehumanos para repetir lo que ha dicho el o la docente. Con todo, y dado que sigue siendo incapaz de tomar buenos apuntes en clase, comienza a perseguir a sus compañeros. Lo único que

necesita es que le presten sus cuadernos para fotocopiarlos y poder aprenderse el contenido de memoria, con arreglo al modelo que le proporciona un loro que está encerrado en una jaula, en un estrecho balconcillo que hay en la planta baja de su nueva residencia universitaria.

De vez en cuando el ave emite un repentino chillido que nadie sabe a qué puede deberse, si es, por ejemplo, un modo de protestar por algo o, más bien, un aviso. Lo irrefutable es que sus ojos, brillantes tras los barrotes de la jaula, abrigan en todo momento la mirada propia de un ser que está alerta. Y en esa mirada se fija una y otra vez la estudiante en su camino desde y hacia la residencia. Hola hola. Y no hay acontecimiento ni palabras que puedan variar este estado de vigilia asustada en los ojos del loro recluido. Bueno, no es para tanto, puede que alguien piense.

Es uno de tantos loros, millones seguramente, encerrados en jaulas por motivos que les son ajenos. Una de las peores consecuencias de su aislamiento es la ausencia de estímulos en sus vidas, lo que a su vez ocasiona el declive de sus destrezas mentales y su condición anímica. Más aún, no puede descartarse que su reclusión empuje a estas aves enjauladas a arrancarse parte de las plumas con sus picos curvos. Plumas de color gris, en el caso concreto de este loro. Por suerte para él, han puesto su jaula en un balcón que, dejando aparte su estrechez, se encuentra como se ha dicho en la planta baja de una residencia universitaria. La ubicación por sí sola le ofrece un marco académico, lo que se traduce en la oportunidad de observar a los y las estudiantes, seres de altas capacidades mentales. Y dicho entorno anima al loro a adquirir destrezas y capacidades lingüísticas a las que no tendría acceso si estuviera recluido, digamos, entre gallinas. Pues es un hecho que los loros, por decirlo concisamente, muestran una marcada tendencia a

mimetizar los comportamientos de quienes los rodean.

Con la cercanía del invierno, que pone un límite infranqueable al calor, la estudiante se pasa las tardes de varios días seguidos rodeando con círculos los anuncios de vacantes de trabajo que no exijan haber hecho el servicio militar. Ni que decir tiene que, tras haber dejado de refugiarse en los aparcamientos del sótano, le hace falta enrolarse en algún trabajo que justifique su propensión renovada y ascendente a faltar a las clases. Una noche, por fin, concluye una buena lista de empleos que acaso podría conseguir. Es el momento de poner broche a su continuado esfuerzo entrando en contacto con los anunciantes a partir de mañana mismo a primera hora.

Es de noche asimismo para el trabajador de la limpieza, aunque el verano no ha llegado a su fin. Una vez más está sentado solo ante el mar cuando las olas le traen de repente un comentario en hebreo acerca de lo importante que es llevar un sombrero que proteja del sol, incluso en la más espesa oscuridad. Se queda paralizado ante estas palabras, inesperadas cuando le llegan. Aunque enseguida le llegan otras, ahora en forma de pregunta: ¿por qué no?

La pregunta surge ahora de las tinieblas, a su derecha. El trabajador se vuelve hacia la fuente de la voz. Pero en el núcleo de las sombras surge una negrura aún más lóbrega que la misma noche, rodeada por las luces lejanas del chiringuito, que trazan los contornos de una persona. Se debe, responde, a que su madre le aconsejó que no se quitara el sombrero en ningún momento. La silueta sombría se estremece en una breve risa que se tragan las olas al bramar. La sombra se acerca al trabajador de la limpieza tomando la forma de bañista sonriente, si bien a él le sigue siendo imposible distinguir con precisión sus facciones. Comienza entonces una conversación superficial sobre lo agradable que es la brisa

nocturna tras el calor del día, y cómo la playa ha quedado desierta. De cualquier modo, el ruido del oleaje, que va en ascenso, les impide oírse bien entre sí. La bañista se acerca aún más. En su mano derecha tintinea un llavero mientras saca un cigarrillo del paquete que trae también en la mano. Le pregunta si tiene fuego. Él se apresura a palparse los bolsillos al tiempo que murmura que no fuma. Tras superar la confusión se levanta y dice que puede ir a buscar un encendedor, y, en efecto, echa a andar hacia el chiringuito. A sus espaldas llega la voz de la mujer, que le dice que no hay necesidad. Pero la voz, igual que ya ha pasado antes, se desvanece antes incluso de que la atrapen las olas y se la lleven al fondo del mar.

A su regreso, muy poco después, encuentra a la bañista sentada en la arena mirando la espuma de las olas. Le tiende la cajita de cerillas. Después de darle las gracias, ella intenta prender una para encenderse el cigarrillo que cuelga de sus labios, pero la brisa sopla y la apaga. Por segunda vez, por tercera. El trabajador de la limpieza se inclina y extiende las manos hacia ella para proteger la llama que brota del fósforo y la acompaña hasta el extremo del cigarrillo, desde donde ilumina el cuello de la bañista, que adquiere una tonalidad naranja parecida a la arena cuando el crepúsculo. Los ojos de ella están pendientes de las palmas de las manos del trabajador. La llama que protegen deja ver dos miembros morenos y toscos que tiemblan ligeramente. Un temblor similar al de la superficie de las aguas, al de las luces del chiringuito, al resplandor de las estrellas y demás astros. Luego todo se apaga. La bañista le da las gracias de nuevo y lo invita a sentarse. Él se sienta a su izquierda. Ahora el cuerpo de ella se interpone entre el suyo y la brisa nocturna; el ruido de las olas los rodea por todas partes. Ambos se pliegan a él en silencio. Después de darle varias caladas al cigarrillo, ella le pregunta

su nombre. Él traga saliva y, con la saliva, la letra ele, de manera que lo que su boca suelta a la noche es la palabra Oz. Aunque él, a su vez, no le pregunta a ella cómo se llama, la bañista se lo dice. Lo mismo da, pues las olas han saltado para atrapar el nombre de inmediato y dárselo como alimento a las medusas que flotan en las aguas oscuras, impidiendo así que llegue a los oídos del trabajador de la limpieza. ¿O cómo hay que designar ahora a nuestro héroe?

La conversación sigue su curso. Ella le pregunta qué hace aquí en la playa a estas horas. Él responde que viene a pasar el rato. De la boca de ella escapa un corto murmullo de contrariedad. Reformula la pregunta en un estilo diferente, ¿qué hace en la vida? Tras unos instantes de vacilación, él contesta que es director de una empresa funeraria para medusas; se encargan de todo, desde la inhumación hasta las honras fúnebres. La bañista se ríe al oír aquellas palabras, que no le harían gracia a todo el mundo. Puede, eso sí, que suscitara en las propias medusas, incluidas las ya muertas y dispersas por allí cerca, un esbozo de sonrisa. Eso, claro está, si las medusas tuvieran cabezas con que gesticular y labios con que sonreír. Si bien es preciso apuntar que toda sonrisa por parte de las medusas en estos momentos, muy lejos de ser inocente, encerraría una buena dosis de sarcasmo hiriente, cuando no venenoso, al modo de sus picaduras. En cualquier caso, y al contrario de lo que ocurre con la desesperación que deriva de ocupar los márgenes de la vida, el situarse al margen de la verdad sí que puede ser motivo de risas. En este territorio marginal, el trabajador de la limpieza no solo se emancipa del peso de la realidad, sino que además se inclina a hablar de asuntos que nada tienen que ver con su vida personal. Cuando ya se sienten más a gusto juntos, él se levanta de su sitio otra vez y se dirige a la parte trasera del chiringuito, donde llama a uno de los trabajadores desde la puerta de la cocina, por donde suelen entrar las provisiones y salir los desperdicios. Tras una breve conversación en voz baja, desaparece el otro y, minutos más tarde, vuelve con dos botellines de cerveza, que le tiende al trabajador de la limpieza; le da una palmada en el hombro y, haciendo un juego de palabras con su apodo, Loz, dice que por fin van a abrirse las almendras.

Con los dos botellines fríos se acoge de nuevo al seno de las

sombras, tomando como rumbo el volumen más oscuro, que sigue ante la blanca espuma de las olas. Nada más llegar deja los dos botellines en la arena, cuyas partículas no tardan en adherirse a las pequeñas gotas de rocío formadas sobre el vidrio, y se sienta al lado de la mujer. Al cabo de unos instantes se empiezan a oír los sonidos amortiguados que produce la operación de tragar. Él prueba por primera vez el gusto amargo de la cerveza.

La noche avanza sin desprenderse de su lobreguez, lo que les impide a ambos que lleven cuenta del tiempo que va pasando. Si bien puede más o menos calcularse atendiendo a la transformación, tanto en ella como en él, de la cautela en atracción mutua o algo similar Las manos que juegan con la arena se aproximan entre sí y llegan a tocarse. Luego se van juntando ambos cuerpos, se abrazan sin premura, intercambian besos y quizá algo más a la postre. Pero nótese que el motivo de ello no es frívolo ni un puro impulso aventurero, sino una sensibilidad extrema y manifiesta, algo confusa quizá, que ni él ni ella han conocido antes, o, si la experimentaron alguna vez, lo han olvidado. El trabajador de la limpieza en concreto está llegando esta noche a un lugar novedoso para él, y al que se acerca por su propia voluntad, a saber, y en esencia, el haberle mentido a la bañista. Está claro que la mentira no es una simple burla que él dirige a su propia persona o al mundo que lo rodea. No, hay otros motivos que nadie puede pasar por alto. Y, si bien no hay relación directa entre los dos hechos, lo cierto es que sí se parecen las motivaciones del trabajador de la limpieza a las que impulsan a la estudiante, antes de encontrar trabajo, a realizar unas cuarenta llamadas telefónicas, en las que una y otra vez ha de responder a la pregunta sobre el origen de su acento.

A un psiquiatra no le importa el acento que marca su hebreo; también el psiquiatra habla con acento. Dice que está buscando a

una persona capaz de afrontar los retos que supone el trabajo. Ella responde asegurando su completa disposición. Conciertan una cita. Tiene que ir esa tarde.

La consulta se encuentra en un barrio de israelíes pudientes, que habitan casas que en su día fueron de palestinos también pudientes, aunque acaso no tanto después de ser desterrados el año 1948. La consulta, en realidad, no está en uno de esos inmuebles, sino en un edificio moderno y sencillo levantado en los años sesenta del siglo pasado. El psiquiatra es corpulento y alegre. Cuando le explica a la estudiante la naturaleza del trabajo, queda claro por qué no hacía falta preguntarle por su acento en hebreo. Ella afirma que puede intentarlo. Él le pregunta qué sueldo suele cobrar. Los labios de ella pronuncian una cantidad muy generosa. Él se pone en pie y le tiende la enorme mano; ella se levanta también y le tiende su manecita, que la del psiquiatra envuelve por completo. El apretón cierra el acuerdo. Aún de pie, y con la mano dentro de la mano del psiquiatra, ella le pregunta por el día en que debe empezar a trabajar y por la dirección. El médico contesta, soltándole la mano, que puede escoger el día que le convenga. Ella se decide por el viernes, el primer día del fin de semana en la universidad, a las ocho de la mañana. La estudiante mete la mano en la cartera y saca un trozo de papel, una antigua factura. Apunta, con una letra diminuta, la dirección que le dicta el psiquiatra. Está muy lejos de donde ella vive. Pero, dice él, si no está muy equivocado, hay un autobús que sale de la zona de la universidad y la lleva al lugar indicado. Es la última o la penúltima parada.

Cuando llega a la residencia universitaria ya es de noche, pues los días van acortándose con el inicio del invierno. No es muy tarde. El loro sigue despierto. Hola hola, la última parada o la penúltima o la antepenúltima.

Volviendo al trabajador de la limpieza, para quien, recordémoslo, sigue siendo verano, pero de madrugada, poco antes de que se haga de día, digamos que está fumando por primera vez en su vida. Después de dar solo dos caladas, entierra parte del cigarrillo en la arena, dejando que sobresalga verticalmente junto a las colillas de los que se ha fumado la bañista a lo largo de la noche. Está amodorrada a su lado, apenas cubierta por la fina camisa del limpiador como protección contra los mosquitos o contra el frío del amanecer, acaso contra unos y otro. Él sigue sentado, con la mirada siempre pendiente de las olas, mientras a sus oídos llega el trinar de los pájaros ocultos en las palmeras no muy lejos, mezclado con el suave bramido del oleaje tras el alba. A veces traslada los ojos hacia el rostro de la mujer, antes de volver a la superficie del mar, que va pasando del gris frío al naranja a medida que se acerca la salida del sol. Dentro de poco empieza su turno. Lo usual es que limpien primero las hamacas de la arena de la noche y del rocío del alba; luego las distribuyen por la playa, de la que retiran los desperdicios dejados por quienes hayan trasnochado y los que haya arrojado el mar. Pero sigue sentado junto a la bañista dormida hasta que el sol naciente la despierta. Capaz apenas de abrir los ojos, levanta de repente la cabeza como si una foca la hubiera enseñado a hacerlo. Él aproxima su cabeza para darle sombra en la cara. Ella sonríe. Qué guapo eres, le dice, y él le contesta que ella es su luz de la mañana. Una leve sorpresa se pinta en los ojos de la bañista, que alza la espalda para sentarse, pegada al brazo derecho del trabajador. Ella dice que la vista es maravillosa, palabras nada difíciles de creer. Luego quedan ambos en silencio, con la vista fija en los movimientos del mar. Ella se aparta suavemente del contacto directo. De repente él dice que no se llama Oz, y pronuncia su nombre verdadero. Un nombre árabe, no hay confusión posible. Añade que es trabajador de

la limpieza en la playa. Se vuelve hacia la joven, que sigue mirando hacia el mar. Tras unos instantes, la bañista se levanta y la camisa de él cae en la arena. Ella se marcha. Él se queda observando su espalda, a la que trata de seguir el sonido de las olas, al tiempo que el cuerpo del trabajador se afloja como si estuviera camino de disolverse. Se tumba boca arriba en la arena. A su alrededor hay de nuevo varias medusas transparentes, con el cuerpo tan flojo como el suyo. Ciertamente les da lo mismo cómo las arrastran las olas, empujándolas a un lugar un poco más internado en la arena, dejándolas al borde de la muerte. Mientras tanto, la incertidumbre comienza a disiparse en toda la playa; su lugar lo ocupan primero el vacío y después la humillación.

Esa misma mañana lo llama el capataz y le hace saber que está despedido. El gorrión le ha pasado información de lo que ocurrió anoche, cómo engañó a la bañista, ocultándole su identidad, mintiéndole acerca de su nombre y su verdadero trabajo en la playa. Y ni siquiera ha considerado, a las claras estaba, el daño que le estaba ocasionando a la joven. El capataz concluye su parlamento observando que su actuación es de una extrema vileza, una auténtica bellaquería, y que la bañista se había comportado de manera civilizada, pues bien podría haber dado parte a la policía.

Es más, si lo ocurrido anoche hubiese tenido lugar hace dos décadas, no podría descartarse que el trabajador de la limpieza acabara en arresto domiciliario dos años, y en prisión efectiva un año y medio bajo el cargo de «violación por engaño», condena que, tras la apelación, podría haberse reducido a nueve meses. Si bien es cierto que, del mismo modo, y dado que la situación va de mal en peor, bien podría ocurrir que la condena dentro de, digamos, veinte años fuera muy superior a la mencionada en primer lugar, en el caso de que se considerara que la «violación» tuvo motivaciones

nacionales. En cualquier caso, su despido se haría efectivo esa misma mañana.

El día no ha hecho más que empezar. Sin empleo, tiene ante sí una jornada completa que debe dejar pasar antes de volver a casa para evitar la larga serie de preguntas que le haría su madre si apareciera tan temprano de manera inesperada. Se marcha caminando en el calor intenso, al que se une la humedad del mar. Llega a la estación central de autobuses, donde pasa las horas yendo de acá para allá. Mientras permanece allí, elementos de la Magav, la Policía de Fronteras, además de pararlo y pedirle los papeles, lo interrogan acerca de sus antecedentes penales en el ámbito de la seguridad del Estado. Las mismas comprobaciones se repiten cuando, a primera hora de la tarde, se produce el cambio del retén de guardia en la estación. En ambos casos, una vez que los agentes le devuelven sus papeles, evitan volver a mirarlo, deseosos de que sus ojos no se encuentren con la mirada inquieta del joven que persiste en su deambular sin rumbo.

La estación tiene dos entradas. Una, destinada al acceso de los autobuses, se franquea a través de lo que se conoce como una barrera, esto es, un travesaño metálico accionable. El guarda se levanta de su silla, levanta un poco la barra y la eleva, trazando un semiarco, de modo que el transporte recién llegado pueda acceder a la explanada de la estación. Una vez que esto ocurre, el guarda coloca de nuevo la barra en su posición horizontal y él se sienta en su silla. La segunda entrada es la de los peatones y está cubierta por un techo sobre el cual se alza un empinado edificio compuesto por, al menos diez plantas. El gris que domina el conjunto se debe a que la estación está construida con cemento y también a su escasa iluminación natural, lo que la mantiene en una suerte de penumbra continua. A la izquierda del corredor se alinean establecimientos

donde se expenden los más variados artículos: golosinas y frutos secos, materiales de construcción, ropa interior, libros, recuerdos, faláfel, cigarrillos. Él se queda observando los paquetes de tabaco, ordenados en columnas diferentes según la marca. En cuanto el vendedor retira uno de los paquetes situados en la base de cada columna para dárselo al o a la cliente, se deslizan hacia abajo, en la columna, las cajetillas restantes, rellenando así el vacío creado por el paquete expedido. En otro lugar y otro tiempo, el autobús matutino del viernes no viaja atestado. Un silencio soñoliento reina entre los pasajeros, que suben, se sientan unos al lado de otros y luego bajan. La estudiante mira sin ninguna compostura sus rostros y fija la vista en el asiento doble que hay cerca de ella y sigue desocupado. Durante el trayecto, nadie se sienta a su lado. En un punto del recorrido suben también dos soldados, que inspeccionan al pasaje para comprobar si hay palestinos entre los pasajeros. Los soldados no se fijan en ella. Bajan en compañía de dos jóvenes que, a juzgar por su apariencia y modo de vestir, deben de ser trabajadores. La estudiante, al igual que los demás pasajeros, adopta una posición neutral ante lo que ocurre. De no actuar así, su intervención le habría ocasionado llegar tarde su primer día de trabajo. Y, en efecto, consigue estar en la dirección que le detalló el psiquiatra a las ocho menos cinco. Se queda esperando ante la entrada principal a que den las ocho, la hora fijada.

Al cabo de dos o tres minutos llega un coche muy vistoso, de último modelo, que se detiene en una plaza de aparcamiento que hay en el espacio casi vacío en paralelo a la acera. Del vehículo desciende una señora que debe de rondar los sesenta o poco menos y exhibe una sonrisa bondadosa. Pero, en lugar de dirigirse hacia ella, rodea el coche, se acerca al maletero y saca una bolsa de plástico transparente llena de productos y utensilios de limpieza.

Tiene que ser quien la va a emplear, como queda confirmado cuando se acerca a la estudiante y le pregunta si es la trabajadora de la limpieza que le envía el psiquiatra. En el hebreo que habla la señora se percibe con claridad un acento muy marcado, similar al de aquel hombre que quiso hacerse amigo del hermano de la estudiante años atrás y procedía de Estados Unidos. Otro rasgo de la empleadora, además de su sonrisa amable, son sus miradas, de un tibio resplandor. Ambas entran en el edificio. Suben la escalera hasta la sexta planta, la última. La empleadora se acerca a la puerta de un apartamento determinado. Antes de abrirlo, se vuelve y le dice a la estudiante, con acusada delicadeza, que puede echar un vistazo a través del vano de la puerta y luego decidir si le parece bien encargarse de la limpieza del apartamento o si, por el contrario, prefiere no hacerlo. Añade que tiene una gata, y se pregunta si la trabajadora sufre de alguna alergia hacia los gatos o si le molesta la presencia de uno de estos animales en el apartamento. Ella contesta que no. La empleadora amplía la información: es una gata a la que no le gustan mucho las personas y prefiere el aislamiento. Abre la puerta del apartamento, pero solo hasta la mitad, mira a la limpiadora y la invita a asomarse al interior. Cuando esta última adelanta la cabeza a través del espacio que queda en el vano, comprende por qué solo está abierta en parte. Montones de objetos acumulados con el tiempo impiden que la puerta llegue a su tope en el interior. La empleadora, de acuerdo con la descripción del psiquiatra, sufre cierta perturbación aguda que él le está tratando desde hace tiempo. Una de las consecuencias de su estado morboso es que, además de ser incapaz de limpiar su apartamento desde hace más de dos años, no solo no se ha deshecho de la basura en todo este tiempo, sino que la tira sin más en el interior de la vivienda. Recientemente, sin embargo, ha accedido a que alguien se

ocupe de limpiarla, y ese alguien es un personajes principal en la presente novela. De pronto se oye un ruido entre los montones de basura, que precede a la aparición de la sombra de cierto pequeño ser que salta a toda velocidad entre los desperdicios. Enseguida se impone un silencio absoluto. En un impulso casi teatral que quizá no ha pretendido como tal, la limpiadora abre la puerta con fuerza y entra. Después de mirar a su alrededor unos instantes, dice que le llevará unas diez horas de trabajo y le propone a su empleadora que vuelva a eso de las seis de la tarde. Avanza como puede hacia el interior cargando con los utensilios y productos de limpieza que la otra le ha confiado, pero que solo comienza a usar mucho rato después. Durante las primeras horas su labor se limita a recoger la basura en grandes bolsas plásticas de color negro que encuentra entre los demás objetos facilitados por la empleadora. En su mayor parte, los desperdicios, tanto los que están metidos en bolsas como los que siguen esparcidos por todo el apartamento, consisten en envases de alimentos y comida rápida, en especial pizzas, botellas de refrescos y de agua, centenares de periódicos, junto con paquetes de distintos tamaños y latas de comida para gatos, vacías y casi limpias, pues, a lo que parece, las ha lamido la gata hasta la última brizna de pitanza. También hay desechos de otro tipo: prendas de ropa, alimentos en descomposición, paños de cocina y hasta billetes de banco y monedas. Al principio, la estudiante se propone recuperar y conservar, entre todos aquellos desechos, lo que aún pueda tener uso. Pero al cabo de dos horas, cuando solo ha avanzado dos o tres metros desde la puerta de entrada, se resuelve a poner todo lo que está en el suelo en bolsas de basura. Después del mediodía consigue reunir todos los desechos en el cuarto de estar, cuyo centro ocupan un sofá y una alfombra. Diez grandes bolsas negras de basura, llenas hasta los topes, se alinean junto a la

puerta del apartamento. Ahora ya puede la limpiadora moverse caminando y no a saltos por la sala y, desde allí, pasar a las demás habitaciones, esto es, un dormitorio, un baño y la cocina. Es una pequeña vivienda. Vuelve a las bolsas de la entrada, y las lleva una por una al corredor, fuera del apartamento. Luego, cargando con todas ellas, desciende el primer tramo de escaleras, que lleva hacia la quinta planta, luego al segundo, que desemboca también en un descansillo, luego al tercero, al cuarto, al quinto, al sexto, al séptimo, al octavo, al noveno, al décimo, al undécimo, hasta que, por fin, baja el último tramo, que da a la planta baja. Desde allí las va sacando, una por una, para arrojarlas en el contenedor que hay a la izquierda del edificio, ocupando parte del espacio que habría estado disponible para aparcar. Solo se ha librado de cuatro bolsas cuando vuelve a aparecer la empleadora. Trae otra bolsa de plástico transparente, pero esta vez de menor tamaño. Saluda a la limpiadora con su sonrisa bondadosa y dice que le ha traído el almuerzo. La limpiadora le da las gracias sin explayarse. Es evidente que no tiene tiempo que perder. La empleadora se marcha. Ella deja la bolsa con su comida junto a un arbusto podado en forma de cubo junto a la entrada del edificio, y reanuda su labor de arrojar las bolsas al contenedor. En cuanto termina, sube los seis pisos con la pequeña bolsa que le ha traído la otra. Entra en el apartamento, saca el envoltorio con la comida, deja en el suelo la bolsa casi vacía, pues ya solo contiene dos servilletas de papel, y se sienta en el sofá. Abre el envoltorio y dentro encuentra un bollo de pan que han rellenado con cuanto cualquiera puede apetecer. Al principio se lanza a devorar el bocadillo con tal ferocidad que casi se atraganta, pero luego se enmienda y pasa a comérselo con relativa calma, muy de apreciar para quien tiene a todas luces un gran apetito tras varias horas de trabajo incesante.

No logra terminar de limpiar el apartamento a la hora que acordó por la mañana. A las seis en punto la empleadora llama al timbre y entra, al tiempo que ella se apresura a salir del baño hacia la sala de estar, adonde llega con un cuchillo en la mano. Le pide que vuelva al cabo de dos horas, si es posible, por favor. Necesita algo más de tiempo para acabar.

Aún no ha acabado su lucha contra ciertos restos que ha encontrado en el interior del retrete y parecen de cemento a primera vista. Son los residuos desecados de algo cuya naturaleza resulta indefinible y que no ha podido limpiar valiéndose de la escobilla. Se ve, pues, obligada a valerse de un cuchillo que trae de la cocina. Ataca los restos y los trocea, pero sin poder eliminarlos por completo. Unos ojos avezados pueden distinguir aún trazas de lo que fuese; si bien, a estas alturas, quizá solo sea su imaginación. Cuando termina con el baño, que es lo último que le queda por limpiar en el apartamento, tira las esponjas, el estropajo, los guantes, el cuchillo y unos últimos desperdicios en una bolsa negra grande, llena solo hasta la mitad, que baja al contenedor y allí la deja. Antes de subir de nuevo a la vivienda, se detiene junto al arbusto que hay a la entrada del edificio. Corta algunas de las ramas verdes y compone con ellas un pequeño manojo. Sube al apartamento, entra en la cocina, pone el ramo en un vaso que llena de agua hasta la mitad y lo coloca en medio de la mesa, junto con las monedas que ha encontrado al limpiar. Retira la silla que hay junto a la mesa y allí se queda sentada hasta la hora en que espera a la empleadora. Un cuarto de hora aún, que la limpiadora pasa perdida en sus ensoñaciones.

Queda por resolver lo relativo a la gata, que ha pasado todo el día en el apartamento sin dejarse ver en ningún momento. Quién sabe si no estaría dentro de alguna de las cajas que ella ha tirado a

la basura con los demás desechos, y ahora está atrapada en el interior de una bolsa negra, cerrada a conciencia y bajo el peso de otras muchas bolsas en el contenedor.

A las ocho menos cinco de la tarde alguien toca el timbre, cuyo sonido vibra alto y penetrante por todo el apartamento semivacío. Aún no se ha extinguido el sonido cuando se oye el ruido de una puerta que se abre. Ella se levanta de la silla en la pequeña cocina, se dirige a la entrada y ve a la empleadora, que está recorriendo despacio la sala de estar, con una gran sonrisa acompañada de miradas embelesadas. La trabajadora parece exhausta. El gesto de satisfacción de la recién llegada se acentúa cuando entra en la cocina y repara en el vaso con las ramas verdes que descansa en la mesa. De repente aparece también la gata, lo que impulsa a la empleadora a abandonar el estado doble de admiración y sorpresa en que se ha debatido hasta ese instante e ir a toda prisa al encuentro de la mascota. De modo que esta se ha salvado de la operación de limpieza. La empleadora abraza a la gata con alegría manifiesta. Después de recibir los abrazos y fiestas por un tiempo, el animal da un salto y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. La empleadora comenta que es una gata muy arisca. En verdad, a los gatos en general les molesta la presencia inesperada de algún ser humano en su entorno, así como el ruido que ello supone, y los asusta. Ni que decir tiene que la batahola que ha formado la trabajadora de la limpieza durante horas en el apartamento le ha resultado muy difícil de sobrellevar.

La empleadora dice que se ha hecho tarde y ya no hay transporte público, siendo como es la víspera del sábado, así que ella misma la llevará donde viva. Van al coche, que, aparte de ser nuevo, y a diferencia del apartamento, está impoluto. El asiento es cómodo en extremo. Tras aparcar ante la cancela de la residencia, la

empleadora le tiende a la trabajadora de la limpieza un billete por un gran valor. La última comenta que el psiquiatra le anunció que él mismo se encargaría de pagarle sus honorarios. La empleadora dice que está al corriente; esto es solo un suplemento. Ambas se dan las gracias una a la otra. Ha avanzado la noche de comienzos de invierno.

En un momento previo de ese mismo año, el desempleado llega a casa después del anochecer, ese día veraniego. Encuentra a la madre sentada bajo la dalia imperial del pequeño patio. La saluda y añade que ya no van a contar más con él en el trabajo. Sin dar ninguna explicación, se dirige directamente a su cuarto. Se echa en la cama sin cambiarse de ropa. De súbito se le contrae el rostro y luego cae en un sueño profundo.

Los siguientes días duerme y despierta sin que el sueño logre borrarle la expresión turbia de la cara. Hace de su habitación un lugar de retiro. No sale más que cuando no hay nadie en casa y por poco tiempo. Su madre está en el puesto de faláfel, sus dos hermanas en la escuela. Pero él no sale de casa hasta la mañana en que nota que el peso que, siempre que despierta, siente que va a hundirlo ha aflojado su presión. Abre la ventana de su cuarto para que entre el aire que aún no es tórrido. Va a la cocina y se toma un vaso de agua a temperatura ambiente. La cocina en penumbra está ordenada y limpia. Normalmente se ocupan sus hermanas, antes de ir a la escuela, de tenerla en condiciones. Sale al pequeño huerto de detrás de la casa y camina hacia la higuera. Mientras los pájaros revolotean diligentes a su alrededor, él busca los higos que hayan bajado por efecto de la madurez. Coge unos cuantos, tienen la piel tibia por efecto de los rayos del sol naciente, y se los va comiendo. En un momento se detiene, dejando algunos en la palma de la mano, con cuidado de que la leche de la higuera no le toque la piel.

Una higuera es como un olivo. No exige cuidado de las hojas ni podado, tampoco hay que regarla o estercolarla. Si alguien se ocupa de todo ello, seguro que la higuera lo agradecerá, pero puede seguir viviendo aun sin esos privilegios. Entre los rasgos de las higueras está su aguante ante condiciones que a la mayoría de los árboles le resultan difíciles, además de su capacidad para adaptarse a diferentes entornos ambientales tales como la escasez de agua o incluso la falta de tierra fértil. Una higuera, por lo tanto, puede crecer sobre un terreno fértil en el huerto de una casa o cerca de un manantial o en una torrentera, claro está; pero también en un secarral, entre rocas montañosas o hasta entre los escombros de un solar. Todo ello viene a ser casi lo mismo para las higueras. El frío intenso es lo único que detestan; por eso prefieren permanecer aquí, en este lugar, con independencia de que se ocupen de ellas o no, tanto si recogen sus frutos como si los dejan estar. Es lo que ocurre si sus dueños son desterrados, como se vio hace décadas, o si se les impide acercarse a sus prósperos terrenos, como ahora, o bien si se cumplen las peores expectativas, pues la situación va de mal en peor. Pero si nada malo ocurre y uno puede acercase a su higuera sin que se lo impidan y no ha caído enfermo, el ser humano siente la llamada a recoger sus frutos, con ese sabor suscitado por los centenares de diminutas flores que se abren dentro de su piel; flores cuya textura adquiere, cuando los frutos llegan a su sazón, la más delicada suavidad.

El desempleado deja los higos que ha recogido en la mesa de la cocina. Esta le resulta aún más oscura al entrar directamente desde el exterior, de ahí que su rodilla izquierda choque con una de las patas de la mesa. Va entonces a su cuarto, a la cama de nuevo.

La madre vuelve a casa desde el puesto de faláfel cuando él está sentado en la taza del baño. Al desempleado le llega algún ruido

ligero ocasionado por los movimientos de ella en la cocina y luego en la sala de estar. En cuestión de minutos oye a su madre llamarlo por la casa. Responde a voz en grito que está en el baño. Instantes después ella le pregunta a través de la puerta si le hace falta algo. Él contesta que no. Poco después llegan sus dos hermanas de la escuela. El silencio se adueña de la casa por un tiempo hasta que percibe un toque suave en la puerta del baño seguido de un susurro de su madre, que le pregunta si puede traerle un vaso de agua templada. Contesta que ya se tomó uno por la mañana temprano. Ahora le pregunta si puede traerle un higo. Le explica que ya comió, después de tomarse el agua templada, seis higos por lo menos; que ha cogido bastantes y se los ha dejado a ellas en la cocina, pero que tengan cuidado, pues ha visto gusanos en alguno. Ella dice que ha visto los higos en la mesa.

El tiempo avanza con tanta lentitud que casi parece haberse detenido, y ya no es posible impedir que la inquietud domine a quienes están en la casa. No extraña, pues, que la madre vuelva a tocar a la puerta del baño y le pregunte cómo está. Que bien, dice él. Le pregunta con cierto reparo si ha salido algo. Él, con una entonación en la que domina la vergüenza, responde que no. ¿Desde cuándo no ha conseguido echar nada?, insiste ella. Desde hace siete u ocho días, suspira el desempleado, que oye al otro lado de la puerta cuchicheos ente su madre y sus hermanas. La tensión que hay entre ellas se desliza hacia el baño. Al parecer se ha declarado el estado de emergencia, lo que, desde luego, no tiene ninguna influencia positiva en sus intentos. Se cansa después de casi una hora y sale del baño. Encuentra a las tres de pie junto a la puerta de la cocina, con la clara actitud de quien aguarda recibir una noticia tranquilizadora, pero salta a la vista que él no va a transmitírsela. Se dirige hacia la entrada de la casa, se calza y, antes

de dar el portazo tras de sí, se escurre la voz de su madre pidiéndole que no olvide el sombrero, pues hace un sol de justicia. Irá por la sombra, promete él, y añade que ha dejado en la mesa de la sala de estar todo lo que ganó trabajando en la playa.

Para percibir sus honorarios, ella tiene que llamar, desde el teléfono público de la universidad, al psiquiatra, según las instrucciones de este cuando se vieron antes de empezar a trabajar. Él la invita a que se pase por su consulta el último día de la semana para pagarle. Esta vez, en lugar de tomar ningún transporte público, va caminando por una estrecha vereda de tierra, atajo no señalizado que atraviesa el jardín de plantas tropicales que rodea la universidad y acorta el trayecto un cuarto de hora. Por esta trocha transitan quienes se encargan de la limpieza de la universidad. Después de abrir un acceso en la valla del jardín, han ido aplanando la tierra con sus pasos, y así llegan al recinto desde los barrios palestinos adyacentes. Ese es el camino que sigue la estudiante, pero, mientras que ella recibe clases en las aulas de la institución, ellos y ellas solo se dedican a limpiar.

La recepcionista la conduce al despacho donde ya estuvo la vez anterior. Nada más entrar la recibe el brillo del cristal del escritorio, atenuado por la sombra del psiquiatra cuando le da la bienvenida abriendo los brazos con una amplia sonrisa pintada en el rostro. Le tiende la enorme mano para saludarla con un apretón mientras le da las gracias por haber aceptado el reto de limpiar la vivienda de la paciente. Esta ya lo ha informado del fantástico trabajo que realizó. Ella se limita a mover la cabeza, sin decir nada. El psiquiatra, tras pagarle lo que le deben, le dice que la enferma se ha decidido a contar con sus servicios y que ella misma le pagará a partir de ahora. Antes de salir, la limpiadora pregunta a qué se debe que la paciente deje que la basura se vaya acumulando en su apartamento.

Él responde con voz cálida que la mujer afronta varias dificultades, que él espera y desea que superará muy pronto. La limpieza de la vivienda, a la que accedió la propia paciente, es un paso sustancial hacia ese logro.

De regreso, se acerca a un puesto de faláfel, donde suelen agolparse los clientes, que guardan cola en el exterior. Paga una ración y va a unas gradas cercanas, que dan a una plaza atestada de gente, y allí se sienta. Saca el pan con faláfel de la bolsa de papel y empieza a comer mirando a las personas que ocupan la plaza, tanto los transeúntes como quienes están allí de pie o sentados en diversos puntos. Distraída por sus rostros, absorta en sus movimientos, le resulta más fácil esquivar con los ojos al grupo de soldados que hay enfrente, al lado derecho de las gradas. No se comporta de manera excepcional, sino tal como hace la mayoría de quienes la rodean, ya vayan de paso o estén allí por un tiempo. Se limitan a pasear la mirada entre los transeúntes y la oferta de los vendedores ambulantes. Las mercancías se alinean en carritos, sobre esteras o mantas, sobre cartones o directamente sobre el suelo de la plaza. Todos procuran no mirar, en la medida de lo posible, a los soldados. Si por casualidad alguien posa la vista un instante en un soldado, la aparta de inmediato. Ella, del mismo modo que esquiva la visión del retén, no mira la ración de faláfel que sigue devorando con los ojos perdidos. Las migajas que caen por su descuido a la grada atraen la atención de los pájaros y de algunos gatos, que maniobran para impedirse unos a otros hacerse con los pedacitos de comida que van cayendo. Los pájaros son más rápidos que los gatos, y estos más agresivos. Cuando los primeros ejecutan una razzia aérea en busca de migajas, se convierten en blanco de los felinos, que se han estado moviendo sin premura alguna hasta ese instante. Luego, en cuanto los gatos se retiran tras su fracaso

como depredadores, o al darse cuenta de que los trocitos son de tomate, pepino, lechuga o cebolla, los pájaros vuelven a volar hacia la grada, donde se apoderan de las migajas con gran celeridad. Entonces los gatos reinician su intento de cobrarse una presa, y vuelta a empezar. Los felinos de la plaza pertenecen a la raza que se conoce con el nombre de gato árabe o callejero, el cual, si no puede decirse que destaque por su galanura, sí que está dotado de gran agilidad, dado lo frugal de su dieta. Esto les permite gozar de un cuerpo ágil y nada rechoncho, muy apto para alcanzar a los pájaros o caer sobre cualquier objeto que les procure alimento, incluido cuanto les ofrecen los contenedores de basura mal cerrados.

Cuando acaba de comer, nuestra trabajadora de la limpieza observa una fina línea grisácea trazada sobre su abrigo negro; la forma un poco de salsa tahín que ha debido de chorrear mientras comía. Se aplica a eliminarla cuando comienza a observarla desde lejos una gata que no ha tomado parte en la batalla previa por las migajas del pan con faláfel; en el seno del animal descansan varios gatitos recién nacidos. Ante ellos hay dos platos, uno con agua y otro con comida, con unos restos de huesos, donación lo más probable de la carnicería que hay cerca del puesto de faláfel. Da la impresión de que algunos vendedores ambulantes de la plaza se están haciendo cargo de esa gata recién parida. Y, aunque se sepa que los gatos callejeros se conforman con poco, esto no es óbice para que se le dispensen los cuidados necesarios y el cariño con que puedan rodearla.

En el momento en que los ojos de la limpiadora se encuentran con los de la gata, esta comienza a maullar con voz implorante y apagada, pero que poco a poco se va elevando. Su maullido, tan penetrante y reiterado que cualquiera lo tildaría de obstinado, lleva a los ojos de la limpiadora a recorrer aturdidos toda la plaza, en busca

de lo que pueda estar empujando a la gata a pedir socorro, hasta que su mirada se topa con un cinturón ancho de piel de serpiente. ¿Es ese el motivo?

La serpiente, que si estuviera viva ya habría devorado a la gata y sus crías en un solo movimiento, está tendida en una pequeña estera donde se ofrecen a la venta objetos y prendas de ropa usados. La limpiadora se pone en pie, enrolla la bolsa de papel vacía y se dirige a la parte alta de la gradería, donde hay una papelera. Tira la bolsa y vuelve a bajar las gradas en dirección a la plaza. La gata sigue maullando, atenta a cuanto la rodea, y observa cómo la trabajadora de la limpieza se pasa a la serpiente por las trabillas del pantalón con mirada satisfecha de la compradora y cómo esta hace efectivo el precio acordado con la vendedora tras un tira y afloja en el que afloran fragmentos de las biografías de ambas. La vendedora es madre de seis hijos a quienes tiene que mantener ella sola, y con eso está todo dicho. La conversación llega a su fin con los agradecimientos y los deseos mutuos de que todo vaya bien. Cuando ella comienza a alejarse, la gata sigue maullando sin quitar los ojos de la espalda de la limpiadora, y al final deja de maullar. La ve subir las gradas, y, antes de que la joven desaparezca, la gata mueve un poco la cola.

En otro tiempo, en que sigue siendo verano pero ya muy avanzado, el joven sin trabajo, si no se ha encerrado en su cuarto, es que está recorriendo las calles semivacías de peatones. Nada más salir de casa, el persistente calor tórrido lo obliga a caminar por las calles donde los edificios o los árboles que crecen a ambos lados proyecten algo de sombra. A veces los rayos del sol, que son como latigazos, lo fuerzan a cruzar a la acera opuesta, a la sombra de árboles huérfanos a los que se acogen los pájaros, muy quietos y exhaustos por el calor. Entre los que crecen a lo largo de las aceras,

en terreno público, se cuentan la encina y el algarrobo, el ciprés y el laurel, la higuera y el olivo. Además, durante las últimas décadas han ido añadiendo otras especies, como el arce y el roble. Por otra parte, hay que contar también con las ramas que se extienden desde las casas particulares al espacio común de la calle, sobre todo, buganvillas, adelfas y jazmines, muchas de cuyas flores se desprenden y caen sobre las aceras. Una vez en el suelo, sus brillantes colores acaban tornándose en un marrón sucio debido al marchitado, pero también a las suelas de los zapatos que las pisan.

Día tras día, el desempleado se dedica a recorrer sin ton ni son las aceras de la ciudad, hasta que su madre vuelve a sacar el tema de sus planes de futuro, como si este, el futuro, estuviera ansioso por dar la bienvenida a dichos planes. Pero esta vez el joven no le grita a la cara a su madre. Sale a buscar trabajo. Tras un intervalo que no es breve, ya casi al final del verano, consigue, gracias a la ayuda de un conocido de la familia, dar con la oportunidad primero de formarse y, más tarde acaso, quedarse fijo si demuestra que tiene cualidades para la labor. Comenzará, pues, como aprendiz en un taller dedicado a la elaboración de figuras y otros objetos artesanales, todo en madera de olivo.

Aunque el día fijado el nuevo aprendiz se despierta temprano, su madre ya está levantada. Se toma un vaso de agua templada en ayunas y va a la higuera del patio, donde ya están los pájaros. La mayoría echa a volar cuando el joven se acerca, y enseguida también los restantes, en cuanto se oye el suave rumor de las grandes hojas que sus manos mueven de un sitio para otro en busca de los higos maduros que pueda haber entre ellas.

Con la luz del día sale hacia el taller. La primera tarea que le encargan, y entra dentro de sus funciones como aprendiz, es trasladar al almacén que hay en la parte trasera del local los troncos

de olivo que han traído esa misma mañana.

Dado que el otoño aún no está aquí y que la situación va de mal en peor, cabe sospechar que los troncos y gruesas ramas que se está esforzando por trasladar son de árboles arrancados no por sus dueños ni con el beneplácito de estos. A ningún campesino ni terrateniente se le ocurriría arrancar o cortar un olivo poco antes de la recogida de la aceituna, que está ahora muy cerca de producirse, cuando el otoño alcanza su auge, así que hayan caído las primeras aguas. Entre los troncos que el aprendiz debe mover hay algunos muy gruesos, llenos de nudos, pliegues e irregularidades, que hablan a las claras de la vejez del árbol. Por lo general, son los olivos longevos los que dan el mejor aceite. Antes de proceder al traslado, el aprendiz golpea una o dos veces, con fuerza y contra el suelo, los troncos y las recias ramas de acuerdo con las instrucciones del maestro, el dueño del taller. Es algo que conviene hacer para que la madera se libre de los gusanos e insectos que habitan en las grietas del tronco o se refugian bajo la corteza, tras la cual dejan restos de sus esfuerzos por horadar la madera. En cuanto los troncos chocan con el suelo, con un estruendo que provoca una desbandada de pájaros asustados, caen en gran número los gusanos e insectos. Estos pequeños pasajeros se enrollan sobre sí mismos antes de volverse a estirar poco a poco y comenzar a reptar con lentitud sin saber hacia dónde. Una vez que el aprendiz traslada todos los troncos al almacén, comienza a ordenarlos por tamaños, dejándolos listos para las sucesivas etapas en los meses venideros. Lo primero es descortezarlos, tras lo cual se trocean y se dejan secar. El aprendiz vuelve adonde los descargaron, con un recogedor metálico en la mano. El utensilio comienza a emitir un chirrido agudo cuando lo arrastra por el suelo con el fin de acumular los restos de troncos o ramas, así como los gusanos e insectos. Luego, con el recogedor ya

cargado, se acerca a un murete de mampostería que hay cerca, contra el que lanza los desechos. Los bichos quedan suspendidos unos instantes en el aire antes de dispersarse entre las piedras del murete y las matas secas que hay sobre este y en las proximidades. Desde allí, insectos y gusanos emprenden de nuevo su reptar, ahora hacia una zona sombreada y húmeda que les ofrece refugio y en la que quizá se asienten.

El aprendiz vuelve al taller, donde comienza a adiestrarse en su nuevo oficio. Selecciona la pieza de madera más adecuada para tallarla, según le indica el maestro, que habla sin apenas abrir la boca, dejando que el aire le salga por la nariz. Es su manera de expresarse. Lo mejor es que no haya nudos en la pieza escogida, le explica, y que sea unas tres veces mayor que lo que va a tallar. En este caso, una caseta en miniatura, un portalito, que el aprendiz puede confeccionar pegando las distintas partes si no le es posible hacerla de una sola pieza. El maestro le explica luego en detalle cómo se hace una caseta y las herramientas que requiere, acompañando sus escuetas explicaciones con movimientos de sus dedos que vienen a compensar la escasez de palabras pronunciadas.

El aprendiz se sienta donde le dicen, en un extremo de la mesa de trabajo. El taller, como la mayoría de los que se dedican a la ebanistería y artesanía de la madera en el país, se especializa en la confección de figuritas y objetos diversos inspirados en la Biblia y el Evangelio. El objetivo es vendérselos a los turistas en general y a los peregrinos en particular. Hace frío en el taller, que la larga lámpara colgada del techo no caldea. La luz que despide intensifica la palidez en los rostros de todos los trabajadores y de las finas partículas de serrín que se acumulan sobre ellos, sobre la mesa y todos los objetos del taller. Una y otra vez los ruidos de la sierra y la lija dominan la voz de la radio, que canta en el fondo sin parar. Más

adelante se oye un nuevo ruido, que viene de aún más atrás, sobreponiéndose a todos los sonidos que llenan el espacio interior del lugar. El maestro le pregunta al aprendiz si puede preparar el té. Él se levanta de su sitio y se acerca a una enorme tetera con el fondo renegrido por el fuego, que descansa sobre un hornillo de gas. El hervor del agua en su interior es la fuente de ese último ruido. Apaga el fuego. Cerca de la tetera, sobre un estante de madera, hay una gran bolsa de té Alwálad. A su izquierda hay una bolsa de azúcar, que ya no es de una blancura inmaculada.

Cuando termina de preparar el té, lo vierte en tantos vasitos como personas hay en el taller y los distribuye uno por uno. Uno de los artesanos, al observar que no se ha servido para sí mismo, le pregunta si no quiere tomarse uno también. El aprendiz responde que él no suele tomar té. Al instante el té se convierte en el tema de conversación de los presentes. Algunos elogian sus beneficios, siempre que no se beba en exceso, ya que impide dormir. Mientras que otros aseguran que, nada más haberse tomado uno, se quedan dormidos. El debate está destinado, a no mucho tardar, a desvanecerse bajo el ruido del taladrar, el cortar y el tallar, pues se verán obligados a cerrar las bocas para que no se les llenen de serrín. Lo que no cabe esperar es que el aprendiz participe en la charla, señalando, por ejemplo, que el té puede provocar estreñimiento. Aparte de su propensión a quedarse callado en general, y no solo en discusiones como esta, y de su retraimiento, que a nadie se le escapa, es evidente enseguida que las labores manuales le resultan muy placenteras. Trabaja con precisión, perseverancia y paciencia, cualidades que habrá adquirido y desarrollado en sus años de cárcel y en el trabajo junto a su madre. Al concluir su primera jornada de prácticas casi ha terminado la caseta en miniatura que le ha encargado el jefe, a quien se la

enseña. El maestro emite su juicio a través de sus fosas nasales. Está bastante bien, dice. Y por algún motivo que no puede limitarse a este juicio aprobatorio, trabajar la madera ha conseguido aflojarle al aprendiz la contracción del rostro. Pero en realidad la contracción no desaparece, sino que se aleja reptando en busca de mejor asentamiento.

Una vez inscrita en Ciencias Sociales, la estudiante sigue asistiendo a las clases cuando puede. Se sienta en la última fila del aula y de vez en cuando se queda dormida. Puede que la despierte la voz del o de la docente, que acaso está comentando un texto acerca de las costumbres tribales tal como las registraron los antropólogos durante sus expediciones por África, América del Sur o Asia en el siglo XIX. Otras veces son análisis en torno al control de la violencia por parte del Estado o de sus antagonistas. Asuntos todos ellos interesantes y que se prestan al debate, pero que no se lo parecen a la estudiante, puesto que prefiere dormir. Y cada vez que despierta, siente el pecho contraído.

Quizá sea esa misma contracción que le oprime el pecho lo que la impulsa, una tarde fría a finales del invierno, yendo de camino al apartamento que limpia, a manifestar de manera expresa su protesta. Ocurre cuando dos soldados tratan de hacer bajar del autobús en que va ella a dos jóvenes, al comprobar que son palestinos. Aunque nuestra limpiadora podría sencillamente haber seguido mirando por la ventana como los demás pasajeros, el hecho es que, inopinadamente, se lanza a hablar en hebreo sin que le sobrevenga el habitual temblor que, cuando pretende decir algo en clase, le sube hasta la garganta y le ahoga la voz. Se inicia una buena disputa en el autobús, a la que se suma un número nada desdeñable de pasajeros, que la insultan y la tildan, a ella, a los palestinos y a los árabes en general, de sucios y malolientes, de

asesinos terroristas. Ella encaja los insultos tan alerta como no suele estarlo, y, desde luego, sin resignarse, pues responde con la misma moneda. Echando mano de su fluidez en hebreo se encara con una señora que va sentada tras ella en el autobús. Esta le suelta varias expresiones, también en hebreo, que la estudiante no llega a oír bien. La señora le dice entonces, a voz en grito, que está de su parte, y se lo repite al oído. Pero ahora no hay palabras que puedan sacarla a ella del barrizal en el que ha caído. Se queda en silencio mientras algunos pasajeros se echan a reír. Le pide disculpas a la señora en un murmullo ahogado por las risas de los pasajeros, que no paran de chancearse de ambas. Las burlas y los insultos acompañan a la joven mientras se dirige a la puerta del autobús para salir. La conducen los dos soldados, y detrás de ella vienen los dos jóvenes palestinos. Al final han conseguido que salgan los tres. En cuanto el conductor acciona la puerta del autobús para cerrarla, ella derrama toda su ira sobre los otros dos por no haberse resistido, dejándose llevar fuera del transporte como chivos. Los soldados la interrumpen exigiéndole que les entregue su identificación. A los dos jóvenes los han dejado ir de inmediato.

Cabe sospechar que ella quería decir corderos y no chivos. Los chivos de ninguna manera caminan juntos, ni corren juntos, ni aminoran el paso juntos, ni se detienen juntos, ni van a la derecha juntos, ni giran a la izquierda juntos, ni guardan silencio juntos. En realidad, son los animales más espontáneos, solitarios y libres. Al parecer, ha caído por segunda vez esa tarde presa de la incapacidad lingüística. O a lo mejor la equivocación es nuestra y ella es muy consciente de lo que dice y quiere comparar a los dos jóvenes con los cabritos blancos, pacíficos y domesticados, tales como el que le regaló a la familia hace años el amigo de su hermano.

Dejando esto al margen, el hecho es que la ponen en libertad

hora y media después de su detención. Pero ella no se rinde. Cuando sale de limpiar el apartamento, de camino hacia su residencia, se detiene en una cabina telefónica y llama al servicio de información. Pregunta por el número de una fundación israelí dedicada a los derechos humanos que existe desde hace poco. La conoce porque vio su nombre en el titular de de un periódico en la vivienda de su empleadora. Copia el número en el pequeño cuaderno que destina a esa finalidad y llama más tarde. Nadie contesta. Son casi las seis de la tarde, la oficina de la fundación estará cerrada. Llega a su habitación en la residencia y la sensación de contracción y opresión vuelve a apoderarse de su cuerpo, como queda de manifiesto en las vueltas que da en la cama durante horas.

A la mañana siguiente, tras una noche de mal dormir, va al teléfono público que hay cerca de su residencia y vuelve a llamar a la fundación. Tiene, como le explica en hebreo a la empleada que atiende al teléfono, una denuncia que, desde su punto de vista, requiere una pesquisa sobre violación de los derechos humanos en la vida de cada día. La encargada de recibir las llamadas la transfiere a un abogado especialista. Cuando le llega la voz de este a través del auricular, ella lo saluda y continúa en hebreo. Se presenta a sí misma y le da las gracias por su disposición a escucharla. Él contesta a su saludo y añade que puede hablar en árabe si le es más fácil. Ella retoma la conversación en árabe y le relata, de manera desordenada y con excesiva prolijidad por momentos, pues se pierde en detalles carentes de importancia, lo que les ocurrió a ella y a los dos jóvenes. No solo el trato recibido, sino también los ataques verbales. Y añade, valiéndose de términos que ha aprendido cuando consigue estar despierta en las clases de la universidad, que todo ello deriva de prácticas tendentes a la supremacía racial, de estereotipos culturales y de otros conceptos semejantes. El abogado

no la interrumpe hasta que ella termina su narración, aderezada con comentarios y análisis. Cuando por fin acaba, el abogado permanece en silencio unos instantes y luego le indica que, lamentablemente, situaciones como la suya se dan a menudo. Varias veces al día. En lugar de dirigirse a la fundación, puede presentar una queja a la policía. Pero, por lo que él sabe, la policía no va a dar el paso de investigar lo ocurrido. Además, aunque se llegara a ello, y las probabilidades son mínimas, la investigación no derivaría en acusaciones contra nadie. Y termina la conversación afirmando, con mucha soltura, que no dude en ponerse en contacto con ellos si presencia algún suceso de mayor calibre, y agradeciéndole su confianza. Durante toda la conversación, el árabe del abogado ha estado fuertemente marcado por la fonética del hebreo. Pronunciando la «r» como si fuera «gh», la «ḥ» en «kh» y la «ʿa» en «a».

Apenas bastan unas semanas para que el trabajo en el taller de artesanía comience a apoderarse del aprendiz en prácticas. La precisión en el tallado exige toda su atención, y las horas que pasa en el lugar no lo obligan a renunciar a su silencio habitual. Su parquedad de palabras, en efecto, no resulta chocante entre sus compañeros. Excepción hecha de algún que otro breve e inesperado comentario, cada cual permanece en silencio, concentrado en completar la figurita que sea bajo la luz fría que cae sobre la mesa. Al fondo, no cesa la voz de la radio que los acompaña, interrumpida de vez en cuando por el ruido de la sierra mecánica o los apagados martillazos sobre la madera. Los programas que emite se parecen a los que se oían por la radio de la prisión. Quienes fueron allá sus compañeros y aún no hayan alcanzado la libertad estarán en estos precisos instantes atentos a esa misma voz que se oye en el taller, hablando en árabe estándar.

Día a día las manos del aprendiz van ganando destreza, y sus tallas, precisión. Por ahora se está limitando a elaborar figuritas y diferentes objetos, siempre de pequeño tamaño. Cabañas, niños, mujeres, hombres, cruces, asnos, ovejas y camellos, que extrae de los troncos y ramas recias de olivo que antes no contenían más seres que los gusanos e insectos. Con todo, aun después de varios meses de adiestramiento, no consigue ir muy rápido. De vez en cuando lo observa el maestro, sentado siempre en el mismo lugar con idéntica actitud. Es obvio que la calidad de lo que elabora juega a favor del aprendiz. Sus figuritas, como dice el maestro, están bastante bien. Por otra parte, la tarea de trasladar al almacén los troncos y ordenarlos luego por tamaños sigue correspondiéndole a él y a nadie más. Esto explica también su lentitud en el tallado de figuritas. Cada vez que llega una carga de madera, el aprendiz deja lo que esté haciendo y se pone manos a la obra. Va acarreando troncos y ramas y los amontona como debe, después de haberlos librado de la mayor parte de gusanos e insectos que los acompañan. Luego vuelve y lo barre todo, bichos y restos de madera, limpia el suelo y, sirviéndose del recogedor, se deshace de los restos lanzándolos por encima del murete de mampostería.

La empleada de la limpieza, después de haber retirado los desperdicios abandonados por el apartamento, sigue con su labor sirviéndose de una aspiradora. Es inevitable que el ruido del aparato inquiete a la gata, que no ha vuelto a dejarse ver desde aquella primera vez. La mascota sigue manteniéndose oculta a los ojos de la trabajadora, a pesar de que esta lleva ya meses limpiando la vivienda. Por término medio viene a tardar unas dos horas, dos y media como mucho, en acabar con su labor. Depende en buena medida del estado anímico de la empleadora, que, al parecer, se va estabilizando.

A pesar de su traslado a Ciencias Sociales, su rendimiento académico sigue sin mejorar. Puede que surja un texto llamativo, donde se aborda hasta qué punto es necesario situar los comportamientos humanos en su contexto para comprenderlos. Ella se lo lee entero, interesada. Pero el texto desaparece enseguida de las discusiones en clase y su autor pierde toda repercusión en la marcha del curso. Es solo una de las lecturas opcionales. En consecuencia, y atendiendo a la lista en que figura, no sería de extrañar que no forme parte de la materia de examen ni de las tareas finales, asuntos de los que no siempre está enterada la estudiante. O, en el mejor de los casos, lo averigua cuando ya es tarde. Esto es ni más ni menos lo que ocurre cuando entrega una tarea para alguna de las asignaturas principales, en la que ha trabajado mucho y con esmero, o eso podría pensarse teniendo en cuenta el tiempo que le ha dedicado. Pero cuando le corrigen el trabajo la calificación resulta ser muy baja. Esto la empuja a concertar una cita con el docente que lo solicitó para hablar de la nota y revisar el trabajo con él, para entender dónde está el problema.

¿Dónde está el problema? Ella se sienta al otro lado del escritorio del docente, quien le justifica su baja calificación. Le deja bien claro desde el principio que, solo por misericordia, no la ha suspendido. El trabajo no se centra en los asuntos esenciales, sino que corre detrás de pensadores cuyas tesis se han discutido en clase de manera incidental. Por otro lado, está escrito a mano en un hebreo bastante deficiente. Por todas esas razones, su texto recuerda a una manada de caballos que corren jadeantes por ver cuál llega primero.

Con todo el respeto a la capacidad intelectual del docente, de ningún modo puede admitirse que los caballos solo corran con el objetivo de competir entre ellos. Quizá están asustados. Los caballos

temen de manera innata, desde cuando vivían salvajes, ser presa de algún depredador, y eso los empuja a huir a toda velocidad, aunque escapar sea imposible. Por miedo, duermen de pie, incluso cuando ya no pueden cargar ni con sus huesos por extenuación, y el resultado es que caen redondos donde se encuentren. No es raro que alguien haya visto a tres o cuatro de ellos echados en el suelo para dormir, mientras que el resto de la caballada sigue en pie, alrededor. Algunos están mirando al vacío, con la mirada indecisa y perdida. Cabe preguntarse en qué estarán soñando. Hasta que, detectado algún peligro, uno de ellos relincha o piafa y todos salen al galope.

La empleadora le pregunta un día a la limpiadora, al terminar esta su faena en el apartamento, cuáles son sus sueños. La segunda contesta que poder presentar sus tareas universitarias mecanografiadas y en un hebreo correcto. Tras un corto silencio, la empleadora comenta, con los ojos alterados por cierto deslumbramiento, que sus sueños son sencillos y realizables. Nada dice a esto la trabajadora, quien al parecer no comprende que los sueños, para ser verdaderos sueños, deben ser difíciles de alcanzar.

En cualquier caso, sus días siguen transcurriendo con la opresión que la viene afligiendo durante su carrera universitaria y arrecia cuando entra en clase, si bien no está claro cuál es la fuente de sus persistentes temores tras los cambios que han tenido lugar. El insomnio, además, sigue empeñado en interrumpirle el descanso una y otra vez, acumulándole un regusto a vacío en la garganta. Solo el impulso a perderse en el vacío, como una flecha lanzada hacia lo más remoto, puede aliviarle la opresiva angustia que siente.

Una tarde de primavera, cuando aún le queda por hacer, aparece la empleadora en el apartamento antes de lo habitual. Le propone llevarla a la residencia universitaria. Se montan en el coche y este va

por el camino previsible hasta que, en un punto dado, tuerce a la izquierda en cierto cruce de caminos y toma una calle que no conduce a la residencia. La empleadora anuncia que desea detenerse un momento en un lugar, serán solo dos minutos. Unos cientos de metros más allá el coche aparca delante de un edificio de reciente construcción y cuatro plantas. Al lado hay otro, que exhibe a su entrada una placa de piedra con la inscripción Año 1912, a todas luces la data de su construcción. Es otro barrio conocido por ser obra de palestinos pudientes, que lo habitaron hasta 1948. Ambas entran en el edificio nuevo después de que la empleadora haya pulsado un botón en el panel que hay a la derecha de la puerta principal. Avanzan en dirección al ascensor, que las lleva a la cuarta planta. Del ascensor salen directamente a un enorme despacho. Las grandes ventanas asoman a una parte de la ciudad, donde las luces agujerean la oscuridad de la noche e iluminan la sala de manera tenue. En medio hay una gran mesa con tablero de cristal que reluce en la penumbra, y rodeada por varias sillas. A la izquierda de la mesa, cerca del ventanal, hay un escritorio, delante una silla y encima un ordenador. La empleadora, sin encender la luz, dice que ese es su despacho. La trabajadora de la limpieza se acerca a una de las ventanas y recorre con los ojos las luces de la ciudad, dispersa en el ímpetu de la noche. La empleadora comenta que la panorámica desde los ventanales es muy hermosa. Luego añade que, en realidad, ese es el despacho de su jefe, que instituyó la fundación, pero lo utiliza solo unos días cada varios meses, cuando vuelve de una visita corta a Estados Unidos. Pero, como ella es su asistente personal, puede utilizar el despacho cuando él no está. No da la impresión de que todo lo dicho hasta ahora le importe mucho a la limpiadora, que sigue mirando por la ventana con ojos bien despiertos, trasladando la mirada entre las luces cuyo resplandor

tiembla con una leve vibración. La empleadora concluye diciendo que la limpiadora puede utilizar el ordenador para imprimir sus tareas universitarias. A medida que las vaya redactando, ella misma se encargará de imprimirlas a la velocidad del rayo gracias a lo que se conoce como mecanografía al tacto. Y no solo imprimirlas, sino también corregir el hebreo. De manera que pueden esperar, añade la empleadora, a que la limpiadora reúna varios trabajos pendientes de entrega. Una vez que los tenga, vendrán juntas a la oficina durante el fin de semana, cuando no haya nadie trabajando allí, y podrán ocuparse del tecleo, la corrección y la impresión con toda tranquilidad. La trabajadora de la limpieza le irá dictando los borradores que traiga escritos y ella se encargará de mecanografiarlos, corregir la redacción en hebreo, mecanografiar e imprimir.

Yendo del ascensor hacia el coche, la limpiadora pregunta por la actividad que realiza la fundación. Es una organización no gubernamental, contesta la otra, cuyo objetivo es prestar apoyo material a proyectos y actividades culturales entre israelíes y palestinos a través de donaciones. Los financia su jefe, que hace de director y patrono, valiéndose de su propia fortuna personal, todo en pro de la paz entre ambos pueblos. La limpiadora no pronuncia una sola palabra sobre lo que acaba de oír. En vista de su empeño en omitir cualquier comentario, que podría derivar de su experiencia personal y de otras personas de su entorno, y asimismo teniendo en cuenta que la situación va de mal en peor día tras día, podría haber quien llegara a suplicarle que responda; por supuesto evitando tropezar y caer en el foso que ha cavado el relato de los detalles conocidos. Debería intentar, además, pergeñar expresiones lógicas, serenas y convincentes. Podría decir, por ejemplo, que la paz no llegará gracias a un apoyo material que mejore las condiciones de

vida bajo la opresión, sino eliminando la opresión de raíz. O quizá podría decir que la superación de las diferencias en las condiciones de vida entre palestinos e israelíes, dado que una parte vive bajo las imposiciones del colonialismo y la ocupación, y la otra practica dicho colonialismo y ocupación, no puede emanar de proyectos culturales, por muy sinceros y bienintencionados que sean en lo anímico y lo intelectual; ya que, en lugar de mirar a la realidad, no son más que el intento de trocar esta por una representación imaginaria construida sobre la ignorancia deliberada de cuáles son la verdadera fuente y la motivación de lo que ocurre. Pero acaso sea este un discurso demasiado teórico, inadecuado para la situación, y, por tanto, no estaría bien que lo pronunciase. Lo más conveniente sería decir que tales proyectos se levantan sobre la omisión de las crueles condiciones bajo las que viven los palestinos, dejando muy claro que la ocupación israelí ha desempeñado durante décadas un papel destacado en la creación y gestión de dichas condiciones, de las que por cierto ha sacado provecho. En definitiva, la fundación, por muchas labores que realice, no solo es incapaz de plantar cara a las condiciones de vejación e injusticia que están en la base de esas mismas condiciones, sino que se arriesga a desaparecer bajo la apariencia de una cultura del acercamiento entre contrarios. Por muy generoso que sea un individuo, por más dispuesto que esté a poner su riqueza al servicio de elevados fines humanitarios, la solución de ningún modo puede consistir en financiar proyectos culturales que unan a israelíes y palestinos. No, inaceptable; es una elaboración demasiado compleja y carente de rumbo. Bueno, quizá convendría utilizar expresiones más breves. Lo que la limpiadora debería decir es que el apoyo material de la fundación no proporcionará la solución urgente que requieren los palestinos para poner fin a unos padecimientos cuya causa no es la falta de financiación, sino la falta

de libertad. Además, bien podría añadir que el jefe de su empleadora es sin duda alguna un buen hombre, mucho mejor que otros adinerados a quienes no solo no les importan nada los padecimientos de nadie, sino que acaso los provocan y, en palabras adecuadas al presente contexto, es probable que estén apoyando la ocupación y sacando provecho de ella. Pero, por mucho que sea así, es inimaginable que las prácticas coloniales lleguen a su fin financiando actividades culturales compartidas por israelíes y palestinos. La limpiadora alza la cabeza hacia su empleadora. Un movimiento casi imperceptible tiene lugar en la boca de la primera. Podría pensarse que va a decir algo. Llegan al coche. Y, en efecto, salen unas palabras de su boca. Quisiera saber cuál es el sueldo de su empleadora en la fundación. Esta última pronuncia una cantidad muy elevada. La trabajadora de la limpieza vuelve a guardar silencio.

Mientras el coche avanza hacia la residencia universitaria, la trabajadora de la limpieza vuelve a la carga y le pregunta a la empleadora cómo es que vive en un apartamento pequeño, en un barrio tan a trasmano, si cuenta con tales ingresos. La empleadora contesta entre risas que la mayor parte de su sueldo la destina a cubrir los gastos de su tratamiento con el psiquiatra. Es un vampiro. La limpiadora está a punto de comentar algo, pero la empleadora continúa diciendo que, a fin de cuentas, es pobre y nada posee. Ni siquiera el coche es suyo, sino de su jefe.

Paran ante la residencia. Ella baja del coche, que se marcha con quietud, y se dirige a su habitación. Al ir acercándose a la entrada del edificio, su mirada se encuentra con el loro, que sigue despierto y gira la cabeza con gran vitalidad. Ella lo saluda y el loro responde Hola hola, antes de añadir Tonta tonta. El miedo le asoma a los ojos a la estudiante. Sube la escalera en dirección a su pequeña habitación, esta noche con mayor rapidez de lo habitual.

Acerca de lo que pueda considerarse habitual o no, conviene aclarar que esta no es la cuestión decisiva. En cualquier momento puede ocurrir un hecho insólito, que a su vez entrañe alteraciones en la tendencia dominante hasta entonces. Si se mantienen en el tiempo, dichas alteraciones pasan a ser lo habitual, hasta que tiene lugar alguna novedad que perturba la marcha de los acontecimientos. De modo que la definición de lo poco habitual o hasta insólito está sujeta a cambios. Es más, el fenómeno es tan frecuente que es preciso concluir lo siguiente: lo poco habitual no renuncia a producirse de manera habitual, y esto refuerza los malos presagios sobre el porvenir en este lugar, incluso cuando, aparentemente, nada está sucediendo en realidad. Sea como sea, antes del otoño comienzan a propalarse rumores novedosos sobre la situación actual. Hay optimistas para quienes puede esperarse que todo va a mejorar, pero también hay quien piensa que, de hecho, los rumores confirman que todo irá a peor. En estos días, además, es cuando el maestro del taller de artesanía acepta que el aprendiz siga con ellos no en prácticas, sino como asalariado, en las mismas condiciones que los demás.

Poco antes de mediados de otoño llegan las primeras aguas. Durante dos días seguidos cae una lluvia ligera, pero suficiente para que los campesinos inicien la campaña de la aceituna. Los trabajos se suceden varias semanas, día tras día, desde el alba hasta la puesta del sol. Una vez recogida la aceituna, los dueños de los campos aprovechan que están en los olivares para podar, de modo que todas las ramas reciban la luz y el aire y crezcan sanas. De vez en cuando arrancan sin contemplaciones algún pie de olivo al comprobar que tiene las raíces enfermas o ha sufrido el ataque de insectos dañinos que le chupan la savia. Pero los olivos consiguen por lo general hacerles frente a las plagas y mantenerse firmes ante

las condiciones ambientales más adversas a lo largo de todo el año. Excepción hecha, claro está, de las circunstancias políticas, ya que puede ocurrir que las autoridades de la ocupación o los colonos los arranquen o los quemen. Podadas las ramas y arrancadas las raíces enfermas o muertas, los campesinos trocean unas y otras para venderlas o llevarlas a casa como leña.

Un día de ese mismo otoño, aunque el asalariado está de descanso y no tiene que madrugar, se despierta con el alba. Se acerca a la higuera donde, a estas alturas de la estación, apenas quedan frutos. Coge tres, de entre los que han picoteado los pájaros. Tras examinar su interior a la dudosa luz del alba, se los come mientras camina con lentitud por el huerto. Después se marcha. Cuando ya ha salido el sol vuelve con un enorme tronco de olivo, entra en su cuarto y lo deposita en el suelo, junto a la ventana. De una bolsa de plástico muy arrugada saca las herramientas de tallado que se ha traído del trabajo. Luego comienza a astillar el tronco con un formón de hoja muy estrecha y un martillo.

El primero y los sucesivos golpes sobre la madera de olivo conducen, al final de la jornada, al surgimiento de lo que parece ser la cruz de un animal. Desde ese punto las herramientas se dirigen, desde el alba del siguiente día, hacia la derecha, y avanzan hacia lo que debe ser el maslo, donde nace una cola; para volver a la izquierda, subir y formar lo que, al atardecer, resulta ser la crin. A continuación, el asalariado pasa al quijote, desde donde talla una cadera y parte del ijar, que completa al iniciarse el segundo fin de semana. Sin descansar, al día siguiente le da forma a lo que es, no cabe duda, el vientre y la cinchera, desde donde sube para tallar la garganta. Durante las semanas sucesivas se enfrenta al tallado de miembros que requieren más tiempo y mayor precisión, desde los

ollares hasta el punto en que la cola se alza con respecto a la cadera, así como los cuartos delanteros, elevados en el aire. Por otra parte, una de las herramientas que se ha traído del taller se rompe mientras trabaja en la figura.

El proceso le lleva horas y horas de tarea, tantas que le ocupan varios días de las vacaciones. Se pasa las jornadas tallándolo, puliéndolo, rectificando pliegues y ángulos de las extremidades. Lo último son el copete y la cola. Después lo barniza y lo deja secar. Lo repasa de nuevo y lo cubre de resina para que quede suave al tacto. Cuando acaba, se lo ofrece a su madre como obsequio.

Un caballo de madera encabritado. Su cuerpo se yergue en una posición que lo hace brillar en diversos puntos a la luz tenue de la sala de estar. Si el caballo estuviera vivo, se podrían oír sus relinchos, cuyos ecos se esconden en los cuartos delanteros, bien altos en el aire.

Cuando era pequeña, la madre del asalariado tenía que cuidar del caballo de su padre, es decir, del abuelo del joven. Alimentarlo, mantener limpio su pequeño establo, salir con él a pastar. El animal comía de las hierbas y matas silvestres que crecían en los bordes de los caminos y en algunos lugares aún por urbanizar, mientras ella lo observaba en silencio. Aquel caballo era, según la expresión de su madre, el único ser que en aquellos días le dio algo de amor en un mundo dominado por la crueldad y las humillaciones de la vida. Luego se casó.

Su madre pasa las manos por encima del caballo de madera con una cautela infantil mezclada de admiración. Traslada la vista de los cuartos traseros sobre los que se alza a las patas delanteras, en plena competición por ver cuál de ellas sube más, y de allí a los belfos, tras los cuales se oculta el perenne relincho. El asalariado sigue con la mirada la dicha que va trasluciéndose en los ojos

intensos de su madre, en sus labios apretados que se entreabren.

Este caballo es muy distinto del que cuelga enmarcado en el cuarto de estar, que él le hizo cuando estaba en la cárcel. Lo confeccionó sirviéndose de fósforos usados por sus compañeros de celda, que fue reuniendo durante meses. Para completarlo, tuvo que empezar por colocar los fósforos unos junto a otros, de modo que las partes quemadas formaran una línea negra que podía manejar para trazar el cuello y la parte alta de la cabeza. Un poco más arriba perfiló dos pequeños triángulos, algo diferentes entre sí, que eran las orejas erguidas, bajo las cuales se extendía la frente, con un círculo blanquecino que cubría uno de los amplios ojos del caballo. Aún más abajo compuso un semicírculo que hacía las veces de la mandíbula. Luego la misma línea bajaba, se curvaba y formaba el hocico, y, al alzarse hacia la frente, representaba la ternilla. Esa composición manual de la cabeza de un caballo, ejecutada con fósforos usados, fue todo lo que se llevó consigo cuando le dieron la libertad. Además de dieciséis cartas reducidas a la forma de comprimidos farmacéuticos, para poder sacarlas de prisión sin que se las requisaran, y que se tragó el día en que habían de liberarlo. Casi todas iban dirigidas, como de costumbre, a las madres o esposas de los presos, y de él se esperaba que las hiciera llegar a sus destinatarias cuando estuviese fuera. Aunque la tarea, como otras muchas, no era siempre tan sencilla. Se conocían casos en que la dirección de la cárcel retuvo a presos hasta tres días después de la fecha fijada, siempre bajo vigilancia, para controlar sus deyecciones. Luego examinaban los excrementos en busca de mensajes. Cuando, en efecto, los encontraban, los requisaban, claro está, y además se les imponían al preso en cuestión y a otros distintos castigos. Retrasaban la salida del liberado y privaban de visitas tanto a él como a los remitentes de las cartas. En algunas

ocasiones llegaron incluso a mandarlos a la celda de aislamiento. Por ese motivo, quien permanecía bajo vigilancia durante unos días antes de ser efectivamente liberado se abstenía por completo de defecar. Al estudiante preso lo retuvieron no tres días sino diez, pues la dirección de la cárcel recibió de uno de los pájaros el soplo de que se había tragado un montón de mensajes comprimidos para sacarlos de extranjis. Y era cierto, dieciséis cartas eran muchas cartas. Sin embargo, él consiguió no hacer de vientre durante aquellos diez días y entregarlas todas a quienes las esperaban en cuanto lo pusieron en libertad. Ese episodio es la causa de que tenga que pasarse en la actualidad largas horas en el baño, sobre todo en momentos de tensión o ante circunstancias complicadas. El fantasma del estreñimiento no lo abandona.

La presencia del caballo de madera en casa de la dueña del puesto de faláfel le pone a esta en la boca expresiones novedosas que pronuncia de vez en cuando para que los demás se muevan con cuidado alrededor de la figura. Aun así, el caballo tropieza y cae. Varias veces. Se le rompe una de las patas delanteras, el cuello, la cola. Una y otra vez. Se irrita la dueña, que sigue advirtiendo a quien se acerque al caballo. Cabe sospechar que el taladro que se partió en el curso del tallado le haya contagiado la fragilidad. El asalariado, en consecuencia, trae del taller cola de pegar madera para componer lo roto. Sin embargo, no consigue evitar que se noten las composturas ni que el caballo pierda la suavidad al tacto que poseía al principio.

Es otro tiempo, y pasa sin que nadie se entere de lo que ocurre alrededor salvo de dos hechos. Primero, que la primavera está llegando a su fin, y, segundo, que la trabajadora de la limpieza y su empleadora estrechan lazos. Se ven a menudo. Pero el pesar que la aflige de continuo contrayéndole el pecho ni se ha aligerado, ni se

han desvanecido sus malos presentimientos. Comienza a aprovechar sus horas libres para leerse la bibliografía fundamental del curso y elaborar las tareas evaluables correspondientes, que acaso ahora y por fin va a entregar impresas y en un hebreo depurado. El único inconveniente que se le presenta es que, en cuanto se pone a trabajar en ello, le entra sueño. Pero luego, no bien deja el libro a un lado para dormir, la desvela el consabido pesar que la aflige, y vuelta a empezar. Sin embargo, ella no se rinde. Noche tras noche, día tras día, entabla combate con las palabras, resiste al sueño, se esfuerza denodadamente por escribir un párrafo, borra la mitad para llevarlo a buen puerto. Hasta que llega la noche, cuando la oscuridad del exterior barre las brumas enfermizas con que se adorna la ciudad a comienzos del verano.

Esa noche, al caos de los caballos que porfían lo sustituyen los suaves y continuos golpes en el teclado del ordenador. Unos dedos presionan durante horas esa noche, y lo mismo la noche siguiente, y la siguiente. A lo largo de tres largas noches de un fin de semana, la empleadora mecanografía e imprime las tareas universitarias de la limpiadora, que está sentada cerca de ella y le va dictando. En paralelo a su picado tiene lugar la edición y corrección de los textos. Hay que reelaborar algunos párrafos que, en opinión de la empleadora, siguen siendo confusos o endebles. De lo que ambas no hablan en absoluto es de la situación, cuya deriva confirma los peores presagios. Todo va de mal en peor, sí. Solo el loro repite sus chillidos acostumbrados. Hola hola.

Y de ese modo, al acabar el curso, la estudiante recibe las notas finales de todas las tareas que ha ido presentando. Saca o notable o sobresaliente. Va corriendo al teléfono público que hay en el corazón del campus y llama a la empleadora, que viene a recogerla esa tarde. La lleva a dar una vuelta en coche por las calles circundantes

de la residencia, tan poco frecuentadas como de costumbre. Ninguna de las dos habla mucho. Cuando ella intenta expresar su agradecimiento por la ayuda, la empleadora la interrumpe con su sonrisa bondadosa para afirmar que su contribución ha sido insignificante. Su trabajo, continúa, no ha ocupado, en horas, más de las correspondientes a una jornada suya como secretaria. Todo lo contrario, es ella quien desea darle las gracias. Y propone que cenen juntas.

Durante la cena, la empleadora anuncia que ha decidido dejar las sesiones de tratamiento. Ya se encuentra mucho mejor. Además, no puede seguir pagando tanto dinero, el psiquiatra es un vampiro, vuelve a decir. Después de tantearse con la lengua algo que ha quedado entre sus dientes, la limpiadora expresa su opinión contraria, a ella el psiquiatra le parece muy simpático. La empleadora le lanza una larga mirada acompañada de una leve sonrisa, lo que basta para que la limpiadora no tenga que preguntar por ese juicio que la otra no ha llegado a expresar.

Con la llegada del invierno comienza a resultar claro que la desconfianza se interpone entre el asalariado y su jefe, el maestro artesano. La relación entre ambos toma este derrotero inesperado cuando el último descubre, de algún modo, que su empleado se ha llevado a su casa útiles y materia prima del taller sin pedirle permiso. ¿Se lo habrá soplado el pájaro?

El asalariado se equivocó. No supo prever que la ira de su jefe llegaría tan lejos al enterarse, ni que el no haberle pedido permiso le molestaría aún más que la rotura de uno de los escoplos. El incidente deja en la relación un evidente impacto que no podrá subsanarse, e inaugura una nueva fase en la frialdad y la falta de entendimiento que ya reina entre ellos. El maestro comienza a mirar con sospecha cualquier movimiento del asalariado. El primero está

siempre al acecho. El segundo, se mantiene, siempre bajo vigilancia, en su puesto en la mesa del taller, que huele a resina, a cera y al té que los demás empleados toman a todas horas, envueltos en el humo de sus cigarrillos. En la parte de atrás sigue sonando la radio. Solo consigue librarse del ambiente opresor por momentos, cuando deja su sitio para traer una pieza de madera del almacén o, por un lapso más largo, cuando tiene que acarrear los troncos y gruesas ramas que acaban de descargar fuera, lo que supone, además, que ha de barrer los restos de madera, gusanos e insectos. Lo va juntando con el recogedor y lo arroja como siempre por encima del murete de mampostería.

Cuando ya está muy avanzado el invierno, entre las piedras del pequeño muro, en las rendijas que deja el mortero, brotan hierbas y otras matas silvestres. En buena medida se trata de grama, con sus hojas largas y delgadas, aunque también abunda la malva, de hojas cuasi poligonales dispuestas en semicírculo y coronadas por una pequeña flor violeta. Otra mata tiene flores también de color violeta, pero con forma ahusada; sus tallos están recubiertos de espinas y sus hojas muestran finas líneas blancas. Hablamos del cardo. Luego está la acedera, entre cuyas hojas pequeñas y suaves asoma una delicada flor amarilla, que se entrelaza a veces con los tallos del senecio, cuyas hojas son más largas y duras. Por otro lado, en muchas de las hojas de estas hierbas y matas se observan agujeros o protuberancias, causados precisamente por los insectos y gusanos que de ellas se alimentan. También, dado el caso, no extrañará hallar en todas estas plantas silvestres gotas de rocío o de lluvia adheridas. Puede que algunas gotas caigan lenta y delicadamente sobre las piedras mojadas y la tierra embarrada, a impulsos de los insectos y gusanos que merodean por allí. Unos se arrastran entre los tallos, otros se posan sobre las hojas. O acaso a las gotas las

haya empujado el viento, que sopla con fuerza de vez en cuando. Luego, más adelante, las nubes desaparecerán del cielo y la naturaleza recobrará todo su esplendor.

Acaba el invierno, la primavera transcurre a toda prisa hasta desembocar en el verano, que trae consigo el otoño. Mediado este, se cuentan ya tres estaciones del año durante las cuales la estudiante no se ha fijado en las transformaciones que han ido sucediéndose en la naturaleza ni en la vida que la circunda, mientras ella se traslada de la residencia universitaria a las aulas donde asiste a clase, y de allí al apartamento en la sexta planta que sigue limpiando una vez cada dos semanas.

Últimamente la vivienda está más sucia que de costumbre hasta hace poco, así que ha de dedicarle más tiempo. Ya no consigue acabar la tarea antes del regreso de la empleadora. En esta se aprecia que una mirada de triste malestar sustituye con frecuencia el brillo que destellaba antes en sus ojos. Quizá esto impulsa a la limpiadora a preguntarle una tarde si todo va bien. La pregunta sorprende a la empleadora, quizá la encuentre fuera de lugar. Con la voz de quien se extraña de algo, llega su respuesta en forma de pregunta: ¿Bien?

En paralelo ocurre que un periodista, al igual que otros muchos antes y después, llega al país para cubrir la actualidad. Como era de esperar, no domina ni el árabe ni el hebreo, por lo que necesita a un traductor o traductora, que puede ser ella sin ir más lejos, tal como le propone la empleadora. El periodista se ha puesto en contacto con la fundación donde esta trabaja, cuya misión es fomentar la comunicación entre israelíes y palestinos, recordémoslo, para recabar ayuda. Necesita a una persona capaz de acompañarlo y traducirle. La limpiadora acepta.

El periodista ha venido para escribir artículos y reportajes. Quiere

dejar constancia de las consecuencias de la ocupación, reflejar la vida en ese contexto. La tarea de la limpiadora consiste en buscar a personas adecuadas para entrevistarlas. Se tocan diversos asuntos. Comenzando con la confiscación de tierras y la tala y quema de árboles, siguiendo por las manifestaciones y las pedradas, y acabando en la retirada de carnés de identidad, las detenciones y las palizas. Así como, de vez en cuando, los efectos de los atentados políticos, de los asesinatos, por parte del ejército, de personas de toda una gama de edades, de uno u otro género, de distintos estratos sociales. Todas las conversaciones tienen lugar en árabe y ella las traduce poco a poco al inglés, resumiendo mucho en ocasiones y omitiendo a veces, por olvido, algunas expresiones. Son los gajes de la interpretación. Durante el desarrollo de las tareas tienen también lugar encuentros con analistas políticos y especialistas en determinadas áreas, además de portavoces gubernamentales que comentan lo que ocurre o lo justifican, cada cual desde su posición, bien en árabe o en hebreo, pero en inglés lo más a menudo. A ella le toca también organizar encuentros con colonos de a pie o con sus dirigentes para un reportaje donde el periodista quiere reflejar las prácticas de la colonización, es decir, los asentamientos que, por lo general, suponen arrasar los territorios de los palestinos y agredir a estos por distintos procedimientos, que pueden llegar al asesinato. Más adelante se diversifican los asuntos que desea cubrir el periodista y ella tiene que organizar entrevistas con activistas y opositores israelíes a la ocupación, incluidos objetores a cumplir el servicio militar, y asimismo con organizaciones feministas de izquierdas, historiadores y ensayistas. Todo esto último, en hebreo y en inglés. Como es lógico, cuando la conversación se desarrolla en inglés, no es preciso que ella traduzca. En esos casos la intérprete suele retirarse a un lugar discreto, donde

se pierde en ensoñaciones. O bien sigue los movimientos de algunos insectos, por ejemplo, los esfuerzos de unas hormigas por trasladar una semilla. O bien está atenta al soplar del viento, que tremola unas cortinas o sacude las hojas de los árboles.

Pero el ritmo de los acontecimientos se acelera, su gravedad se redobla. El periodista tiene que centrarse en informes de otro tipo, relativos a detonaciones de autobuses israelíes. Ella entonces facilita encuentros con familiares de víctimas y afectados, y, de nuevo, con portavoces oficiales. Tras varias semanas de trabajo agotador, casi diario, con el periodista, contra el telón de fondo de la actualidad, que va de mal en peor, él le pregunta si pueden verse al final de la jornada, fuera del contexto del trabajo. Ella acepta. Le da la dirección de la residencia universitaria.

Cae la tarde. Ella se dirige a la entrada del edificio y se sienta delante. Aparece el periodista. En la mano trae un ramillete de flores, cuyos pétalos sinuosos destaca la iluminación del vestíbulo. Cuando lo recibe, ella trata de hacerlo entrar a toda prisa en el edificio mientras mira con precaución hacia el balconcillo de la planta baja, donde está el loro, por si se pone a chillar a esas horas.

Ya en la habitación, beben un poco y conversan. Al principio él habla de las magníficas vistas desde la ventana, que da a los montes pelados, como de terciopelo ahora en la penumbra. Él abre la ventana y se queda allí parado, contemplando el azul oscuro del horizonte, que se va ennegreciendo a medida que se acerca al centro de la bóveda celeste. Bajo la línea del horizonte se ven algunas luces dispersas que se concentran, allá, en las aldeas, y luego, más cerca, en los barrios de las faldas de las montañas cerca de la universidad. Callado al principio, comenta por fin que la panorámica es bíblica. Luego se refiere a su intenso dolor por cuanto ha presenciado en las pocas semanas que han transcurrido desde su

llegada. Sin solución de continuidad se echa a reír, quizá achispado, y cuenta que a los pocos días de su llegada le envió a su familia una foto de sí mismo ataviado con una kufiya y un periódico árabe en las manos. En la carta que acompañaba la foto explicaba que lo habían secuestrado unos terroristas. La intérprete no comenta nada. Durante la velada que pasan juntos, ella, casi siempre en silencio, no expresa opinión alguna sobre lo que él dice. Parece que no la incomoda escuchar. Aunque muy de madrugada, después de un largo día de trabajo, ella comienza a bostezar. Acompaña al periodista fuera de la residencia y camina un poco con él mientras se internan en el frío del alba grisácea y húmeda, empeñada en propagar estremecimientos por la piel. Él se despide y la besa. Ella lo besa a él. Luego se besan ambos. De vuelta a la residencia, la envuelve por completo el aroma de los besos, que contamina el aire carente de todo olor hasta hace unos instantes. Y aun en pleno amanecer no le falta quien la espere, impaciente. En efecto, nada más se acerca al balcón de la planta baja, ya está el loro lanzando las primeras voces de la mañana. Hola hola, aburrido aburrido. De repente, la traductora le espeta al loro, también a voz en grito, que no se meta en lo que no lo llaman, basta ya de vigilar a los demás, ¿o es que no tiene nada en lo que ocuparse? Pero el loro no para. Su voz solo se amortigua cuando ella cierra la puerta principal de entrada a la residencia. Aunque luego vuelve a oírse, a partir del momento en que la intérprete entra en su habitación. Corre entonces hacia la ventana, que sigue abierta, y la cierra a toda prisa. Los chillidos se amortiguan.

Ella se sienta a la mesa, y a la mesa se sienta el asalariado coincidiendo con cierta mañana de los días que dan paso al invierno.

La creciente penumbra interior del taller, junto con el frío propio de comienzos del invierno, dificulta la labor de la talla. Puede que a

ello se deba el que el asalariado trabaje sin entusiasmo, con lentitud, sobre todo si se tiene en cuenta la minuciosidad y la entrega que mostraba en el pasado o, hace muy poco, al ocuparse del caballo de madera que le regaló a su madre. Lo más probable es que el trabajo esté aburriéndolo. Después de las muchas piezas que lleva realizadas, es comprensible que su entusiasmo se haya enfriado y afloje la velocidad con que ejecuta las miniaturas. Las mejores de estas serían, según la opinión del maestro, las que no pueden distinguirse de las muestras, copias ajustadas al original, como él mismo dice. Que cómo llegaron las muestras a convertirse en el original indiscutido es otra cuestión, en la que no cabe entrar en estos momentos. Lo importante ahora es que, cuando se produce alguna diferencia, por pequeña que sea, en las figuritas que talla, por ejemplo, un pliegue fuera de sitio respecto de la muestra, atribuible a un despiste o a un pequeño fallo con algún instrumento, él tiene la obligación perentoria de consagrar algún tiempo adicional a corregir dicha diferencia, reduciéndola u ocultándola. Los rostros de madera deben recuperar el vacío de expresión, y los cuerpos, ya estén de pie o sentados, retomar sus posiciones impostadas. En escasas ocasiones, cuando las diferencias son considerables y no hay modo de corregirlas u ocultarlas, se ve obligado a deshacerse, sin más, de la figurita y a elaborar una nueva. Esto, por supuesto, ralentiza su producción. Con todo, sigue trabajando en el taller sin apartarse de su línea de producción, es decir, las figuritas y otros objetos, ajustados todos a los patrones que reproducen los demás talleres de artesanía. Al menos su madre está contenta con él. Ha retomado las riendas de su vida, dice ella, y encontrado un trabajo que lo obliga a levantarse de la cama cada mañana.

En la mañana que despunta tras la primera visita del periodista, la estudiante no consigue despertar y aún sigue durmiendo cuando

el día entra en su declive. Se levanta, pues, bien entrada la tarde, lo que le ha impedido asistir a las clases de ese día. Ha estado en la cama hasta la puesta del sol, cuando ya está oscuro y se habrán retirado a dormir los pájaros. Es entonces cuando sale. Y no bien ha puesto los pies en el sendero que va desde la entrada del edificio a la cancela principal, se desatan los chillidos del loro, procedentes de las entrañas de la oscuridad. Hola hola, aburrido aburrido, miedosa miedosa. Ella prosigue su marcha envuelta por la penumbra de una noche que no llega a ser cerrada gracias al poderoso blancor del alumbrado que ilumina las calles. Camina en dirección al puesto de faláfel que hay cerca de la residencia. Al llegar a sus inmediaciones se encuentra ante un resplandor azul que alumbra la calle y la fachada del local de manera entrecortada. Es la luz de emergencia de un vehículo militar de la Policía de Fronteras. En vez de cruzar la calle hacia el puesto, tuerce a la izquierda en dirección al cementerio, que ocupa una inmensa extensión frente al barrio de la residencia universitaria. Camina entre las lápidas verticales, de una gran uniformidad. En medio se alza un enorme memorial. Deambula por el cementerio durante algo menos de media hora. El frío es intenso, inaguantable. Vuelve hacia el puesto de faláfel. El vehículo militar sigue allí. De manera que regresa a la residencia. La verdad es que no es sano cenar faláfel. Al llegar, la recibe el loro, que repite su declamación. Hola hola, aburrido aburrido, miedosa miedosa. Aún no se ha dormido. Esta vez la estudiante no contesta.

Es probable que el loro, como les ocurre a las aves migratorias, sufra de insomnio desde hace algún tiempo. Por lo general, se les alarga la vigilia incluso antes de emprender el periplo. Ello se debe sobre todo a que se altera el número de horas del día con luz, lo que les ocasiona cambios en el organismo y la elevación del nivel de actividad. Saben que tendrán que recorrer de noche largas

distancias durante semanas. Las aves en cautividad no se libran tampoco del insomnio, pues comienzan a debatirse en sus jaulas en cuanto se pone el sol y caen las sombras. Con esa vigilia inquieta expresan su empeño por emprender el vuelo. Aun encerradas en sus jaulas, estas aves dan vueltas imitando los rumbos que seguirían sus congéneres libres cuando se trasladan, y que ellas seguirían de serles posible. El hecho es que durante los periodos de migración las domina un estado de continua alerta, y el insomnio no las abandona hasta que todos los miembros de su bandada no han llegado a su nuevo emplazamiento.

Ella sube la escalera del edificio hacia su habitación. Bebe agua, que la ayuda a limitar la sensación de hambre, y se mete en la cama. Pero sigue despierta, inquieta, hasta un poco antes del alba. Duerme muy pocas horas. A la mañana siguiente se prepara para salir. Al abandonar la residencia el loro se apresura a soltarle la retahíla de expresiones ya mencionada. Va a la universidad y asiste a las clases. Cuando terminan, y hoy son tres, se dirige a limpiar el apartamento.

Se lo encuentra, una vez más, mucho peor que hace solo unos meses. Hay basura y restos de comida por toda la vivienda, y tanto el baño como la cocina están muy sucios. No le queda otra que emplearse a fondo durante más de tres horas y media, en lugar de las dos y media que necesitaba hace casi nada. Por si no bastaba, cuando está ya por terminar la cocina, la ataca la gata. El animal la sorprende apareciendo desde su escondite, la araña en la mano izquierda y sale huyendo en un abrir y cerrar de ojos. De inmediato, antes de que la limpiadora se haya recompuesto, suena el girar de la llave en la puerta de entrada. Se ha hecho tan tarde que la empleadora ha salido del trabajo y ahí la tiene, de pie, a la puerta de la cocina, que aún no está lista. Al tiempo que ella se agarra la mano

en un intento por ocultar la sangre que le mana de la herida, la recién llegada le pregunta espantada qué ha pasado. Su alarma se ha disparado con la visión de la sangre. La trabajadora de la limpieza dice que la gata la ha arañado, pero recalca que es un rasguño sin importancia. Esta respuesta no calma la agitación que le aflora a la empleadora a los ojos, tan abiertos como puede tenerlos. Ella murmura que no es para tanto, que no tiene que inquietarse, mientras la empleadora corre hacia el baño explicando que va a prepararle un apósito para desinfectarle la herida. Vuelve unos instantes después y comienza a aplicarle una pomada en la zona afectada. Al primer toque se agudiza el dolor, como indican los ojos contraídos de la limpiadora. Tiene la mano y los dedos un poco hinchados, por el frío intenso ocasionado por el agua del fregado. Es, en resumen, otro día miserable del arranque del invierno.

Hace un frío crudo en la montaña y el barro se extiende por el llano. Llueve sin excesos, pero con constancia, ahitando a la tierra, que se ablanda y va formando nuevas zonas enfangadas. En el interior del barro recién formado, muchas raíces de árboles pueden chupar el agua que nutre troncos y ramas, al tiempo que otras se pudren como paso previo a la muerte futura de algunos árboles. Los gusanos empiezan a moverse entre las raíces, en sus distintas situaciones. Se extienden y se contraen mientras avanzan por el interior de la tierra, y a veces por la superficie, para huir del frío del barro, o bien cerca del hoyo lleno de agua, para esquivar la escarcha. Los gusanos, sin embargo, que aparecen en el taller y se extenderán, más adelante, en torno al asalariado no guardan relación directa con estos, salvo por el hecho de que también buscan la tibieza.

En el taller no es fácil precisar el momento en que aparecen esos gusanos, de una especie diferente a los de la tierra. Son

blanquecinos y de menor tamaño. Se trata de una especie que suele vivir en los troncos de los árboles, donde se alimenta de madera. La van royendo poco a poco, excavando boquetes y galerías, y tras de sí dejan un fino serrín que se acumula sobre la tierra. A veces roen hasta que el tronco ya no puede sostener el árbol y este se desploma. Los gusanos, cuyo origen parece evidente en este caso, han empezado a reptar, lentos y silenciosos, por el taller, muy cerca del rincón que ocupa el asalariado, quien, al principio, no advierte su presencia. Mientras se multiplican las raspaduras en la superficie de las figuritas que tiene entre sus manos, y las virutas de la madera se esparcen a su alrededor, los gusanos se le acercan cada vez más en busca de su sustento hasta que sus movimientos por el suelo, apenas perceptibles, entran en su campo de visión. De improviso sus ojos se dirigen hacia uno en concreto, aunque no puede descartarse que sintiera de algún modo su presencia antes percibir sus movimientos. El hecho es que la presencia de ese gusano atrae su mirada hacia otros, y después hacia un nuevo grupo, que hay detrás. Y seguramente habrá muchos más, que no puede ver desde donde está. No le queda más remedio que reconocer que hay un montón de gusanos cerca de donde se sienta. Se distrae siguiendo al primero con la mirada mientras se arrastra con gran parsimonia cerca de él. El gusano se arquea un poco antes de detenerse. Tuerce a la derecha. Tuerce a la izquierda. Luego continúa en su avance. Le cuesta mucho reptar y trepar por las piezas de madera. El asalariado permanece inmóvil unos minutos observando al gusano con interés. Pero, al alzar la cabeza, su mirada se encuentra con la del jefe, que está observándolo a él. Sus manos regresan al tallado. De vez en cuando, sin embargo, sus ojos vuelven unos instantes a los gusanos. Algunos se han acercado a él. Otros han caído al suelo desde el lugar adonde han trepado tras un denodado esfuerzo que su frágil

anatomía no ha podido soportar. La habilidad de los gusanos para trepar arrastrándose es impresionante, sí. Como lo son también las huellas que dejan a su paso, grabadas en los troncos de los árboles. Mapas precisos de sus recorridos. Podemos conjeturar, sin temor a incurrir en hipérbole, que la energía invertida por los gusanos, capaz hasta de derribar un árbol, constituye una inspiración decisiva para el aún aprendiz de artesano, quien, tras descubrirla en el taller, se embarca en nuevas formas de tallado, distintas de las que dicta el jefe. A partir de entonces sus manos, cuando están manejando las herramientas sobre la madera, se mueven de manera menos expeditiva. Tuercen a la derecha, tuercen a la izquierda, se deslizan hacia abajo, se elevan. Así hasta que, al cabo de unas semanas, es indudable que el peso que ha estado entorpeciendo sus manos estos últimos meses se torna más y más liviano. Supera las continuas vacilaciones y sus dedos recuperan precisión y constancia. Así que vuelve a trabajar en su puesto junto a la mesa de tallado con verdadera pasión. Cuando se vuelca en su trabajo, que estos días es muy exigente, se disipa asimismo el ambiente frío y vacío del taller, al tiempo que se van revelando en los rostros y ademanes de las figuritas rasgos de los que carecen las producidas tanto en este taller como en los demás. Ahora pueden mostrar arrugas en las mejillas, ojos fatigados, extremidades arqueadas, la cabeza torcida o hasta una leve joroba. Salta a la vista que los rasgos de rostros y cuerpos de los personajes de las Escrituras, de los santos y santas, no se corresponden con los modelos plasmados en las muestras. ¿A quiénes pertenecen, pues?

Nada, no hay manera. Se resista o no la intérprete y limpiadora, el desasosiego se empeña en marcar todos sus movimientos. A lo que es preciso unir, por si algo faltaba, la onerosa carga de las palabras del loro que no cesan en su fluir. El ave la acomete

verbalmente sobre ella cada vez que sale de la residencia para asistir a clase, para limpiar el apartamento, para acompañar al periodista en busca de noticias que cubrir o para reunirse con él fuera del ámbito del trabajo. Lo cierto es que últimamente se ven casi a diario.

En sus repetidos encuentros, cada vez más frecuentes, y aunque ella se aferra al silencio, el periodista no para de hablar sin traba alguna de sus sentimientos y también de sus actitudes y opiniones políticas respecto de diferentes asuntos. La apertura de él no la anima a ella a sincerarse. Acaso la falta de un marco adecuado para lo que podría decir sea lo que la conduce a refugiarse más y más en el silencio, o a lo mejor todo se reduce a que escuchar es más sencillo que hablar. Ella a veces hace un comentario, una sola palabra, para volver enseguida a prestar atención a la ligereza con la que el periodista sabe explayarse. Una ligereza que hasta cierto punto consigue aliviarle a ella en el rostro las trazas del pesar, de esa presión que la aflige de continuo. Es evidente, como mínimo, que el periodista ha traído a la vida de ella algo difícil de nombrar, pero que con seguridad la ayuda a afrontar la realidad, cada vez más degradada a su alrededor. En ocasiones, como puede ocurrirle a cualquiera, el periodista se deja llevar y repite historias u opiniones a las que ya se ha referido antes. Él está siendo testigo de hechos que jamás ha vivido y que van más allá de lo que puede asimilar.

La crueldad se agrava con su repetición. Prosigue la tala de árboles, prosigue la confiscación de tierras, prosiguen las detenciones, prosiguen las agresiones de las fuerzas de ocupación a los civiles, prosiguen los disparos por parte de estas fuerzas a los manifestantes, prosiguen las muertes violentas. Y cuanto más se repiten los hechos, mayor es el número de quienes los sufren, expandiéndose el círculo de la vejación y el dolor.

Un día, más adelante, el periodista le comunica que ha decidido prolongar su estancia en el país más allá del periodo de que dispone según su visado de entrada. Tal es su decisión, aunque ya ha concluido las labores para las que fue contratado. Está pensando en quedarse en el país, afirma. Solo tendrá que salir cada cierto tiempo para que le concedan un nuevo visado. De ahora en adelante, continúa, se dedicará a proponer, en calidad de freelance, asuntos para artículos y reportajes a distintos medios de comunicación. Asegura que es feliz viviendo aquí a pesar de que todo va de mal en peor. Y que la ama.

El problema es que la repetición de los acontecimientos, además de hacerlos más dañinos, les resta el factor sorpresa y ya no se los puede considerar noticias. Los lectores se cansan y pierden interés. Solo son tragedias para quienes las sufren. Así es, qué le vamos a hacer. Por más que lo que ocurre siga siendo grave, su repetición impide que se acepten muchas de las ideas que el periodista propone a quien quiera comprárselas. En estas nuevas circunstancias también a ella se le reducen, en consecuencia, las ocasiones de trabajar como intérprete.

Por otro lado, a ella sigue faltándole tiempo para limpiar el apartamento, que está cada vez más sucio. Nunca consigue tenerlo listo antes de que vuelva la empleadora. En consonancia con las recientes transformaciones, se diría que esta última anda ahora envuelta en una profunda serenidad que la limpiadora no ve alterarse cuando la informa, siempre que se le presenta la ocasión, sobre sus propias circunstancias. Su trabajo con el periodista y la relación que con él mantiene. La cercanía del fin del curso académico. Lo difícil que le está resultando lanzarse a buscar una nueva residencia y dejar el lugar donde ahora vive. Estos son los asuntos que parecen ocupar su mente. Podría suscitar interrogantes

el que ahora le haga tan inusitadas confidencias a la empleadora si pensamos en su mutismo en clase o cuando está con otros, incluido el periodista. La empleadora escucha lo que ella le cuenta sin hacer comentario alguno, a veces con la expresión seria y un ligero asombro asomándole a los ojos. Todo ello, mientras el invierno va retirándose poco a poco. Sobre los llanos y colinas salta de repente un verdor exuberante, los árboles se pueblan de hojas y de la noche a la mañana brotan hierbas y matas. En sincronía con ello se agitan los mamíferos, las aves y los insectos, que salen de sus madrigueras y escondrijos o regresan desde lugares remotos avanzando por la superficie de la tierra o a través del éter, al tiempo que anulan el silencio relativo valiéndose de sus voces o sonidos, que llegan desde los cuatro puntos cardinales. A ella los rayos del sol mañanero la tienen en ascuas. Por las noches, cada vez más breves, le cuesta mucho dormir. Un día tras otro, la vigilia la seduce, se apodera de sus movimientos, que no se aquietan, prende las llamas de su intranquilidad. Es la primavera.

Un atardecer de la recién entrada estación, la trabajadora de la limpieza solo consigue dar por concluida su labor tras casi cuatro horas de esfuerzo. El apartamento estaba tan sucio como podía estarlo. Desperdicios casi en cualquier recoveco, restos de comida hasta en el baño. Por eso, aunque la empleadora vuelve bastante tarde a su casa, ambas se encuentran. Nada más verla, sin siquiera dirigirle el saludo, la recién llegada le dice que desea hablar con ella. Le propone llevarla a la residencia. De camino podrán conversar. Salen del apartamento en silencio. Al acercarse a la puerta de la vivienda la limpiadora se vuelve para echar una rápida mirada. El apartamento está ordenado y limpio. Alcanza a ver, cerca de la puerta de la cocina, a la gata, que la mira con los ojos muy abiertos y el lomo arqueado.

Suben al coche, y en cuanto este se pone en movimiento para avanzar por la calle principal, la empleadora dice con total serenidad que los palestinos son unos terroristas. El silencio entre ellas vuelve a dominar durante todo el camino, hasta que llegan a la entrada de la residencia. Ella se baja. Dice adiós antes de cerrar la puerta tras de sí, con tanta mesura que casi neutraliza por completo el sonido de la operación. En el movimiento de salida, las palabras que acaba de pronunciar la empleadora reverberan por la oscuridad hasta que el loro se apodera de ellas. Hola hola, los palestinos son unos terroristas, los palestinos son unos terroristas. Las palabras la acometen, la persiguen mientras sube la escalera hacia su habitación sin haber respondido. Se limita a cerrar de un golpe. Pero las palabras comienzan a aporrear la puerta, tratando de franquearla con una energía como no ha conocido puerta alguna.

En la habitación la está esperando el pesar que la oprime de continuo, pero esta noche con mayor intensidad que nunca. Se diría que quiere triturarla de una vez.

Y, por pura casualidad, y nada más que casualidad, a finales de esa misma primavera al asalariado lo echa su jefe, el maestro del taller de artesanía, que ha perdido la paciencia con él y sus continuas equivocaciones. Hace cosa de dos años se llevó a casa, sin permiso, algunas herramientas y rompió una de ellas. No se le olvida al maestro, que tampoco puede pasar por alto las crecientes diferencias que hay entre las figuritas que talla el asalariado y las muestras a las que debería atenerse. Y eso no es todo. Hay tantos gusanos en su puesto que da asco. Algunos reptan también por otras partes del taller. Lo cierto es que el empleado se está tomando sus tareas tan a la ligera que no se interesa ni por su propia producción artesanal ni por limpiar la madera nueva como se debe. La consecuencia es doble: disminuye la calidad de los objetos que

talla, al tiempo que se propagan los gusanos por el local. La situación es insostenible.

Ese mismo día despide, pues, el maestro al asalariado. Antes de marcharse, este ordena y limpia el puesto ante la mesa en que ha trabajado los últimos años. Acumula después todos los gusanos que ve en un montón en el suelo. Los pasa al recogedor y los lleva afuera para arrojarlos por encima del murete de mampostería. El jefe le da, antes de que se marche, la parte del sueldo que le corresponde y un extra. Fuera lo espera una hermosa tarde de primavera. Es el último día de la semana. Al llegar a casa, le entrega a su madre la parte del sueldo y él se queda con el extra. De camino a su cuarto, le cuenta que lo han despedido.

De modo que ahora ya son dos los desempleados que tenemos.

Los días siguientes dan paso a la habitual calidez de la primavera, lo que no impide que se sucedan otros fríos y lluviosos, o incluso alguno tórrido. Así es la primavera en esta tierra, cambiante e impredecible. El desempleado pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto o en el baño, y esto último vuelve a preocupar a su madre y a poner nerviosas a sus hermanas. Como era de esperar, se acaba declarando el estado de emergencia en la casa. Ha regresado el estreñimiento. Muchos otros días transcurren, a la vez difuminados y oscuros. La región se ve asolada de repente por una tormenta de arena, provocada por el viento jamsín que cubre el cielo de densas capas de polvo y arena entre amarillentas y grises. La sequedad cálida dificulta la respiración, la primavera pierde esplendor y la naturaleza, brillo. Todo lo visible ha adquirido un matiz arenoso, y los estados de ánimo parecen haberse teñido de un gris ceniciento. En los rostros malhumorados se pinta la amargura. Por si no bastara, el viento sopla en ráfagas tan calurosas que secan los pétalos de las flores. Hay arena por todos lados, en

los techos de los coches, en los balcones, en los alféizares, en los vidrios de las ventanas, en los ojos. Para respirar y para mirar, será necesario que llueva, que las aguas de lluvia se lleven el polvo acumulado y el aire se purifique.

Amanece un nuevo día. La temperatura y la nitidez del azul del cielo anuncian el verano. El desempleado sale de casa. Vuelve antes del mediodía con una caja de herramientas para trabajar la madera que se ha comprado sirviéndose del extra recibido. A primera hora de la tarde, improvisa una mesa de carpintero y coloca con sumo cuidado las herramientas que va sacando de la caja.

En cuanto a la situación actual de la estudiante, tras unos días que pasa en la habitación de la residencia casi siempre acostada, se oye una suave llamada a la puerta que de ningún modo pueden haber ocasionado las palabras en su intento por irrumpir. Es última hora de la tarde. Tras alguna vacilación y nuevas llamadas, abre la puerta. Ante ella aparece el periodista, con una bolsa de plástico negro en la mano. Confiesa que se ha inquietado al no haber sabido de ella los últimos días. Añade que ha traído faláfel para los dos. Ella le da las gracias y lo invita a pasar. Entra, y con él una mosca que empieza a volar por la habitación. El periodista se sienta a la mesa, y ella al borde de la cama. Tras unos instantes de silencio, que la mosca aprovecha para emitir su zumbido por el aire, él saca de la bolsa los dos panes con faláfel. Deja sobre la mesa uno para ella, envuelto en papel. Primero el pan y luego el papel se van llenando de los jugos de los ingredientes. De nuevo reina el silencio unos segundos hasta que ella murmura que no es saludable comer faláfel por la noche. Él pensaba, dice, que ella cena faláfel de vez en cuando. Ella contesta que no. Él se limita, sin hacer ningún comentario, a abrir el segundo envoltorio de papel y a sacar otro pan con faláfel, que devora con tan descuidada voracidad que

trocitos de comida, faláfel, tomate, pepino, lechuga, patatas, todo ello con manchas de tahín y salsa picante, van cayendo al suelo de la habitación entre sus pies. De pronto, mientras sigue comiendo, quizá para romper el pesado silencio que ha vuelto a enseñorearse del espacio que los rodea, asegura que aquí la comida es maravillosa. Ella sigue sin hablar. Tras unos bocados más le confía su deseo de aprender el árabe. Está dispuesto a seguir un curso. Le pregunta si sabe de alguno fiable o si ella misma puede enseñarle. Ella sigue en silencio, pero hace una señal con la cabeza. Él duda antes de plantear la cuestión espinosa de una vez. Le pregunta cómo está. Ella contesta que está bien. Después, como nos habría resultado difícil prever, y mientras la mosca se posa en un sitio y luego en otro, una lágrima cae desde el ojo izquierdo de ella. Luego sigue un reguero que le surca el rostro. El periodista deja de inmediato el pan con faláfel, o lo que queda, tan al filo de la mesa que cae al piso. Se lanza a recogerlo, pero el pan se desmenuza y su contenido se esparce. Ella se apresura a ayudarlo, recogiendo los restos y fregando luego el suelo. La operación no se alarga demasiado. Cuando todo está limpio, ella abre la ventana, se libra de la mosca y la cierra. El silencio se adueña una vez más de la habitación hasta que el periodista lo expulsa preguntándole qué pasa. Esta vez no hay derramamiento de lágrimas. Dice con serenidad que ha perdido su otro trabajo, y añade que hay quien la molesta hasta casi hasta asfixiarla en el edificio de la residencia. No está pasando, en consecuencia, por su mejor momento, sin entrar en más detalles. Transcurridos unos instantes, el periodista le propone que se vaya a vivir con él. Así gastará menos, a la espera de que le salga un buen trabajo, lo que quizá ocurra cuando se gradúe. Repite que la ama.

Con la llegada del verano, los suaves destellos de la luz se

asientan en las estatuillas y demás miniaturas de madera que el joven se ha propuesto tallar por sí mismo encerrado en su cuarto. Las que están embadurnadas en aceite y cera relucen por la mañana temprano, trazando líneas entrecortadas que brillan junto a la mesa. Tales estrías de luz discontinua se empeñan en despachar sus irradiaciones, de un gris azulado, durante las horas del día, poniendo de manifiesto las protuberancias y leves hendeduras de las figuritas que hasta ese momento han pasado desapercibidas. En cuanto él las detecta, vuelve a trabajar sobre la talla de que se trate, y no la deja a un lado hasta haber eliminado cualquier imperfección, por exigua que sea, sin escatimar el tiempo y esfuerzo que la labor exija. Como ha sido siempre su costumbre, trata en lo posible de trabajar con la misma honradez de que su madre hace gala en sus actividades, y con la paciencia que aprendió de sus compañeros de la cárcel. Quizá, también, con la constancia que día tras día presenció en el taller de artesanía. Empleándose de ese modo, no tarda en divulgarse su fama entre quienes lo conocen: trabaja la madera como casi nadie. Y no tardan en acudir a él quienes desean comprar los objetos que confecciona. Unos tienen la intención de colocar en su casa, para honrarla, una reproducción de la verdadera cruz de olivo, un árbol que todo el mundo aprecia de corazón. Otros se llevan alguna figurita para que les sea de buen agüero, por inútil que les resulte. También hay quien quiere apoyarlo a él o, más bien, a su madre. El círculo de sus clientes se va ampliando poco a poco y llega así el momento en que ha de atender encargos de aquí o de allá. Pero siempre con ciertos límites. En su mayoría quienes le compran son personas humildes, a quienes no sobra el dinero. Y además es preciso reconocer que la elaboración de adornos y recuerdos nuevos con las herramientas de que dispone lleva mucho tiempo. De modo que el pequeño negocio independiente en que se ha embarcado le

proporciona unos ingresos modestos, sensiblemente inferiores al salario que percibía en el taller de artesanía. Pero menos da una piedra. Al menos le permite contribuir a los ingresos familiares que logra su madre. Al cabo de unos meses resulta evidente que su trabajo como artesano va bastante bien. El único perjuicio se deriva de tener que estar todo el tiempo expuesto al olor de la cera y la resina, que, en cuanto quedan adheridas a la madera de las figuritas, persiguen al artesano toda la jornada. Y llega el día en que la clientela de amistades y conocidos con que puede contar se reduce al máximo. Se ve obligado entonces a cargar los objetos que tiene listos y desplazarse para ofrecerlos, como ambulante, a precios más bajos de los que conseguiría en los establecimientos especializados en souvenirs y adornos. Sus esfuerzos no dan siempre los resultados más satisfactorios, pues dependen de la temporada turística y de la situación general. Por no hablar ya de lo saturado que está el mercado de figuritas en madera de olivo. Opta por exponer de vez en cuando su mercancía en las explanadas ante las más famosas iglesias de la zona, con el designio de vender allí lo que no ha podido colocar en los establecimientos mencionados. Sus posibles compradores serían, sobre todo, los peregrinos cristianos de visita en el país. Los turistas no paran de renovarse y él va a hacer siempre lo posible por buscarse oportunidades.

Entre las figuritas que vende, además de caballos, hay caravanas enteras de camellos en diferentes tamaños, ovejas, cabras, serpientes en forma de bastón, la Cúpula de la Roca, personalidades religiosas destacadas. Alguna a lomos de una bestia, o apoyada en el tronco de un árbol, o de pie en soledad. Y todas las figuras están expuestas en el hule, para los turistas, ordenadas en escenas que cambian a diario. Puede que ni los visitantes ni los transeúntes sean conscientes de dichas escenas. Si reparasen en las narraciones que

allí se despliegan, las verían transformarse con las siempre renovadas sombras que las estatuillas proyectan a la luz del sol. Por la mañana, acaso esté Jesús pastoreando las ovejas, que lo siguen dóciles, besando por donde él pisa en el hule; pero luego, a la caída de la tarde, huyen despavoridas de la persecución que el propio Jesús inicia. Quizá la serpiente se enrolla en torno a la muñeca de Moisés, dormida por efecto del azote de los rayos del sol al mediodía, aunque con el crepúsculo se escapa en busca de un lugar donde refugiarse del frío de la noche. Ahora, por la mañana temprano, María va montada en un asno con su niño lactante en brazos, y José los guía; pero, al hacerse de noche, en ese trayecto tan largo que han emprendido, acaban los cuatro enfrentados entre sí, mientras los envuelve la masa de las sombras. Y así ocurrirá hasta que los designios divinos determinen que el pastor abandone a su rebaño, o que alguien le dé caza a la serpiente, o que la Sagrada Familia se desintegre, justo en el momento en que algún turista, hombre o mujer, coja una de las figuritas y la pague, muy a menudo después de regatear tal como aconsejan las guías turísticas, sin tener en cuenta lo baratas que ya son las piezas. Está bien claro que su faena trae consigo inconvenientes y penalidades, comenzando por la necesidad de permanecer sentado bajo el azote de los rayos del sol, implacables tanto en verano como en invierno. De ahí que haya vuelto a llevar sombrero. Además, hay que aguardar con paciencia mientras los turistas toman o no la decisión de comprarle una de las piezas que han estado sobando un buen rato. A pesar de todo, ese sigue siendo el procedimiento ideal para vender lo que produce. No hay duda, le reporta más ganancias, aunque no tantas como el puesto de faláfel. Si bien hay que tener también en consideración que la actual situación, peor día tras día, dificulta la afluencia deseable de turistas.

Tras perder el trabajo de limpiadora, la complicada situación del país, que de ningún modo mejora, le permite a la estudiante ocuparse como intérprete. Acompaña al periodista cuando este la necesita en sus intentos de cubrir los distintos acontecimientos. Él sigue redactando reportajes y artículos, a los que, si bien en menor número, logra darles salida.

Acompañados del deterioro en la situación, los días prosiguen su marcha acercándose al otoño. Pero los síntomas del verano no dejan libre a la naturaleza. El calor sigue siendo tórrido y la cruel sequía mantiene al suelo bajo su dominio, pues la lluvia se contiene por completo. Esto agrava la prohibición, por parte de las autoridades de la ocupación, de que los campesinos caven nuevos pozos o reparen los existentes. La mayoría de los árboles no soporta la desertización galopante, ni siquiera las higueras, cuyas hojas se van marchitando y doblándose sobre sí mismas. Los olivos, por el contrario, sí que resisten. Sus hojas verdes, con cierto matiz azulado, se obstinan en procurarles vestido a las colinas, al tiempo que cobijan una abundante cosecha de aceitunas. Un consuelo son esos árboles cargados para los campesinos, esperanzados en que la bendita lluvia se desate.

A todo esto, y a despecho de su creciente tendencia a guardar silencio, las habilidades lingüísticas de la aún estudiante se van desarrollando de modo perceptible gracias a la oportunidad que le ofrecen sus repetidas colaboraciones con el periodista. Prueba de ello son las dudas que ella le plantea al observar que él se permite cambios en la sintaxis de las oraciones cuando habla de los palestinos, a diferencia de lo que ocurre con los israelíes. El hecho es que el periodista, ha observado la intérprete, incurre una y otra vez en leves alteraciones de lo que ella traslada y, desde luego, de lo que dicen las personas a quienes entrevistan. La más acusada de

tales divergencias, dice ella, consiste en que los acontecimientos que experimentan los palestinos a consecuencia de acciones de las autoridades de la ocupación aparecen en inglés en construcciones pasivas, sin sujeto. La palabra, sea un verbo o un nombre, que da cuenta de lo que les ocurre aparece siempre al principio de la oración, mientras que el agente va al final, precedido de la locución «por parte de». Asimismo, en tales secuencias del reportaje, de los palestinos no se dice que fueron «asesinados» ni «sacrificados», como sí ocurre con los israelíes, sino que se habla de ellos como «muertos». Tales usos lingüísticos, añade ella, entran en contradicción con lo que aprendió en la escuela, a saber, que la lengua inglesa muestra aversión a las oraciones que carecen de sujeto y se construyen en pasiva. El periodista responde que tales expresiones se acogen al estilo de redacción que siguen los periódicos donde publica, estilo que él debe hacer suyo al escribir.

Dejando a un lado estas consideraciones, el peso que tendrá en el futuro de la estudiante su adquisición de destrezas lingüísticas y su experiencia en el campo de la traducción aún es una incógnita. Es más, si alguien le preguntase ahora sobre sus planes para el porvenir, ella quizá ni entendería la oportunidad de la pregunta. Falta de comprensión que podría derivarse con facilidad de las circunstancias generales y que seguramente comparte la mayoría de quienes la rodean. Nadie puede pensar en el mañana ni confiar en lo que traerán consigo los días venideros. Lo que hasta ayer mismo tenía solidez puede desaparecer hoy de repente, dejando su lugar a lo que nadie esperaba o, cuando menos, se habría tenido por descabellado hace muy poco o, en todo caso, por poco probable. Dicho de otro modo, más que en ningún tiempo pasado se resiste el porvenir a ser oteado. Pero, en fin, al menos por ahora, sigue en pie su trabajo como intérprete con el periodista, quien a menudo la lleva

a distintas aldeas y ciudades, a entrevistarse con los individuos más dispares, a quienes debe traducir sin necesidad de expresarse por sí misma. El trabajo entraña indagar en las experiencias dolorosas de los demás y escribir sobre ellas. Sin embargo, todo esto no parece que se le haga muy cuesta arriba al periodista. Ya no habla tanto como solía de las tragedias de las que es testigo. Aunque, eso sí, y por otro lado, las personas a quienes entrevistan no pierden, ni aun en la vorágine de los acontecimientos, la esperanza de que los reportajes servirán para que se opere una transformación y su destino sea otro. A esta esperanza se deben de acoger muchos, dada la favorable disposición que muestran a responder a las preguntas del periodista a pesar de todo lo que están viviendo. De cualquier modo, no es descartable que la injusticia recrudecida y el progresivo refinado de los procedimientos de vejación lleguen al punto en que se haga imposible su traslado a otra lengua, algo que de hecho ocurre en una ocasión, coincidiendo con el momento en que los campesinos pierden la esperanza de que, por lo menos, llueva.

Este año la campaña de recogida de la aceituna comienza antes de que caigan las primeras lluvias, algo inusitado para los campesinos. Tras un largo retraso, cuando ya el otoño da paso al invierno, se dirigen a sus campos, donde el polvo cubre los árboles, incluidos sus frutos, que deben estar limpios antes de ir a las almazaras para su molienda.

Un día por la tarde, coincidiendo con esas fechas, el periodista y la intérprete salen a cubrir cierto suceso. Un colono mata a un agricultor en un olivar lindero con una colonia. Primero entrevistan a los miembros la familia afectada por la desgracia. El hermano del campesino les cuenta que el día anterior, por la mañana, cuando estaban recogiendo la aceituna, apareció el colono en medio del

olivar y les ordenó que se marcharan de inmediato, amenazándolos con su arma personal. Ellos hicieron caso omiso a su exigencia y siguieron en el olivar recogiendo la aceituna. De repente la escena se transforma en un altercado verbal entre las dos partes, al que el colono pone fin descerrajándole un tiro al campesino.

El periodista y la intérprete se dirigen luego al asentamiento para ver al cabecilla y grabar su versión de lo ocurrido, que no puede dar el colono interesado, pues lo detuvieron las autoridades. El jefe del asentamiento los recibe ante la cancela principal, junto a la cual crecen unos pinos de corta edad. Su dominio del inglés deja a la intérprete sin labor. Caminan los tres por el interior del asentamiento hacia la linde con el olivar. Ella va dos o tres pasos por detrás, obligada a entornar los ojos por el blanco de la mampostería nueva. Por el camino, el jefe asegura que lo ocurrido fue en defensa propia. Los campesinos intentaron atacar al colono. Cuando este los amenazó con dispararles si seguían acercándose a él, no solo no le hicieron caso, sino que unos la emprendieron a pedradas y otros corrieron hacia él enarbolando sus varas. Y el colono no tuvo más remedio que disparar para defenderse. Ahora está en una comisaría cercana, pero el presidente del consejo de asentamientos está haciendo cuanto puede para que lo pongan en libertad enseguida y pueda volver con su familia. Su detención ha sido contraria a la ley. ¿O es que no tiene derecho a defenderse de los terroristas palestinos?

A medida que se van acercando al extremo del asentamiento, situado en la cumbre de una colina, vuelve a verse el pinar, una cortina de terciopelo verde oscuro que oculta cuanto hay detrás. Bajo las copas se acumulan las agujas secas, formando un manto marrón sobre la tierra. Debajo se esconden escarabajos, hormigas y otros insectos, pero faltan las matas otoñales de estos parajes

elevados. Las agujas de los pinos impiden que la luz llegue a la superficie de la tierra y ahogan a los retoños en su crecimiento. Si lo lograran, si pudiesen medrar, las matas más hermosas serían el cardo y el azafrán blanco, y las de más provecho, el orégano y el árnica.

Esta especie de pino, el montés, se extiende con tanta profusión por los asentamientos como por las demás concentraciones israelíes. Los colonos que llegaron de Europa hace unas décadas poblaron de manera intensiva las colinas de esta especie y de los que llaman mediterráneos o carrascos. En algunos de estos pinares pasan casi desapercibidos los cuarteles nacidos a la sombra de los propios colonos, así como las urbanizaciones ajenas a los asentamientos.

Tras los pinos se distingue la barrera metálica por donde se cuela la suave brisa de la tarde, no demasiado cálida a estas horas, empecinada en mover las ramas altas de los árboles que crecen en la linde. Son olivos, bajo los cuales se extienden, para el vareo, los grandes fardos. La superficie de estos excede del perímetro de las ramas que tienen encima, cargadas de aceitunas. Sobre los telones o junto a ellos se ven las largas varas, algunas escaleras y un gran barril. También hay sacos, unos ya llenos de aceitunas, a todas luces, y bien cerrados, y otros a medio llenar.

Como se sabe, el medio más aconsejable de recoger la aceituna es el que consiste en utilizar las propias manos, lo que se conoce como ordeñar el olivo. El recolector o la recolectora coloca la mano alrededor del nacimiento de la rama que porta el fruto y cierra el puño, con el que recorre la rama hasta el final arrastrando los frutos, de modo que caigan sobre el fardo que hay bajo el árbol ante el que él o ella está parado. Por lo general, quien ordeña acaba arrastrando también, junto con los frutos, algunas hojas que deben retirarse, al menos en su mayor parte, antes de enviar la aceituna a la almazara.

En ocasiones muy contadas, los campesinos recurren a la vara, que en árabe se llama sharut, para recoger las olivas a las que no pueden llegar ni aun subidos a barriles o escaleras, ni tampoco trepando a los árboles. El vareo no es, ni mucho menos, un procedimiento recomendable porque puede ocasionar daños al árbol. De ahí que no se utilice demasiado o, en todo caso, que se confíe a campesinos de cierta edad, que han adquirido experiencia gracias a la práctica. El vareador se centra en la parte alta de la rama, buscando siempre un punto fuerte de esta para evitar quebrarla, donde aplica una serie de ligeros y rápidos golpes, gracias a los cuales van cayendo los frutos en el fardo. Al cabo, si los métodos anteriores no procuran acceso a alguna rama alta cargada de aceitunas, puede que decida serrarla desde abajo, respetando siempre el tronco, de manera que el árbol pueda seguir creciendo sano.

El estado en que se encuentra el olivar habla a las claras de que la familia afectada por la desgracia lo abandonó a toda prisa y no ha vuelto. Este es el escenario del crimen.

Durante el encuentro, se une a ellos otro colono. De vez en cuando le dirige la palabra en hebreo el jefe del asentamiento, al principio para explicarle la situación. Le transmite lo que le ha dicho al periodista, que es norteamericano, aclara, y le comenta lo que le espera al colono, que sigue detenido. Luego, en un determinado momento, le confía en voz baja que el colono asesino, en plena disputa verbal con los campesinos, se sintió tan tenso que no pudo sino disparar. Toda la conversación en hebreo le llega a la intérprete, que sigue muy atenta, siempre en silencio y desde atrás, el curso de las palabras emitidas a bajo volumen. Al final, cuando el periodista y ella se marchan del asentamiento, la intérprete no le traduce al periodista lo que ha oído. ¿Cuál puede ser el motivo?

La relación entre el periodista y ella sigue adelante. Él continúa en el país, de donde tiene que salir cada tres meses, poco antes de que acabe el periodo que le marca el visado. Al cabo de unos días regresa, y en el aeropuerto consigue uno nuevo que le permite permanecer otros tres meses. Ella lo acompaña cuando la necesita, y, cuando no, se sume en su silencio. Está, por fin, a punto de terminar sus estudios universitarios en Ciencias Sociales. Para conseguir el título tiene que entregar, como tareas finales, dos largos trabajos de investigación, cuya entrega va posponiendo mes tras mes.

Es preciso aclarar algo. El que ella solicite prórrogas del plazo de entrega no es excepcional en su entorno. Un número nada desdeñable de estudiantes de Ciencias Sociales tiene muy poca prisa por acabar los estudios. Tal parsimonia puede deberse a la falta de esa competitividad que sí se aprecia en otras carreras universitarias, como Empresariales, Derecho, Medicina o Farmacia. A los estudiantes de Ciencias Sociales les gusta destinar un tiempo suplementario a la reflexión, al debate en torno a la situación del mundo, sobre todo en los días soleados, cuando pueden echarse en la hierba a la sombra de los árboles en el jardín de la universidad. En muchas ocasiones, su entusiasmo por tales discusiones los conduce a llegar tarde a las clases, retrasos que se van acumulando durante los tres o cuatro años que deben dedicarle a su especialidad.

Siempre con el telón de fondo de su silencio y su aislamiento, la estudiante debe afrontar otro inconveniente que la retrasa en la realización de las dos tareas finales. Si dispone de un día en que no tiene que trabajar, en cuanto comienza a leer las fuentes y estudios en los que se basarán los dos ensayos, se amodorra. Luego, si consigue sentarse ante la pantalla del ordenador del periodista, del que ahora se sirve ella para escribir sus trabajos universitarios, su

ritmo dactilográfico es lento a más no poder, ya que no ha memorizado el lugar exacto de cada letra en el teclado. Esta dificultad la impulsa de tanto en tanto a perder la vista en el vacío. Así las cosas, los días que dedica a la realización de las tareas finales los reparte, en buena medida, entre el sueño y la ensoñación. Por otra parte, no está en absoluto claro hasta qué punto se esfuerza por no caer ni en uno ni en otra. El periodista, que es testigo de ello siempre que está en el apartamento, trata de animarla a que retome los dos ensayos. Pero ella, incluso cuando él le dirige la palabra, está vagando por el vacío. Si él le comunica sus pensamientos o le cuenta lo que le ha ocurrido, las palabras se desvanecen entre los trinos de los pájaros, que han colonizado el pino piñonero que crece frente a la ventana de la sala de estar. Da lo mismo con quiénes estén ambos hablando en el contexto del trabajo, o bien en otras situaciones, basta con que una expresión tenga más de tres palabras para que ella bostece con expresión de estupor. Puede ser incluso, para mayor abundamiento, que las palabras acaben deshaciéndose para ella en migajas. Su estupor, en estos casos, se trasluce en el movimiento de sus párpados, así como en cierta contracción de su ceja izquierda, en el lugar donde se encuentran la mejilla y la nariz. Se diría que esos tránsitos a la ensoñación le procuran una pasarela para protegerse de las palabras. Cada vez que el periodista advierte que esto le está ocurriendo, se interrumpe y le pregunta si sabe de qué le está hablando. Cuando ella no sabe qué contestar, el periodista, lejos de tomarse a mal la falta de atención de ella, se limita a repetir, haciendo gala de paciencia, lo que acaba de decir y sabe que ella no ha oído. Vuelven entonces los signos de concentración a la cara de la intérprete y la lucidez a sus ojos, pero solo por un tiempo.

Él le pregunta de tanto en tanto cómo está, y la respuesta es invariablemente que bien. A todas luces él se va inquietando cada

vez más por ella.

Comienza un nuevo otoño y la estudiante ya no puede seguir postergando la entrega de las dos tareas finales, según lo establecido y anunciado por la Comisión Académica. A pesar de eso, los días siguen transcurriendo sin que haya ningún avance significativo en la redacción de los trabajos. Entonces llega el sábado otoñal en que el periodista le pide que lo acompañe para un nuevo reportaje.

Una vez más se oculta la lluvia en otoño, y aún más este año que el pasado. Los árboles no están cargados, y muchos campesinos no pueden acceder a sus tierras. En los casos más graves, se las han expropiado o incluso los han atacado a ellos los colonos. En los más leves, prosigue la tala o el descepado de árboles, incluso de los retoños que los campesinos cuidan más, mientras que los olivos ya maduros los arrancan de cuajo los israelíes y los vuelven a plantar en las zonas que han urbanizado, ya sea en parques o jardines públicos, ya en cruces de calzadas o rotondas.

La llegada del otoño significa para al artesano de la madera la culminación de un año difícil. El agotamiento se le nota de lejos, aunque no haya llegado a vencerlo ni le impida trabajar. Sus jornadas se dividen entre la elaboración de miniaturas con la madera de olivo que encuentra a precios asequibles, y los desplazamientos. Su experiencia como vendedor ambulante le ofrece al sol repetidas oportunidades de castigarle la piel, que se le broncea, al tiempo que se le va ajando, y eso que siempre lleva sombrero. A diferencia de su palidez cuando estaba preso o pasaba largas horas en el taller, su piel no solo ha oscurecido, sino que empieza a arrugársele. Tanto que cualquiera podría pensar que tiene diez años más de su edad verdadera. A otros muchos les ocurre lo mismo. Otra vez. Él se levanta, deja a su madre donde está y se encierra en su cuarto. Pero

se deja crecer la barba. Algo más de protección contra el sol.

Volvamos a ese sábado. El periodista llega, acompañado por la intérprete, a un amplio sector del desierto, casi llano, de una arena polvorienta y blanquecina que solo se ve aquí. Hay centenares de personas. Algunos están sentados en unas gradas de madera que han levantado a toda prisa esta mañana, mientras que otros se extienden por entre los chatos promontorios en torno a alguna yegua o caballo. El periodista, y ella con él, se dedica a pasear por entre los corrillos, atento a las reacciones de los asistentes. Han venido a presenciar la primera carrera de caballos (una carrera real, no es una alusión a nada), organizada por la Unión Hípica del país, bajo la supervisión del gobierno autónomo, al que han transferido la administración de la zona en el marco de un acuerdo político limitado. El periodista les pregunta a los congregados qué piensan de dicho acuerdo, al que se llegó tras las negociaciones de paz, celebradas hace ahora cuatro años, y que concitó las esperanzas de quienes las consideraron un buen primer paso, mientras que otros las tacharon de decepcionantes. Entrevistan primero a los participantes en la carrera y luego a otros que han venido, con su montura, sí, pero solo para disfrutar de la competición como espectadores, junto a los demás, entre quienes hay personas de ambos sexos. Algunos narran sus dificultades diarias, que no acaban porque la ocupación sigue ahí. Ella traduce. Un hombre, se diría que de edad avanzada, dice que tiene un naranjal, pero que ya no puede, por culpa del trato al que han llegado, transportar la fruta a otras ciudades como hacía antes. Así que todas las naranjas van a ser, a partir de ahora, para su madre. Al periodista le cuesta entender esta última expresión, que la intérprete le traduce literalmente. Se suceden las preguntas y las explicaciones entre ella y el periodista, mientras el campesino sigue en silencio, fumando. El

periodista sigue sin entender lo dicho por este último, ni aun con las explicaciones de la intérprete, hasta que ella reformula la respuesta: el campesino no volverá a recoger más naranjas. Cuando la intérprete le pregunta al entrevistado su nombre y su edad, para que los consigne el periodista, queda claro que el campesino está lejos de ser un anciano. No es, en realidad, mucho mayor que ella misma.

Así están las cosas. En ocasiones los campesinos se ven forzados a dejar la fruta en los árboles, bien porque les impiden llegar a sus terrenos, bien porque les obstaculizan la distribución de lo que recolectan por otras zonas. Sus campos parecen abandonados, como si hubieran desertado de ellos; la hierba crece alta entre los troncos de los árboles y el ramaje es tan espeso que a las hojas no les queda espacio para respirar. La fruta comienza a caer al suelo, donde decae y se pudre. Su color, cuando esto ocurre, se va tornando verde en el caso de las naranjas. Y el proceso atrae a insectos que les ocasionan a los árboles enfermedades letales. La tierra adopta una apariencia desoladora.

Cuando el periodista tiene ya material suficiente, ella lo deja sentado a la turca, en un lugar discreto de las gradas y rodeado de sus papeles y utensilios de trabajo. La joven se aleja y se pierde entre las personas allí congregadas. Observa sus rostros fatigados, marchitos y oscurecidos por el sol. Hace muchísimo calor en la zona, que está por debajo del nivel del mar y donde apenas sopla el viento. Por los alrededores se extienden centenares de pequeñas colinas, entre las que aprecian las torrenteras, por las que no fluye más que la sequedad durante todo el año. Apenas se divisan por toda la extensión un arbusto o una mata resistentes a tales rigores. De no ser por las torrenteras y los guijarros que agujerean la palidez de los cauces secos, todo el territorio parecería tan límpido como el

mismo cielo. Aunque una fina capa de polvo vela la pureza de cuanto se ve, lo tiñe de un gris azulado y atenúa la luz del disco solar. El clima es el propio de los días en que sopla el jamsín. Pero en este lugar, todo el año.

En su recorrido sin rumbo, la intérprete divisa a unos hombres parados, que forman un círculo. Deben de estar tratando algún negocio, algún problema, se diría que no venal, incluso que grave. Se acerca a ellos, consciente de que su labor le exige un continuo afán por lo inusitado. Quién sabe si el asunto que estén tratando no será una primicia, una exclusiva para el periodista. Se callan en cuanto ella se les acerca. Los saluda. Ellos le contestan. Uno de los hombres tiene una hoja de papel en una mano y un lápiz en la otra. Los ojos de la intérprete quedan prendidos de la hoja, donde pueden leerse nombres y números en una larga lista manuscrita. Les pregunta qué hacen. El hombre del papel y el lápiz contesta que están apostando dinero al caballo ganador. ¡Hay que ver las cosas que pasan bajo el nivel del mar! Les pregunta, con la expresión relajada, si ella también puede apostar. Por supuesto, le dicen.

Vuelve rauda adonde el periodista. Le pide que le deje algo de dinero a cuenta y él le da una cantidad sin indagar nada. Le pregunta solo cómo está. Ella dice que bien. Él regresa a sus anotaciones en el cuaderno una vez que ella le ha dado la espalda para volver a los corrillos. Abriéndose camino entre hombres, así como algunas mujeres y niños, pasa junto a los caballos que van a competir. Cuando aún no ha avanzado mucho, le llama la atención la postura inclinada del cuello de una yegua. Solo cabe tildarla de nobleza, en un lugar donde, sobre las vidas de los presentes, se han acumulado todas las formas de la desdicha y la humillación. El agotamiento que resalta en los rostros de las personas, en sus facciones marchitas, da a entender que la desdicha es irreductible,

casi eterna. El animal lleva el dorsal 11 cerca de la silla. Es una yegua torda cuyas manchas, de diversos matices de oscuridad, se distribuyen en torno a la cara y el vientre. La intérprete advierte que, por un instante, le tiembla a la yegua la parte posterior del lomo. Comienza a rodear con parsimonia a esta, y al cabo de unos pasos la mira a los ojos. De repente el animal le guiña el ojo izquierdo. Sin más, ella corre hacia los carreristas y anuncia que quiere apostar por el número 11, mientras le enseña la suma de dinero que trae al que dirige el cotarro. El nombre de la intérprete se añade, a lápiz, a la lista de apostantes y apuestas.

Tras una larga e irritante demora comienza la carrera. Sus ojos siguen a la yegua número 11. Es la que tendría que ganar, pero se pierde entre las cabezas de los demás caballos, que la van adelantando. Todos corren perseguidos por una enorme y renovada nube de polvo, que va formando grandes halos. Al principio la yegua número 11 va la séptima, pero poco después avanza, alcanza el quinto puesto y luego el cuarto. Pero ahí se queda. Solo el arrepentimiento consigue progresar en su avance hacia la apostadora, que está arriesgándose a perder, en una decisión ruinosa, un dinero que no le sobra. No le queda más remedio que seguir mirando con el gesto contraído. Pero, cuando solo quedan unos trescientos metros para la meta, la yegua número 11 se coloca en el tercer puesto, luego en el segundo y al final vence. De la manera más sencilla. Se sabe que las yeguas de buena raza echan el resto al final. La apostadora ha ganado diez veces lo invertido. Recibe su dinero y vuelve adonde se encuentra la yegua. La precede un nutrido grupo de personas en cuyos rostros brilla la rara felicidad que apenas tienen ocasión de probar a lo largo de toda su vida. Ella avanza con el grupo y, nada más llegar, el animal le dirige a ella una mirada tranquila.

Mientras permanece sola en el apartamento los días siguientes, la evocación de la mirada de la yegua torda cubre de algún modo el vacío que ha dejado periodista, quien ahora no puede animarla a que concluya las dos tareas escritas. Él ha tenido que emprender un viaje de dos semanas para renovar su visado, que está a punto de expirar. Sola, pues, se resuelve a trabajar en los dos ensayos. Pasa tantas horas concentrada en la lectura, la escritura y la impresión que los párpados le pesan y se le cierran los ojos. Pero enseguida los vuelve a abrir. Se toma un vaso de agua, o abre el frigorífico, o va al baño a lavarse la cara. Otras veces se acerca a la ventana y contempla el pino. Cómo se menean sus ramas, cómo se posan en él los pájaros, y vuelve a la mesa para seguir leyendo o tecleando. Acaso se pierdan sus ojos en el vacío y vuelva a cerrarlos unos instantes. Se levanta para beber agua otra vez, se lava la cara, mira cómo se mueven las ramas del pino y vuelve adonde lo dejó, leyendo o escribiendo. Hora tras otra, día tras día, vigilada siempre por la mirada de la yegua, que no se cansa de aparecer por toda la habitación, empujándola hacia la cercana meta.

Y lo consigue. La estudiante termina las dos tareas. Luego las entrega, apurando el plazo al máximo, pues solo quedan unos días para que comience el nuevo curso escolar. Las aulas de la universidad están todas vacías y son pocos los estudiantes que se ven por los pasillos o en las zonas comunes. Aún menos que los trabajadores ocupados en repintar los muros de las galerías, los marcos de las puertas y las pizarras, todo, ante la inmediatez del nuevo curso. Fuera del edificio, otros pintan la valla metálica que circunda el jardín de la universidad o se ocupan de sus árboles, arbustos y matas. Se oyen las conversaciones de estos operarios, en árabe desde luego, cuyos ecos se extienden por el campus, vacío de estudiantes, y los parajes del jardín.

La estudiante pone fin, en efecto, a su periodo de formación universitaria. Lo borra de su vida de un plumazo, reuniendo, con escasas excepciones, papeles y libros acumulados y colocándolos en dos cajas que empuja hacia un rincón junto a la puerta de entrada. Allí las deja. Después limpia el escritorio, deshoja las flores y plantas de los tiestos que tienen en el apartamento, para librarlas de hojas secas. Entre otras, hay macetas de laurel moteado, cintas, un poto, una espada de san Jorge, un cóleo, helechos águila y uña de gato, que ha ido comprando el periodista en viveros que se encontraba en el camino de vuelta tras haber cubierto algún acontecimiento. Son plantas que se encuentran a menudo en las casas palestinas y a veces también en las israelíes; de hecho, ambos las han visto al visitar a sus entrevistados. Juntas todas ahora en el cuarto de estar, las plantas de tan diversas apariencias conforman una pequeña selva en un rincón del apartamento. Ella apenas se ha ocupado de cuidarlas, salvo para regarlas dos veces o tres cuando el periodista tenía que salir del país. Un vaso pequeño nada más por cada planta una vez a la semana, de acuerdo con las instrucciones de él, que la intérprete vertía con prisas. Esta es la primera vez que les dedica un lapso más prolongado de su tiempo.

El día en que está previsto que regrese el periodista prepara el almuerzo, que con el paso de las horas se convierte en la cena. Al principio se distrae moviéndose entre la cocina, donde se ocupa de la comida, el baño y el dormitorio, para ponerse la ropa que ha apartado. Luego, cuando el día avanza, acaba tendiéndose en el sofá del cuarto de estar, exponiéndose a la soñolencia que tan a menudo la asalta.

De tanto en tanto se levanta, va a la ventana y observa el pino y los edificios que hay detrás. Con la caída de la tarde comienza a soplar una brisa fría y ella reacciona cerrando la ventana, a través de

cuyo cristal se aprecia la luz anaranjada del sol declinante, tal como la reflejan las ventanas de los apartamentos altos en los edificios de enfrente y en las placas solares de las azoteas. Fuera ha quedado el viento ligero, atareado en menear de nuevo y con dulzura las ramas del pino, que a su vez trazan los más diversos espectros a la luz del crepúsculo, que no tardará en borrarse.

De las entrañas de la liviana penumbra, que la envuelve mientras sigue en el sofá, ahora sentada, le llega el movimiento de la llave en la cerradura de la puerta, que precede, con varias horas de retraso, al agudo chirrido de los goznes. Entra el periodista. Rostro cansado, gestos lánguidos, que le impiden a ella lanzarse hacia él para abrazarlo como es de esperar en tales situaciones y tras los logros y cambios que han acaecido en la vida de ella. Avanza hacia él con lentitud y le pregunta si pasa algo. Él la saluda y deja cerca de la puerta, no lejos de las dos cajas de ella, el equipaje que trae. Aclara que seguramente no le hará falta meterlo en el apartamento y acaso ni siquiera abrirlo. Le han concedido en el aeropuerto un visado de estancia en el país que expirará dentro de una semana.

Él se dirige hacia la mesa y se sienta en la silla que ha ocupado ella durante los días y noches pasados, entregada a la redacción de sus dos trabajos finales. Tras un intervalo de silencio ella le pregunta si cree que eso se debe a sus artículos y reportajes. Él levanta la cabeza y responde que es posible y que el motivo también puede ser ella misma. Al llegar al control de documentos en el aeropuerto lo han retenido y sometido a un interrogatorio de casi cuatro horas. Las preguntas versaban sobre sus repetidas y largas estancias en el país, sobre sus conocidos, en especial su relación con cierta joven palestina que, según los datos que obran en su poder, se ha mudado a vivir con él. Deseaban conocer todos los detalles relativos a ella, y a la red de conocidos de ambos. Él se ha negado a contestar a la

mayoría de las preguntas. Al final, siete días es lo que le han concedido para reunir sus enseres y abandonar el país, y le prohíben el regreso durante cinco años.

A la mañana del siguiente día ella se despierta temprano. Abre la ventana del cuarto de estar para que la brisa fresca renueve poco a poco el aire estancado del interior, donde flotan restos de olor a comida. Prepara el té y exprime unas naranjas, las primeras de la temporada. Coloca los vasos con el té y el zumo en una pequeña bandeja y la lleva al dormitorio. Se queda observando el rostro del periodista hasta que este despierta, muy poco después. Espera, lo ve luego tomarse unos sorbos de té y le dice que tiene una propuesta, podrían pasar sus últimos días haciendo un viaje de despedida, una despedida temporal si él no quiere que sea definitiva. Un viaje que les permita visitar lugares donde no han estado juntos, pero que significan mucho para ella. Lugares ajenos al contexto informativo, a los que hace tiempo quiere ir con él. Tras una breve vacilación, él contesta que sí, de acuerdo. Añade que quiere comprar algunas cosas, recuerdos para la familia y algunos amigos. Kufiyas, bordados y otros productos artesanales, además de jabón de Nablus, tahín, záatar y puede que aceite de oliva. Ella le asegura que lo ayudará a comprar todo eso. A continuación, él rememora los detalles del interrogatorio de ayer. Tal es la tensión que le han creado esas cuatro horas.

Los días sucesivos, quizá los últimos que pasarán juntos, solo consiguen aliviar en parte el impacto que han dejado esas horas en el aeropuerto. Hasta que llega el quinto día de su excursión.

Nada más llegar a cierta ciudad el periodista expresa su deseo de visitar una iglesia muy celebrada que allí se encuentra, a pesar de que se define a sí mismo como ateo. Recorren el templo y sus contornos, a los que se les han adelantado centenares de visitantes,

algunos con gran devoción, otros, como si estuviesen en un mero lugar histórico o monumento. Todo, mientras el aroma del incienso impregna el frío y sombrío espacio. Cuando salen de la iglesia, tras un lapso que no ha sido breve, las pupilas de ambos se contraen para adaptarse al deslumbrante sol del mediodía, aún más agresivo en la plaza blanca y desprovista de árboles u otros elementos.

Mientras pasean sin rumbo fijo por la plaza, el periodista se muestra más y más interesado en comprar figuritas hechas a mano con madera de olivo, para darle una alegría a su madre. Se trata de pequeñas y diversas tallas, que representan el nacimiento del Mesías, que él ve expuestas sobre piezas de tela. Las vende un hombre sentado ante el ciprés que crece al extremo de la plaza. La intérprete dice que el periodista puede echarles un vistazo y luego decidir. Él se acerca al vendedor ambulante y ella lo sigue. Al posible comprador le encantan las figuritas en cuanto las ve de cerca y así se lo hace saber con entusiasmo a su acompañante. Cómo se parecen los rostros, en todos sus detalles, a los de las gentes del lugar. Esto le llamó la atención, en estas pequeñas tallas, tan extendidas, desde que llegó al país. El estilo recuerda a la pintura y la escultura del Renacimiento en Italia. La Virgen María reproduce los rasgos de la hija de un comerciante de Venecia o de una campesina de las aldeas de Florencia; el David representa en realidad a un joven de la localidad de quien su autor se había enamorado. En su opinión, la obra de quien hace estas figuritas no está, en su sustancia, tan lejos de lo que hacían los artistas del Renacimiento. Todo esto lo declara el periodista en inglés mientras el vendedor la mira a ella mucho más que al periodista. Este modo de actuar no le pasa desapercibido a la intérprete, en cuyo rostro se advierte cierta incomodidad. Aunque el vendedor muestra un mínimo desacuerdo en cuanto al precio final que el periodista le ofrece, este

compra casi todas las tallas que hay expuestas en la tela. Antes de que ambos se marchen, el periodista le pregunta, con afabilidad, a la intérprete si no conoce al vendedor. La intérprete duda unos instantes. Y, como el examen de los ojos del vendedor, clavados en los suyos, no le revela nada, este último se presenta a sí mismo para hacerlo todo más fácil. De repente, la dicha se apodera de los ojos de la joven. El vendedor sonríe mientras se quita la gorra, y ella le lanza las primeras preguntas de una larga serie. Él responde a todas con concisión y sin dejar de sonreír. Al cabo de unos minutos el periodista comienza a ponerse nervioso, pues sus limitados conocimientos del árabe no le permiten seguir la conversación. Ella se gira hacia él, le presenta al estudiante y le cuenta que estuvieron juntos en la escuela, que pasó unos años en la cárcel y que las figuritas las hace él mismo. El periodista lo saluda y enseguida se lanza a explicarle lo que él encuentra de especial en las pequeñas tallas, es decir, el que se inspiren en los rasgos faciales de los habitantes del país, tal como hacían los artistas del Renacimiento, etcétera. La diferencia ahora no estriba en el contenido de lo que dice, que es lo mismo de antes, sino en cómo lo dice. Ahora habla despacio y en voz alta, en un inglés al que trata de añadir un acento árabe, acompañando sus palabras de gestos con las manos. El artesano los mira a ambos alternativamente y con tranquilidad. Ella observa nerviosa estas miradas.

En el camino de regreso el periodista detiene el coche que han alquilado para el viaje en un terreno que parece ser muy rocoso y donde solo se ven algunos ejemplares de pino montés y matas secas. Él baja del coche y se dirige hacia los árboles, a través de cuyas ramas se distingue, un poco más allá, una chumbera que crece contra un monolito conmemorativo. Al cabo de unos minutos vuelve el periodista con una pala de chumbera, bien ancha y espesa.

La coloca en la parte baja, ante el asiento trasero, y nada más sentarse al volante dice que la plantará en un tiesto que le dejará a ella para que crezca tal como crece la descendencia de los desterrados, ahora que a él también van a desterrarlo. Ella permanece en silencio. En realidad, nadie sabe si la vida de una planta puede equipararse a la trayectoria de un ser humano.

Llegan al apartamento con la tarde avanzada, muy cargados de objetos. Al día siguiente ella lo ayuda a envolver bien sus compras de los días anteriores, a ordenar sus enseres y empacarlos, a plantar la pala de chumbo. Recogen en un caldero un poco de tierra de una pequeña parcela que linda con la acera, no muy lejos del pino carrasco que se ve desde la ventana del cuarto de estar. Cuando vuelven al apartamento empujan la parte inferior de la pala dentro de la tierra que hay en el caldero y luego la riegan. Digámoslo, sobre todo para quienes sí están versados en la materia: ambos ignoran, es evidente, que plantar una pala de chumbera con tanta premura y de ese modo, sin dejar que se forme una membrana en el corte, entraña que la probabilidad de que eche raíces y crezca saludable es escasa. Además, plantada en un caldero sin boquetes, la pala tardará unos días en pudrirse. Dejando a un lado lo que pueda ocurrir, tras un día tan agotador se van temprano a la cama para pasar juntos su última noche, antes de que él emprenda viaje al día siguiente. Después de taparse con el cobertor, el periodista alarga la mano en busca de la mano de ella y la envuelve. Al instante se oye la voz de la intérprete como nunca se ha oído, lejana, extraña, afirmando que ha sido humillante el modo en que él se ha dirigido al estudiante, como si este fuera estúpido y necesitara no solo que le hablasen despacio y en voz bien alta, sino que, encima, hubiera que aclarárselo todo con movimientos de las manos. Añade que el estudiante tiene un pasado glorioso. La incertidumbre le afloja las

facciones al periodista, a quien la observación parece haber desconcertado. Le pregunta, sin soltarle la mano, a qué estudiante se refiere. Al estudiante que estuvo preso, contesta ella. ¿El estudiante que estuvo preso?, pregunta él. El artesano. ¿El artesano? Sigue sin comprender. El vendedor ambulante en la plaza de la iglesia, murmura ella, molesta. De improviso, él retira la mano como si le hubiese mordido una víbora y se deja llevar por la ira, contra su costumbre, preguntándole qué sabrá ella de insultos después de las innumerables ocasiones en que lo ha insultado y lo ha tratado como si fuera idiota después de haber pasado tanto tiempo callada a todas horas en su compañía sin dignarse a pronunciar una sola palabra para luego encontrarse con el vendedor ese y dejarse inundar por una dicha de la que se ha desbordado una catarata de palabras tal como no ha ocurrido antes jamás estando ellos juntos y ahora sale con esas, precisamente antes de su partida. Ha querido desahogarse. Vuelve el silencio. Poco después ella extiende la mano hacia la del periodista. Él la retira despacio.

Aunque lo intentan, no consiguen dormir. Dan vueltas sin cesar en el lecho, pero con precaución. El tiempo sigue avanzando, hasta hacerles imposible hallar en el sueño que a ambos se les resiste un remedio contra el cansancio.

Por fin ella se levanta, mientras él sigue acostado, y abandona el dormitorio, no solo la cama. Sale al cuarto de estar. En la penumbra, se sienta en el sofá. Pasa el tiempo.

Cuando la noche alcanza su máxima oscuridad, justo antes del alba, se percibe de repente un quejido amortiguado que entra en el cuarto de estar desde el exterior. ¿Qué pasa ahora?

Tras cierta vacilación, ella se dirige a la ventana para asomarse a las negras tinieblas y al quejido que envuelven. El viento se empeña en sacudir las altas ramas del pino, trazando temblorosas sombras

de negrura aún más intensa.

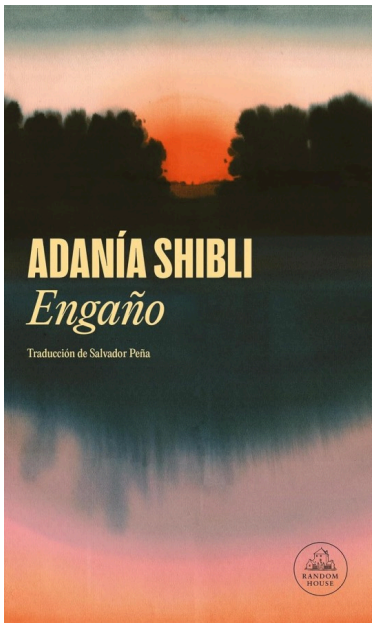
La mayoría de los transeúntes que pasan por allí ignora el secreto de este pino: que, a pesar de su verdor, está muerto. Su corteza naranja rojiza, del color del horizonte a la puesta del sol, no ha variado desde hace más de tres décadas. Por debajo, sus raíces son incapaces de producir un nuevo anillo cada año como hacen los árboles vivos. Sus tejidos interiores, sin embargo, siguen alimentando a las agujas, que conservan su verdor, en un remedo de los árboles vivos.

Ella permanece de pie ante la ventana, mientras las tinieblas tardan en retirarse. Es evidente que no quieren irse. Y el quejido va poco a poco creciendo hasta ensordecer los oídos.

Adania Shibli, la voz central de la narrativa palestina contemporánea.
Finalista del National Book Award e International Booker Prize por *Un detalle menor.*

«Sobrecogedora».
J. M. Coetzee

«La escritura de Shibli es sutil y de una agudeza extraordinaria».
The Guardian



Las estaciones pasan: cambia la luz, cambia el color del paisaje,

cambia la intensidad del calor sobre la tierra. Adania Shibli no necesita anclar la historia en lugares concretos, ni aportar nombres ni fechas, para convertir *Engaño* en una narración sobrecogedora que sigue las vidas de una joven y un joven cuyas trayectorias avanzan en paralelo, marcadas por una misma realidad: el intento sistemático de desposeer a los palestinos de su territorio, de su historia y de su sentido de pertenencia.

Y mientras el tiempo sigue su curso, indiferente a las expulsiones, el exilio, la cárcel o la tortura, Shibli transforma la experiencia palestina en herramienta metafórica para un relato sobre cómo la ocupación se infiltra en cada aspecto de la vida cotidiana y cómo el colonialismo no solo controla cuerpos y lugares, sino que también busca silenciar relatos, borrar memorias y quebrar identidades.

Sobre *Un detalle menor* se ha dicho:

«Una obra de arte extraordinaria. *Un detalle menor* no deja de sorprender y fascinar: una combinación muy poco frecuente de inteligencia moral, pasión política y virtuosismo formal».
Pankaj Mishra

«Escrita con una simplicidad exquisita, tangible y engañosa, *Un detalle menor* cuenta la historia de la violación y el asesinato de una mujer en los años posteriores a la Nakba palestina y a la creación del Estado de Israel, así como la obsesión de otra mujer, en el presente, por ese "detalle menor". Nada más terminar esta novela milagrosa, la leí de nuevo; ambas veces me atravesó el corazón. Estoy convencida de que es una de esas obras destinadas a

perdurar».
Isabella Hammad

«Todas las novelas son políticas, y *Un detalle menor*, como las mejores, trasciende la identidad y la geografía de su autora. La escritura de Shibli es sutil y de una agudeza extraordinaria».
Fatima Bhutto, *The Guardian*

«Una novela sofisticada y elíptica sobre la empatía y el impulso de reparar una injusticia».
Anthony Cummins, *The Observer*

«¿Qué une estas dos historias? Las fronteras, por supuesto, pero también una serie de ecos inquietantes. La mujer de Ramala cruza clandestinamente a Israel para averiguar más, porque quizá "no haya nada más importante que este pequeño detalle si uno quiere llegar a la verdad completa". Shibli sugiere con delicadeza que esa "verdad completa" sobre el crimen quizá nunca pueda conocerse y que los detalles de ambas historias se reflejan mutuamente porque el pasado, en realidad, nunca termina de pasar».
Abhrajyoti Chakraborty, *The New York Times*.

Adanía Shibli (Palestina, 1974) es una escritora y ensayista palestina, una de las voces más destacadas de la narrativa árabe contemporánea. Autora de novelas como *Un detalle menor*, su obra se caracteriza por una prosa sobria y precisa que explora la violencia, la memoria y la vida bajo ocupación. Ha recibido diversos reconocimientos internacionales y combina la escritura con la investigación y la docencia.



Título original: تمویه

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Adanía Shibli
Rogers, Coleridge and White Ltd.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Salvador Peña, por la traducción
El título de la edición en castellano ha sido fijado por la editorial con la conformidad de la autora.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Magali Cazo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4715-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Engaño

Sobre este libro

Sobre Adanía Shibli

Créditos